

4793

AGUSTIN
CUEVA
TAMARIZ



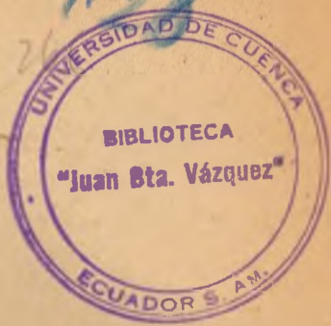
cop. 17300

SEMBLANZA
BIOTIPOLOGICA

4793

925

Agustín Cueva Camariz



Semblanzas Biotipológicas



Cuenca - Ecuador

1944

Tip. Colegio Nacional "Benigno Malo"

210

Semblanzas Biotipológicas

Con este título viene publicando el doctor Agustín Cueva Tamariz algunos ensayos de índole psico-analítica sobre figuras ecuatorianas que han sobresalido en el campo de las ciencias y las letras. Hoy trata de recogerlas en un libro, para el cual ha pedido gentilmente al autor de estas líneas unas palabras liminares. Vayan ellas con toda la buena intención del que las escribe, a falta de otra credencial que pudiera autorizarlas.

Por las semblanzas que conocemos, como son las del Padre Solano, Alfonso Moreno Mora y Medardo Angel Silva, podemos adelantar que se trata de estudios acabados sobre las personalidades en cuestión. Con el mérito a su favor, de que el autor los analiza no sólo bajo el aspecto literario, como podría hacerlo cualquier biógrafo, sino bajo el punto de vista del psico-análisis, con el ojo del clínico y con el estilete del viviseccio-

nista de almas. Son, pues, radiografías del espíritu, que el médico ayudado por los conocimientos de la psicobiología y adentrado en ese laberinto humano que es el sistema nervioso—simpático—endocrino, puede revelar, a los ojos menos escrutadores de los contemporáneos.

El médico que se concreta a su labor de saludador, de formulador de rícepes o de aplicador de drogas, es un médico a la Moliere o un adocenado señor de la rutina. Porque el cardiólogo que se contenta con auscultar la viscera cordial del prójimo y recetarle valeriana o ouabaina, sin sondear lo que ocurre en ese piélagos que es el corazón humano, y el galeno que se limita a recetar un poco de aspirina a su paciente, por algún dolor pungente de cabeza, sin detenerse a averiguar qué terpestad hay bajo ese oráneo, es un automata de la Medicina. Y nada más.

La medicina es la ciencia más antigua de las ciencias. Todas le prestan su concurso y todas necesitan de ella. La mitología helena, que era la religión de los paganos, le reconocía un Dios en la persona de Esculapio, y le erigió un templo en Cos. Kyron, hijo de Illyria y Kronos, fué uno de los ancestros más remotos; pues ya Píndaro en Las Píticas refiere que su mano tenía el don de suavizar los miembros doloridos y su palabra servía de lenitivo a sus dolientes.

En estos prosaicos tiempos en que sólo son dioses los actores del cinoma y los ases del deporte, histriones del celuloide y "héroes del puñetazo y de la patada",

porque la humanidad anda siempre necesitada de ídolos a falta de caudillos políticos que endiosar, la medicina ha perdido el reflejo de antes. Y acaso la culpa la tengan sus hierofantes, que han olvidado el solemne juramento de Esculapio y convertido la ciencia en una industria, de acuerdo con la filosofía de los discípulos de Marx.

El hombre es la medida de todas las cosas, dijo el antiguo. Pero el hombre es también un universo en sí. Un microcosmos al que hay que penetrar con la lupa del médico psico—analista, para descubrirlo en sus detalles. Para sorprenderlo en sus movimientos de rotación y traslación, de deambulación y hasta de reptación. Para aprehenderlo en sus poses apolíneas. Para observarlo en sus actitudes de introverso o en sus impulsos de extravertido. Para apreciar sus cimas, que no son más grandes que sus protuberancias cerebrales, y para medir sus abismos, que son mayores que los cráteres de nuestros volcanes. Para valorar su grandeza y su miseria, en suma.

Pobres grandes hombres, que incluso los mayores de la historia, no son sino fantoches de un *gignol* humano, movidos por hilos invisibles de intereses o pasiones. Personajes de Aristófanes o Esquilo, sin coturno, pero todavía con máscara. Muñecos trágico—cómicos que a los médicos nos toca articular o desarticular, para que recobren movimiento o nueva vida.

En esta labor se halla el doctor Cueva Tamariz. En desmenuzar vidas pasadas y ofrecerlas como real-

mente fueron. No como aparecieron o quisieron ser. Porque es inútil que el histrión político, que el jefe de clan literario, que el banquero explotador, etc., quieran aparecer honestos cuando no lo son, y recurran a múltiples disfraces para *camouflar* sus verdaderas personalidades. Todo inútil! El biógrafo psico analista sabrá que el primero es un bribón, el otro un simulador, el de más allá un tartufo. Y así por el estilo. El sabrá si esos arrebatos, esas genialidades esas suficiencias; o bien, esos renunciamientos, esos hermetismos, esas quiebras, no fueron sino fruto de personalidades exaltadas o deprimidas por morbos endógenos o exógenos. Por intoxicaciones de la sangre o por venenos del espíritu. El nos dirá cómo andan latiroides, las suprarrenales, las gonadas. El nos dirá si se trata de un vesánico que obra a impulsos del alcohol; de *una especie* de sonámbulo que procede por efecto de las drogas; de un tarado del espíritu, ya sea un paranoico o un esquizofrénico; o de un heredo—luético, cuyo fosforecente treponema tiene la propiedad de hacer genios o imbéciles. El nos dirá, como nos lo dijeron otros—a través de las indiscreciones de la historia—que Luis de Baviera fué un rey alucinado; como Carlos V fué un monarca megalómano; como Juana la Loca fué una demente necrofilica; como Luis XI un alienado místico; como Robespierre un tirano esquizotímico; como Lutero un reformista ciclotímico; como Ghandi un profeta delirante; como Augusto Comte un paralítico genial—face demencial de la sífilis—al igual que Lenin y Nietzsche; como Dostoyewsky fué un alcohólico epiléptico; Verlaine un demente circular; Wilde, Rimbaud y Rilke,

homosexuales, Von Gohg y Gaugin rematados por la sífilis. *El sic de caetera*

¡Que rica vena la que ofrece a un médico psicoanalista como el doctor Cueva Tamariz, las bellas letras y las artes plásticas! ¡Qué gran partido podría sacar desembrozando la producción de última data—aportación del subconciente, para los lectores idem—a partir de los dadaístas, ultraístas, surrealistas, estridentistas, criollistas, vanguardistas y demás fumistas de la literatura! ¡Qué filón inagotable para un minero del espíritu, que fuera médico y literato al mismo tiempo, como Max Nordau, que en su libro *Degeneración*, estudió la literatura decadente de Francia! ¡Cómo se adentraría en ese campo de exploración para el psiquiatría, y en el terreno literario o que quiere serlo, donde campean la violación, el crimen, el fraude y el incesto! Y donde el ramalazo de la vesania hace que esos héroes se expresen en lenguaje de coprolálicos y alcohólicos. De pederastas y rufianes. Ingertando la ideología bolchevique en el meollo refractario, como hecho de piedra pomez o canchagua, del indio y del montuvio. Infra—hombres rústicos, con más de telúricos que de humanos; vestidos apenas con zamarro o taparrabo, y actuando como cómplices de esa literatura mulata que tiende a convertir en estepa rusa el páramo y manigua americanos.

Siquiera las princesas y los cisnes de antes—literatura de escayola—eran asuntos más decorativos y decentes que chagras piojosos y zambos gragientos, olientes a alcohol y a sexo, y cuya virilidad la hacen consis-

tir en machismo de matones, cuando no en una libido exaltada hasta la bestialidad. Y cuyo intelectualismo quiere unicamente ser cartel de desafío o reivindicación social, con estereotipias verbales delirantes: petróleo, proletario, revolución, Lenin, grimpola roja, en una especie de locura razonante o delirio de interpretación.

Dice el notable crítico Gonzalo Zaldivide que los vanguardistas literarios de hoy, que andan necesitados de exégesis o hermenéutica, se escudan en su esoterismo, diciendo "que son incomprendidos" Y a reglón seguido añade: "Que fuera si los comprendiéramos!".....

Yo creo que el psico—patólogo cuencano puede comprenderlos. Tiene la palabra el doctor Cueva Tamariz.

Dr. J. A. Falconí Villagómez.

La Revisión Psico-Biológica de las Figuras del Pasado

Blanco Fombona decía, alguna vez, que nadie está tan preparado como el médico para aplicar la ciencia a la historia. Y creo, sinceramente, yo, que todo médico que guste de explicarse el pasado y sus hombres, podría hacer una obra más definitiva y mucho más deusa que la que podría hacerla el que no lo es. Porque la verdad biológica es, en efecto, mucho más difícil de ser deformada que la verdad histórica y nos es relativamente sencillo el lograr su auténtico hallazgo en el fondo de los espejismos más desconcertantes de las leyendas más apasionadas. Las leyendas que se edifican sobre la vida humana de los hombres y no sobre su vida histórica, tienen siempre una raíz real.

La historia va necesitando, cada día, más de las ciencias biológicas, para explicar sus fenómenos, para aclarar sus leyes y dar a la vida el hondo significado en ella contenido. Del simple relato de los hechos, de la narración escueta, vamos pasando a los demás eslabones de esa cadena ininterrumpida, que engendra la

armonía de la realidad. Todo, como en la filosofía estoica, fluye hacia el porvenir, viene de raigambres de fatales influencias, que es preciso estudiar, para hallar el orden natural en la sucesión inevitable de los actos humanos.

Los historiadores actuales reconocen ya este método, que liga, con vínculos naturales, una ciencia con otra en el plano de una comprensión recíproca. No se trata, meramente, de averiguar los episodios en su fase pormenorizada, las variantes de un hombre, sino los móviles que prepararon su terreno, las causas, lejanas o próximas, que empujaron los acontecimientos hacia el campo de la vida real. La biografía de un hombre es algo así como la incógnita de un problema matemático, que para hallarse, es preciso, de antemano, plantear verdades a priori, sin cuyo auxilio es imposible el resultado fatal del cálculo. Lo que parece en tantos casos un hecho aislado a consecuencia de circunstancias oportunistas, suele originarse por fuerzas subterráneas operando en la conciencia de un modo que es difícil entrever sin una averiguación previa de las genealogías individuales, mediante los estudios de la fisiología, en el capítulo relativo a las leyes de la herencia, por ejemplo.

Se da por sabido, sin embargo, y constituye un prejuicio bastante arraigado, que, generalmente, las profesiones de carácter científico, excluyen las ornamentaciones propias del espíritu, aquellas que forman, por decirlo así, la sensibilidad artística y la emotividad crea-

dora; que la ciencia con su agresividad, aparta de su lado las voluptuosidades del espíritu y a sus escogidos los reviste de una austeridad cavernaria, propia del laboratorio, de la clínica o de la mesa de cirugía. . . .

Pero basta oponer a esta crítica, bastante negativa, los nombres de un Ingenieros, médico eminente, catedrático de Psiquiatria, en el que las aficiones sociológicas asumen en su regia personalidad de pensador, proporciones ruidosas, agregando su exquisito gusto literario como escritor; de un Marañón, el maestro de juventudes y auténtico portavoz de una noble cruzada de reconocimiento de los hombres del pretérito, hurgando dentro del caos fascinador del pasado, para hacer el diagnótico retrospectivo del temperamento morboso de Enrique VIII, o de la timidez enfermiza de Amiel; de un Ramos Mejía, con sus magistrales biotipologías de Rosas o del doctor Francia; o del joven médico venezolano doctor Wandehake con su hermoso estudio sobre la psicopatología de don Simón Rodríguez, el Maestro del Libertador, en el que supo hacer una aplicación acertada de las ciencias biológicas al fenómeno histórico. Y antes, el paciente y virtuoso Pasteur, el refutador de la generación espontánea, el consagrado microbiano, presenta características notables en su devoción estética. Y nuestro Eugenio de Santa Cruz y Espejo, múltiple y perenne a travez de sus concepciones científicas, se revela como un claro filósofo y sutil escritor.

Y se podrían citar innumerables casos en que los

aspectos científico y literario celebran un risueño esponsalicio. Aún más: dentro de la literatura, el médico que se ha familiarizado con el psico-análisis, hundiéndose en el laberinto enrevesado de la mente humana, es el que mejor interpreta las pasiones, pintándolas como un caso clínico de profunda veracidad humana. ¡Porque discurren por el mundo innumerables aguas mansas y silenciosas que encubren misterios profundos de pasión desbordada, no sólo de los cauces sociales, sino también de las leyes de la naturaleza!

La revisión médica de los personajes históricos, diciendo que la historia la hacen los caracteres y los caracteres son el núcleo del objeto de la psiquiatría, es exacto. Pero no sólo la psiquiatría ha de intervenir en esta labor, sino otras ciencias biológicas y, principalmente—cuando ello es posible—las que estudian la morfología y sus interpretaciones patológicas. Ejemplo de esta valoración de lo somático y lo psíquico para rehacer el retrato de personajes pretéritos, es el admirable libro de Krestchmer "Genio y Figura".

De los modernos conocimientos científicos, surgen una porción de problemas colaterales, no ya tan hipotéticos, pero muy sugestivos, sobre todo, que sólo el médico puede desarrollarlos, como es el de la relación del equilibrio neuro-humoral con el genio, que, recientemente, ha desarrollado — apartándose de las concepciones lombrosianas — con fina penetración, Alberto Palcos.

Se han abierto nuevas vías para el retrato bio-

gráfico y psicológico de los personajes, que hoy se los vuelve a estudiar, gracias a los estudios, recientemente emprendidos, de aquellos estados de disfunción endocrina que se encuentran en los límites del estado normal y del estado patológico. Se trata de verdaderas diatesis endocrinas que, a través de una serie de casos intermedios, que podríanse llamar sub-endocrinopáticos, conducen a síndromes más o menos llamativos de las enfermedades glandulares.

Debido a la investigación de estos estados, se creó la posibilidad de penetrar en la doctrina de la constitución humana y del temperamento, es decir, de la variación de la individualidad fisiológica y de la personalidad, o entrar, con valor y decisión, en el problema de los *biotipos humanos*.

De todo cuanto se ha dicho con respecto a la acción reguladora de las diversas hormonas y de su total actividad, además de la ontogénesis y de la armonía morfológica, fisiológica y psíquica, se deduce claramente que la conducta hiperfuncional, hipofuncional o disfuncional de una glándula endocrina, ya sea hereditaria, o ya se haya formado dentro del período del desarrollo, se manifestará en todo un complejo de alteraciones de la estructura corporal e intelectual.

Dada la amplitud fisiológica de la intervención de las secreciones internas en el organismo, es evidente la colaboración de estos órganos en los estados constitucionales y diatésicos, que sirven de terreno a tan-

tas enfermedades, cuando no constituyen ellos mismos, por la exageración de sus rasgos, verdaderas situaciones patológicas, quizás más intolerables para el paciente que las propias enfermedades definidas.

Desde la constitución del temperamento normal hasta las variedades patológicas de estos temperamentos, que se confunden ya con los estados constitucionales y diatésicos indicados, un nuevo mundo, de supremo interés, que parecía muerto y que ahora revive con creciente savia, se abre a la curiosidad del investigador y del clínico. Por ello ha podido decir, ciertamente, Pitaluga que la "endocrinología es la fisiopatología del temperamento".

Si el temperamento es el predominio de un sistema orgánico en la economía, que se revela por la mezcla, la proporción de diversas cualidades, dando, en definitiva, la diferencia característica en la constitución congénita de los individuos, éstos se manifestarán de las más variadas maneras en la emotividad, mentalidad, tendencias e inclinaciones. Lo mismo que su estructura psíquica global, su carácter, que no es otra cosa que la proporción entre la efectividad y las funciones intelectuales del individuo.

Y bajo la lupa del análisis científico, cuántos personajes de una alta categoría intelectual y de un espíritu superior, podríanse hacer resplandecer desentrañándolos, hasta donde sea posible, del subsuelo de su biografía. Analizando a la luz de los métodos científicos

del día, la suma de virtudes, manías y originalidades, que forman el complejo de la personalidad.

Muchos de los errores — muchas veces abultados por los prejuicios políticos o de otra índole — manías y excentricidades de las grandes figuras del pasado, obedecen a un mal pasajero o transitorio, o a una deficiencia innata o morbo interno fundamental, que los acompañó desde la cuna al sepulcro.

La clasificación—difícil y peligrosa—de muchos de ellos nos hará que los situemos en la altísima categoría de la amplia esfera de los nerviosos, de los perturbados mentales, ciclotímicos y exquizotímicos que, muy distantes de ser personajes de hospicio, nos asombran con su espíritu superior, como es el caso del insigne Maestro de Bolívar, Don Simón Rodríguez “perteneiente a aquella generación peregrinante de la Independencia y caballero del mismo ideal, que llevó al sacrificio a tantos miles de mártires que pulverizaron con la cal de sus huesos los campos de batalla desde el Carabobo hasta la inmortal hondonada de Ayacucho”; de ese pedagogo ejemplar cuya vida accidentada es estudio y locura, disipación y quimera, ansia de liberación y tortuoso martirio, aventura y contracción, horas áticas y horas de tedio, en las que no sabía dónde posar su planta peregrina, perseguida siempre por el huracán de las pasiones exaltadas. Y tales condiciones debían comunicarse a Bolívar por línea recta, por trato, por filtración educativa, por simple contagio. La parte moral del sabio se desdobra en el imberbe adolescente

y se forma una dualidad sólo comprendida entre aquellos dos genios similares. Como un milagro casi genésico, Bolívar adquiere todas las cualidades y aún las pasiones morbosas de su preceptor infatigable. En esto están conformes todos los biógrafos del Libertador. Carácter irascible, dominante, adusto, poco comunicativo, apático e insociable, fueron aspectos, si no del todo comunes, alternativos entre ambos caracteres mencionados. Bolívar, tuvo a su favor coeficientes de voluntad mayores que los de su Profesor.

Difícil y peligrosa la clasificación, decía, porque no se puede estar seguro de ese límite que separa entre lo normal y lo patológico, en cuanto a los temperamentos. El **autismo** —por ejemplo— como dice el doctor Falconí Villagómez en su bello Estudio "Sueño y Ensueño", es propio del ser ensimismado, del introvertido o del endofásico". El autista en el terreno creador o artístico puede ser colocado en el terreno de la esquizotimia que no es lo mismo que el de la esquizofrenia. Mientras el primero está introverso, el segundo está interrumpido en su vida mental".

DIRECCIONES TIPOLOGICAS

Desde los tiempos antiguos, biólogos y fisiólogos han sospechado la existencia de especiales relaciones entre la conformación o arquitectura corporal —constitución somática— y las particularidades de reacción psíquica, temperamental y caracterológica.

Desde la teoría de los humores —Hipócrates— pasando por la frenología de Gall (1796), la teoría de la degeneración mental de Esquirol y Morel (1838—1852), ya desaparecidas del palenque científico, hasta las modernas escuelas tipológicas de Kretschmer, Viola, Pende.

Pende ha dirigido sus esfuerzos a encontrar una ~~una~~ base endocrina y hormonal a las diferentes constituciones y ha creado la escuela tipológica de su nombre; de primordial aplicación criminológica, pero cuyo conocimiento interesa también al psiquiatra. Las variedades constitucionales establecidas por Pende, son:

Hipertiróidea:

Tipo longilíneo, delgado, con tendencia a la lordosis. Excitabilidad psíquica, intanquilidad intelectual; rapidez y variabilidad de los procesos mentales; desarrollo intelectual precoz.

Hipotiróidea:

Tipo brevilíneo, macros---plánico, cara redonda, poco pelo en la cabeza y cejas, piel seca, musculatura enérgica, pero poco grácil; apatía intelectual.

Hiperpituitaria:

Talla alta, huesos desarrollados, maxilar inferior prominente y grande hipertricosis del tronco; hipergé-nitosomía; intranquilidad psíquica.

Hipopituitaria:

[Normal en la niñez]. Manos y genitales pequeños, adiposis mamaria, abdominal y de las caderas; debilidad muscular, fatigabilidad intelectual rápida.

Hipersurrenal:

Hábito apoplético; hipertensión; euforia; agresividad exagerada. En la mujer rasgos viriloides del carácter.

Hiposurrenal:

Microsplacnia; hipoplasia ósea y muscular; propensión a la melancolía y al pesimismo; hipersensibilidad álgica.

Hipoparatiroides:

Hipercinesia; huellas raquílicas, hipocalcemia; palidez facial; hipersensibilidad; rarezas del carácter.

Hipertímica:

(Normal en la niñez). Es la que conforma el llamado **tipo angelical**. Tiene una alta mortalidad — tuberculosis, meningitis — y si pasa la pubertad, propende a la inversión sexual masculina; — formas femeninoideas: piel suave, blanca y lechosa con hipotrico-

sis. Impulsividad hacia el crimen o al suicidio; escasa formación ética. Coincide con el hipopituitario, del que es muy difícil de diferenciarlo.

TIPOLOGIA DE KRETSCHMER

La tipología de Kretschmer, aparecida (1921) con escasa diferencia de la anterior, cronológicamente, es, sin duda, la más completa y la que mayor interés ofrece al psiquiatra.

Tomando por base de sus estudios las dos psicosis endógenas aisladas por Krepelin, con los nombres de **locura maniaco-depresiva y demencia precoz**, empezó a efectuar cuidadosas investigaciones y mediciones, hasta constituir una pauta de investigación tipológica completa. He aquí los tipos corporales aislados por él:

Tipo asténico o leptosomático:

Corresponde al microsoplácnico de Viola, al longilíneo de Pende y al tísico de Landouzy.

Tipo atlético:

Que, en su último trabajo, escrito en colaboración con Wili Inke, pretende dar al hombre atlético una forma temperamental propia y específica. Ese temperamento peculiar, que halla en los atléticos, denominarlo **viscoso**, aludiendo a su torpidez y tendencia a la estabilidad. Tipo ya explotado, por algún psicólogo, para la explicación de la actitud mental megalómana, agresiva y petulante del totalitario Mussolini.

Tipo displástico :

Con sus variedades: gigantes eunocoides, eunocoides y obesos pluriglandulares; hipoplásticos e infantiles. Y

Tipo pícnico:

De contextura corporal opuesta al leptosomático.

Siguiendo su posición fracamente constitucionalista, Kretschmer considera las psicosis como "puntos nodales aislados en la complicada red de las relaciones constitucionales somato — caracterológicas normales". Los resultados que la investigación de las caracterologías familiares le proporciona, le conducen al aislamiento de tipos de personalidad oscilante entre la normalidad y la enfermedad, que poseen, en germen, los síntomas psíquicos peculiares de las psicosis circulares y esquizofrénicas y a las que denomina **cicloide y esquizoide**. Los esquizofrénicos pertenecen al tipo leptosomático, y los cicloides, al pícnico.

TIPO CICLOIDE

Se distingue por las particularidades afectivas y conativas. Desde el punto de vista temperamental, los maniaco—depresivos ofrecerían, siguiendo al autor, tres series de rasgos: 1º, comunicativo, bondadoso, animoso, alegre; 2º, cálido, humorista, vivo, brillante; y 3º tranquilo, callado, pesimista--angustioso. Los individuos de este rasgo llevan, en efecto, una vida inquieta, teñida de tristes presagios, que ellos mismos se encargan, inconscientemente, de convertir en realidades con su con-

ducta. Su posición frente a la vida es fatalista, escéptica y de exagerada crítica, no exenta de rencor. No es raro que tras períodos de escasa productividad, con destellos de optimismo, caigan en la inacción y en el pesimismo y terminen en el suicidio.

¡Cómo se encajan, automáticamente, dentro de esta variedad temperamental, los líricos atormentados, de la escuela simbolista y decadente del fin de siglo, que tan penetrante y morbosa sugestión espiritual ejercieron sobre nuestros poetas simbolistas — románticos de la anterior generación — barnizados del modernismo rubendariano, porque las mareas literarias llegaban, como todo a nuestras playas, tarde o llegaban sólo las resacas! . . .

Esa generación de altísimos poetas, a muchos de los cuales les cupo la suerte de fosforecer en un minuto fugaz, para opacarse definitivamente, extraviados por entre las malezas agresivas de la senda, preñada de mandrágoras y de todas las "flores del mal", que la recorriera — deshecho de fatiga y de anhelo — el mismo Pouvre Lelian. . . .

El argentino Lillo Catalan se ha anticipado ya, con su "Trilogía doliente: Musset, Chopin, Becquer", a una interpretación — si bien estrictamente literaria o emotiva — psicológica y psiquiátrica que puede hacerse de los grandes pesimistas y atormentados del arte, en todas las latitudes de la tierra.

En cuanto a la actitud social, ha visto Kretsch-

mer que el cicloide siente la necesidad de adaptarse y relacionarse con el mundo exterior (extraversión de Young). Y esta aparente paradoja entre el autismo y la extraversión, que coinciden en el plano mental de estos temperamentos, la explica el Dr. Falconi Villagómez, cuando dice: "En ningún individuo es más flagrante el autismo que en el poeta. Pero ¡caso curioso! lejos de guardar un honesto silencio ante las embriagueces que lo turban o las flamas que le abrazan, se extravierte en confesiones íntimas, como si se liberara del demiurgo interno merced al fenómeno de la catarsis. . . ." Aún más, los fenómenos afectivos de los demás, encuentran inmediata resonancia en el tipo cicloide [ecotimia de Forel], de allí, los líderes, los apóstoles y los filántropos y aún las figuras creadas y utilizadas por los novelistas y pintores en la expresión artística y humanizadas casi hasta la realidad, como la universal y única de Don Quijote de la Mancha, "desfaceador de agravios y enderezador de entuertos" . . .

Otro elemento característico del tipo cicloide es la variación del ritmo o velocidad de sus procesos psíquicos (tempo psíquico de Ketschmer), que se acelera o se retarda, según los casos, pero lo hace suavemente y sin sacudidas. Finalmente, un último elemento, que sirve para definirlo, es el carácter de **adecuación, proporcionalidad y naturalidad** de su psicomotilidad o expresión motriz.

TIPO ESQUIZOIDE

En oposición a la facilidad de comprensión de las

reacciones del tipo anterior, de afectividad sencilla y unívoca, el temperamento de este tipo ofrece contrastes y complicaciones que le imprimen un carácter de extrañeza. Su afectividad es por decirlo así, bidimensional y precisa estudiarla en su superficie y profundidad. Cuanto el esquizoide ofrece al observador, es solamente una máscara tras de la cual se oculta su vida interior: la falta de unidad y de integración sintética de los impulsos de acción, conducen al tipo esquizoide a una complejidad que culmina en algunas de sus variedades reconocidas con el calificativo de "personas enmarañadas o lunáticas".

En el plano de la afectividad superficial, los esquizoides se muestran: insociables, taciturnos, reservados, fríos, extravagantes; o bien: tímidos, delicados, sensibles, nerviosos, inquietos, amigos de la naturaleza y de los libros; o también imperturbables, obtusos, torpes.

Los rasgos de la primera serie son los frecuentes, y en ellos destacan dos hechos fundamentales: la falta de humor y la tendencia a la introversión o interiorización centrípeta del yo —alejamiento de la realidad objetiva— de la que, también, participan algunos de la serie de los cicloides, pero con la paradógica liberación hacia afuera, mediante la **catarsis** de que nos habla el Dr. Falconí Villagómez, ya citado.

Los de la segunda serie caracterizan por una verdadera hiperestesia psíquica; y los de tercera y úl-

tima, por una anestesia psíquica.

Su actitud social es artificiosa: relaciones sociales irregulares, selectivas o superficiales, sin verdadera interpenetración, y por ello se explica las rarezas y tragedias de los esquizoides célebres. El "tempo" psíquico en el esquizoide, es brusco, sin transiciones. Su psicomotilidad es, unas veces, tímida, estilizada, aristocrática y amanerada; y otras, obtusa brutal, rígida. Las variantes del esquizoide, establecidas por Kretschmer, son: hipersensible, aristocrático, idealista, frío—despótico, colérico, obtuso y holgazán desordenado.

Imprescindible me parece aquí, reproducir el esquema de Kretschmer de las aptitudes especiales o de las actividades profesionales de los dos tipos temperamentales estudiados. El cuadro siguiente es como una pantalla cinematográfica en la que, entre luces y sombras, pueden aparecer, kaleidoscópicamente, innúmeras figuras de personalidades, impresas en su contextura biológica, derivando de ellas la dosis de emoción dormida que venció el tiempo y continúa, inhollada y constante, en vigor e intensidad:

APTITUDES ESPECIALES:

Actitud profesional:	Ciclotimias:	Esquizotimias:
Poetas	Realistas	Patéticos
	Humoristas	Románticos
		Impresionistas

Investigadores:	Empíricos que describen objetivamente	Lógicos, matemáticos, sistemáticos y metafísicos.
Conductores de masas:	Caudillos briosos. Organizadores impetuosos. Mediadores. Conciliadores.	Idealistas puros. Déspotas y fanáticos. Frijos calculadores.

En definitiva: Pende llega a diferenciar un tipo hipervegetativo — brevilineo, magaloplácnico de Viola — con cuatro variedades: apoplética, linfovenosa, atlética e hipogenital; y un tipo hipervegetativo: — microsoplácnico de Viola — con estas variedades: hipercardiomúsculogenital, hipersomáticovegetativo y eunucoide.

Los hechos indiscutibles que establecen la conexión entre la acción nerviosa y las acciones humorales, son, en primer término, la influencia indudable que la función tiroidea por ejemplo, ejerce, sobre la vida psíquica, como admirablemente lo ha estudiado Pende. Son bien conocidos en la clínica tanto el estado de torpidez mental e indiferencia afectiva de los hipotiroideos, como la exaltación e inestabilidad en la ideación y en la emotividad que caracteriza a los enfermos con excesiva función tiroidea.

Hoy no podemos decir que el equilibrio psíquico depende del equilibrio del sistema nervioso, sino del

equilibrio neuro—endocrino, siendo la tiroides el órgano que, a este respecto, ejerce una influencia más directa sobre la vida psíquica.

En igual sentido obran sobre la vida psíquica, la secreción interna genital. Las características psíquicas de cada sexo, tan bien estudiadas por Marañón, y reconocidas como funciones sexuales secundarias, se atenúan o se borran, en los períodos pruepuberal o postclimatérico. Correspondiendo, además, al desarrollo somero de los órganos genitales, rasgos psíquicos poco vigorosos. En este sentido cabe admitirse como verdaderos estados sub—normales y aún patológicos declarados—psicosis—los debidos a la disminución y exageración de la secreción genital.

Es frecuente, por esto, que los grandes temperamentos científicos y artísticos estén dominados por un fuerte instinto genésico: diríase que el anhelo de conocimiento—no es otra cosa la raíz común del arte y de la ciencia—se da en ellos hasta en la actividad fisiológica, como si quisieran sentir la vida en su propia gestación y renovación. Don Simón Rodríguez — para no citar sino el personaje del libro del doctor Wendehake que ahora lo estoy leyendo con delección— era uno de estos. Para él, la mujer meridional del centro de Europa, la rubia austriaca de pupila dormida, la parisense de dilatados refinamientos y recónditos secretos de tocador, no tienen mayores atractivos que la india de nuestra América, cubierta de verdura y de

avia, que la obriza aborigen que entrega sus caricias fieras bajo la techumbre del juncal. Aquel hombre que era todo "un cubismo genésico", con un voltaje de potencia sexual arrolladora, poseía el concepto de la especie en su amplia percepción.

También el Libertador, cual río caudaloso, gustaba de briudarse sobre sus propias márgenes. Acaso un oscuro y misterioso presentimiento del breve resto de sus días, es lo que encendió en él la fiebre de la pasión sexual; pero seleccionó Bolívar sus recipientes sexuales como un anticuario que examina vasos de orfebrería y jarrones de terracota. Bolívar no pudo curarse de cierto romanticismo amoroso que no aparece por para nada en el Maestro. Así, culto, apasionado, discreto, romántico, platónico, unas veces, el Libertador en sus escarceos galantes, semi—medievaes con Fanny de Villars, con Anita Lenoit, con Manuelita Sáenz, con las primorasas hijas del Rimac..... Romántico, sí; el más claro y completo romántico de su tiempo. Influidó por una educación sentimental, rouseaniano; con ese ejemplo vibrante de los románticos de su siglo, desde Napoleón hasta Olmedo, pasando por la lectura, además, de Chateaubrian y de Plutarco, de Virgilio, de Voltaire y Montesquien, de un conjunto disímbolo de escritores en que sólo su voluntad indisciplinada con el genio, logró el consorcio admirable para los objetos de la cultura, que es categoría del ser, dimensión del espíritu.....

Y en relación al funcionamiento de otra glándula

endocrina—la hipófisis—ya se ha reconocido un tipo de mentalidad denominado **mentalidad hipófisaria**, caracterizado por impulsiones suicidas, agresividades homicidas, dipsomanía, etc.

Infinidad de neurosis y psicosis estudiadas en Psiquiatría no tienen otra etiología que la endocrina. Desde la astenia surrenal y los casos de neurosis de angustia, de ansiedad circulatoria, que se manifiestan en el hipertiroidismo, hasta las grandes psico—neurosis como la histeria y la epilepsia, esconden su raíz en los trastornos glandulares.

Resumiendo: Kretschmer admite la existencia de dos tipos—ciclotimiapicnismo y esquizotimia—leptosomía—que constituyen una doble pareja alelomorfa, transmisible hereditariamente en uno u otro de sus componentes o en forma mixta. Tales estructuras psicológicas mantienen afinidades biológicas especiales con determinados tipos de conformación corporal; y de allí el interés del estudio de la tipología somática de los enfermos mentales, pues que por el pueden hallarse, en estado de latencia, rasgos genotípicos o inferirse datos de la personalidad pre--psicótica.

Pero la principal obra de Kretschmer ha sido el establecer una correspondencia bastante precisa entre los tipos somáticos y los tipos psíquicos, de suerte que aquella descripción, a partir de un rasgo puramente corporal, puede continuarse y completarse en la descripción del carácter del individuo. La concatenación

que empieza con el aspecto exterior, se prolonga por lo interno con igual carácter fisiognómico. Merced a Kretschmer llegamos a la comprensión de la "forma" total del individuo, con sus dos caras, interna y externa, por decirlo así.

La correlación entre el cuerpo y la psique ha sido intuída, certeramente, por el pueblo y decantada en dichos, refranes y figuras típicas; en simpatías y antipatías tradicionales hacia ciertas figuras corporizadas y humanizadas por la literatura y la leyenda, como Don Quijote y Sancho, por ejemplo.

Estas formas tienen, sobre todo, una rigurosa lógica interna, de suerte que este modo de conocimiento, que podríamos llamarlo fisiognómico, es, cuando alcanza toda su finura y penetración, la comprensión profunda de la lógica interna, de las formas naturales, psíquicas, sociales o históricas.

No trato aquí—quiero deslindar intenciones y conceptos—de insistir en propagar la absoluta tradición lombrosiana de la identidad del genio y la degeneración, o sea, que el genio es un degenerado neurópata. Esta concepción tuvo su origen en una de las obras que abrieron nuevos horizontes a la Antropología criminal y cuyo éxito fue retumbante en los comienzos del Siglo. Desde entonces se generalizó, cada vez más, la creencia de que no podía existir genio, sin neurosis epiléptica. Afirmar hoy, irreflexivamente, que el genio

confina o se confunde con la locura, constituye imperdonable ligereza científica.

Estudiar el temperamento y el carácter de los hombres empinados en un plano superior de mentalidad, sus relaciones fisiológicas y psicológicas, sus condiciones psico—somáticas, no es pretender un diagnóstico retrospectivo de degeneración, en el verdadero sentido de la palabra. Porque para afirmar, de una manera concluyente, que el genio es un degenerado, se impone la verificación meticulosa del grupo; porque en genética los casos en pequeño número no tienen significación ninguna. Los cocientes sólo son expresivos en gran número.

Además, cualquier individuo de linaje normal, crecido y mantenido sano hasta cierta edad, puede, de un momento a otro, volverse neurópata, bajo el imperio de circunstancias morbosas, traumáticas o tóxicas, lo mismo que por desórdenes hepáticos o de ciertas glándulas endocrinas, como he señalado ya, sin que sea o se vuelva degenerado.

Examinando con el debido criterio científico a los genios, a los medianos y a los mediocres, se verá que todos están dotados de particularidades más o menos extravagantes que se manifiestan de acuerdo con las mentalidades respectivas.

Y a ese análisis sugestivo—por la curiosidad y la crítica—es al que he querido referirme con las "Semblanzas Biotipológicas" que, siguen.

Semblanza Biotipológica
del Poeta

MIGUEL MORENO

EL INTENTO DE UNA SEMBLANZA

Enorme es el caudal de sugerencias que me incitan para el intento de una nueva biografía del poeta solitario, exquisito y doliente, que brilla con luz propia en la lírica del Azuay, y ofrece—como muy pocos—contornos muy propicios, por su tendencia a la introversión o interiorización centrípeta del yo, para un estudio de esta índole.

Sin la autoridad que pudieran darme, para escribir una semblanza biotipológica del poeta, una copiosa documentación científica y una larga labor de estudio y, además, careciendo de la plomada clínica de pesado lastre para intentar un hábil y hondo sondeo de su compleja, exquisita y atormentada personalidad, preciso es conformarse con un simple análisis retrospectivo, sumergiéndome, con el poderoso reflector de la crítica, en una especie de bucería mental, en el abismo inexplorado de su espíritu, y, así tratar de explicar, con el auxilio de las nuevas concepciones científicas, aquella vida inconfundible y única; aquel espíritu de esteta, templado al rojo candente en el yunque, a los golpes del dolor y del sonar metálico y cristalino—como una canción—que a cada asestada del martillo, estalla en una queja y en un cantar.....

De la obra de Miguel Moreno, pudiera decirse lo que Whitman decía de sus poemas: "quien toca a este libro, toca a un hombre"----Y al hombre hay que tocarlo, en su humana plenitud y contextura—somática, temperamental y caracterológica—al tocar su obra, sublimada por el dolor y por el arte.

La crítica se respalda hoy—como ya lo vislumbraba Taine—en documentos humanos: considerando al autor como hombre junto al medio y la obra, para estudiar las influencias que ejercen entre sí estos factores. Y, así, antes de admirar ciegamente la valía artística de Moreno, con la credulidad de una ignorancia aldeana, es necesario que todo espíritu culto y bien informado, trate de explicarse, con el auxilio de la ciencia, las características de este insigne poeta, hijo de las feraces campiñas del Azuay, que fué, si no el más alto, uno de los grandes representantes de la lírica romántica. El auténtico poeta de la melancolía, del amor y de la desosporanza.

ALMA MORLACA

El ambiente de la morlaquía, en donde parecía que se hubiese parado la categoría espiritual del tiempo, fué el creador del espíritu de Moreno: alma atormentada por el presente que pasa; espíritu torturado por la conciencia del pretérito, de lo que está amenazado por el hoy y el mañana.

Cuenca fué una ciudad pastoril, en la que se dijera que los grandes señores se hubieran disfrazado de

pastores para entonar, con más prestancia y más sonoridad, el himno glorioso a la Naturaleza triunfante. La Naturaleza era el esplendor de las tardes de Mayo, cantadas por la trilogía exquisita de estetas que fueron Moreno, Vázquez y Crespo Toral. Era la noche de Diciembre, la zampoña campestre; las fiestas piadosas en que los aldeanos tienen la inocente serenidad de los niños. Cuenca tenía un ambiente de Romance y de Academia. Alejada del tráfico mundano, la ciudad se adormecía en la liturgia de los cantos sagrados y se arrobaba en el perfume que sube de los incensarios en volutas azules, que envuelven el santuario en que la Virgen María sonríe como una esperanza....

“El paisaje azuayo—como ya lo dijo un refinado y culto escritor cuencano—representa para el sabio perspicaz, para el artista, el viajero y el observador inteligente, una compleja realidad colectiva: su ética, su estética y su tonalidad autóctona, señalan nuestra particularidad ambiental. El estado de sensibilidad privada, es el mayor aporte que hacemos los cuencanos al conjunto nacional, en la plenitud de sus aspectos. El alma morlaca, remisa al fluir tropical de la palabra, tiene pudores y sencilleces de fuente sellada. La montaña es adusta y reconcentrada; pero se anima por la voz cristalina de los torrentes manando las centellantes arenas y chispillas codiciadas, en viaje a las playas lejanas. El hombre del trópico, meridional, amanece cantando la ardiente querella percusiente en la selva lujuriosa. Por el contrario, el andino azuayo, gime su endecha, solo bajo el prodigio del lucero vespéral o de la noche lu-

nada; sino calla, cuando pasan ululantes las sombras, entonando los trenos funerarios del silencio, glosados por las bocinas y los cántaros rotos, sobre los despojos de la raza milenaria que duerme su imperturbable sueño.... "(1)

En el paisaje, introvertido y callado, hay algo telúrico, no descubierto todavía. Acaso en el campo maravillosamente satánico del sub-concierto, podríase avizorar—con Freud—ios complejos subyugantes del alma cuencana. En la tierra azuaya existe un indescifrable misterio, que encarna extrañas revelaciones.... Y así se efectúa el prodigio del alma que habla, transfundiendo no se qué sublimes resonancias, revelación del silencio.

Y es el alma de este pueblo la que canta, la que habla, la que llora y se estremece en la lírica del vate nativo, el fervoroso apasionado del paisaje interior y el milagrero espiritual de la comarca!....

Y a este pueblo que cree, que trabaja, que siente y que ama, con ese vago sentimiento romántico que inspiraba las creaciones antiguas, sin transformarse en la pasión complicada y terrible, siempre morbosa en sus aspectos, que desemboca fatalmente en la tragedia, poco o nada le interesa el encasillamiento literario o estético de una obra, ni cree en escuelas literarias, como no cree en retóricas y poéticas; quiere que alguien—el poeta Moreno, carne de su carne y espíritu de su desti-

(1) C. Crespo y Vega.—"Panorama Espiritual Azuayo.—Cuenca.—1938.

no—le haga revivir, con la armonía del ritmo, su hiperemotividad creadora venida de lejanas y profundas raigambres biológicas.

Y el poeta, cuencano hasta la raíz de su arte y de su sensibilidad, con su estética agudizada fué una especie de antena que captó las inquietudes del espíritu y recogió la armonía universal del alma de su pueblo.

Y, por eso, la emoción artística de Moreno no se trasmuta—como en el caso de Crespo Toral, por ejemplo—en una concepción original del mundo y de la vida. Casi siempre se queda el poeta en la nebulosa del sentimiento, y, si canta, es como el pájaro, por un impulso más biológico que reflexivo. Es lo que Shiller llamaba poesía ingenua, no por eso menos deliciosa, sino acaso todo lo contrario. A veces nos descubrimos muy pequeños, a veces muy grandes. Intensificada en el silencio y en el éxtasis la vida interior buscará salida. "La savia no es savia sin brote". Su voz pasando a través de la sensibilidad desgarrada y viniendo desde el espíritu pleno y deslumbrado, purificado y ya dueño, cantará con sus mismos estremecimientos la esencia misma del alma, hecha verso y música, colorido y grandeza.

RELIGIOSIDAD Y SENCILLEZ DEL POETA NATIVO

La sencillez es el refugio de los espíritus complejos, dijo Wilde. Y Moreno se refugió en la compañía de los humildes, como un San Francisco de Asís. Y

no por un complejo de superioridad, antes que de inferioridad —siguiendo la escuela freudiana— por una especie de aristocracia intelectual, como en el caso del filósofo ginebrino, Amiel, tomando como ejemplo de timidez y sencillez en su época.

Santo y humilde, para quien la virtud fué el fin único de la vida, el motivo soberano de la existencia. El artista, acaso, no iguala al santo, pero se lo aproxima. Porque, fundamentalmente, Moreno, era un espíritu religioso, más que filosófico, en el sentido de especialidad de esta palabra. Guardaba un puro fondo de religiosidad en su espíritu y se dolía frente a la mayor parte de las instituciones públicas exhaustas de toda religiosidad, de sentimiento de fraternidad, de humanidad común. La religiosidad era en él: emoción primaria, impulso de religamiento, de unión espontánea y ética entre los hombres.

Vista a la luz de esta interpretación religiosa, en su modo de trascendencia puramente humana, toda la vida de Moreno, adquiere aquel alto sentido idealista, raíz creadora de su obra. Toda su misma actuación pública, discreta y callada, no es más que eso: una reacción de humana religiosidad. Su actitud, por ejemplo, ante una heregía cometida en la persona de otro hombre—en el caso de Vargas Torres—fué un noble y cristiano gesto de movimiento religioso contra un acto antireligioso de su religión, antihumano....

Ese sentimiento religioso—producto del medio ambiental y familiar—se traduce en Moreno en ese ideal tradicionalista de lucha contra el tiempo, en ese PA-

THOS faraónico o anhelo de eternidad, que preside toda su lírica y su vida, acaso con íntima angustia. Y diríase que se revela aún en su presencia física, en esa faz de monje austero, en esa fisonomía remachada a martillazo de dolor y atormentada por la escultura del sufrimiento. --

EL DOLOR DEL POETA

Ninguna alma se superó en el placer. Ni en el logro fácil de una ilusión, florecieron las magnificencias de la vida.

Los más bellos mirajes de la vida mejor, los da la pena y a través de una ilusión trizada se descubre mejor la vida. Quieta y deslumbradora es la alquimia del dolor: la carne machacada y el alma prieta en su cilicio, se repliegan hacia sí, como se encoge el rostro repentinamente expuesto al insulto de la lluvia. Mientras que el martirio del ser todo, arrodillado dentro de sí, deglute sus propios pensamientos, ahonda y compara las realidades y las ilusiones. No vaciado para vivir hacia fuera el poeta—introvertido y egocéntrico—pero no obstante firme el ansia de desahogo, se iniciará—es forzoso—el proceso que descompone y analiza la reclusión de su alma.

Es difícil alcanzar a medir la intensidad de la emoción del poeta doliente, que se traduce en tanta belleza sutil y delicada. La amargura gotea luz y la muerte querida—*Dora*, la idea fija y obsesionada que se agita en su cerebro—resucita hasta llegar a ser comprendida por nosotros. Como la Mistral, Moreno acierta ca-

da vez que entra en el templo de su recuerdo trágico. Como Amado Nervo, nunca fué más humano, y por lo tanto, más artista, que cantando la inmovilidad de su Amada.

El hombre comienza a ser objeto de tragedia, al adquirir la conciencia obsesionante de la muerte; el grado de esa conciencia determina—sin faltarle, en el caso de Moreno, la sugestión religiosa—su personalidad trágica.

Pero de no haber esa personalidad trágica, esa hipersensibilidad álgica, propia de su temperamento, acaso de su hipo—paratiroidismo, el poeta no sería la voz, el lamento y la canción del alma de su pueblo. Poeta de verdad, atormentado, original; el canto puro en el vate de "EL LIBRO DEL CORAZON", rebalsa de todas sus palabras, como de frágiles vasos, insuficientes para contener sus acentos de angustia y de pasión, que llegan hasta la esencia misma de las cosas en su inquietud de intensidad. No se contiene en los pobres moldes de la rima, porque los deshace, tumultuosamente, desbordándose en lamentaciones de dolor.

Pero aun cuando la vida ponga sabor de ceniza en su boca y le arrebathe todos los bienes y someta su alma y su cuerpo a martirios más cruentos y tenaces que los de Job, no deja nunca el poeta de dar dulzura a los demás. Su anhelo es poder convertir en miel el acíbar de su copa. No le importa que sus llagas dejen una gran estela de sangre en el camino; que siempre dirigirá sus miradas a la lejanía, a las azuladas cumbres, al cielo vasto. Y si cae, deshecho de fatiga y de

anhelo, no turba con angustiosos clamores—como los grandes atormentados: Leopardi o Alfredo de Musset—la paz solemne y humilde de alguna morada cercana.

“Todo eso has hecho conmigo y yo te lo agradezco, amigo dolor, porque siempre es de agradecer el puesto de honor que concediste a quien como yo, ha podido elevarse sobre los demás mortales con las alas sangrantes que le prestaste; y estilizado mi espíritu, comprender desde arriba lo que sin haber bebido en su cáliz fortificante, no hubiese comprendido, ni por lo tanto, gozado jamás.... Desgraciados aquellos que no han sido acariciados por tus manos de acero. Desgraciados aquellos que bebieron la vida en el cáliz mediocre de las penas vulgares!....” Podría haberlo dicho Miguel Moreno, como lo dijo una gran alma doliente a quien la pena hizo artista.

ASPECTOS CONSTITUCIONALES

La interpretación crítica del aspecto constitucional de una persona, es posible solamente cuando se conocen los elementos fundamentales de las teorías constitucionales. Por consiguiente, el juicio crítico se atiene a la inspección, a la estatura, corpulencia, postura habitual, esqueleto, musculatura, clase de movimientos y tono, es decir, a rasgos determinables por la constitución. Al mismo tiempo, se considerarán las diferencias de la herencia y de la raza. Es por eso que el conocimiento de los principios de heredobiología, es indispensable para el médico que pretende hacer un diagnóstico—ac-

tual o retrospectivo—de un temperamento. Y en un temperamento que se estudia, hay que tener en cuenta los cuatro factores que regularizan la existencia de todo ser humano: la herencia, el medio, el pasado individual y el elemento personal.

Todo individuo es, dentro de su población, una única unidad viva constituida por una suma determinada de distintivos psíquicos y somáticos. Esta forma de manifestación de una persona determinada, y solamente de ella, caracterizada por la figura y comportamiento, se denomina, en heredobiología, el fenotipo del individuo correspondiente. El fenotipo—el individuo—se levanta sobre la base de su constitución fundamental hereditaria de su genotipo. El genotipo se desarrolla de los fundamentos hereditarios del germen, bajo la modeladora influencia del ambiente, a igual que la generación de plantas que brota cada año de la misma raíz. Las bases hereditarias son eternas y transmitidas por el individuo a su descendencia. En cambio, el fenotipo, desarrollado de las bases hereditarias, es único y mortal. Las bases hereditarias se desarrollan en el fenotipo en atributos característicos, que representan, para el individuo, cualidades somáticas y psíquicas que se desarrollan y se desenvuelven, sin cesar, de las bases constantes del germen, bajo la influencia del medio.

La forma de reacción establecida en el germen, es la dominante: el medio es el elemento modificador del desarrollo individual. Las influencias del medio no actúan sobre el germen del individuo. A lo sumo durante la vida del individuo se puede producir una le-

sión del germen que da lugar a una aromalía o inferioridad de la masa hereditaria primitiva. Nuevas condiciones hereditarias no se originan por esta vía, sino solamente por mutación.

Según todos los resultados de la investigación moderna, las cualidades adquiridas no son heredables. Respecto a la disposición hereditaria—fórmula de reacción—y la unidad de la conciencia del yo, el individuo es invariable. En cuanto a su constitución corporal, está sujeto, dentro de los límites de su masa hereditaria, a las constantemente variables influencias biológicas.

Con la expresión: "la persona" se caracteriza la totalidad, la unidad y la existencia, por una sola vez, del individuo; con la expresión "constitución", el individuo biológico procedente de la herencia (Kraus).

Para el médico tiene importancia, en primer término, la constitucionología somática. La constitucionología psíquica, como la caracterológica, es una cuestión de la psicología; y, como ciencia de la vida anímica alterada patológicamente, una cuestión del psiquiatra.

Se viene imponiendo, desde hace tiempo, un método que clasifica a las personas en varios tipos. Sigaud, por ejemplo, distingue el tipo respiratorio, el tipo digestivo, el tipo muscular y el tipo cerebral. Y Kretschmer señala, desde puntos de vista médicos y psicológicos, tres formas normales de constitución humana: el tipo leptosomo, el atlético y el pícnico; y como tipo constitucional anormal, el tipo displásico. El tipo leptosomo parece guardar relaciones con la esfera de for-

mas de esquizofrenia; el pánico con el de la locura maniaco—depresiva.

MORFO—TIPOLOGIA DEL POETA

La morfología de Miguel Moreno fué de la variedad leptosomática de Kretschmer, o asténica, acaso, por la exageración de los rasgos de este tipo. Domina el diámetro longitudinal sobre el transverso. Delgado, hasta la demacración, caquético, casi, con carencia absoluta del panículo graso, especialmente en el tejido subcutáneo. La piel atrófica, seca. Musculatura débil. Facies estrecha, de líneas salientes y angulosas. Ojos hundidos y brillantes, ampliamente abiertos, con anchas pupilas (midriasis simpática). Tal es el tipo físico que revela la morfología vista a través de sus oleografías, ya que, cronológicamente, no me fué dada la apreciación de su corporeidad física.

Crespo Toral, el íntimo y fraterno espíritu de Moreno, que nos quedaba hasta ayer para "juntar a la generación suya con la nueva generación", hizo del poeta el siguiente magistral retrato:

"De elevada estatura y algo como rendido al peso del talento, la armadura fuerte y casi visible al través de sus pocas carnes, denunciaba un espíritu en plena erupción de inteligencia y amor. La tez pálidamente oscura, como restos de incendios de energía, la cabeza adelantada y sobresaliente con las protuberancias lapidarias del talento y la frente volada en dos arcos sobre los ojos, que asomaban adentro con furor metálico

de concentración, de piedad, de místicas melancolías y arrobamientos: era la fisonomía de un asceta o de un caballero andante y soñador. Los mostachos parecían un tanto exóticos en la figura de contemplativo, llamado para mostrar la intensidad del pensamiento a través de las formas....”

Siempre, el óleo que admirábamos diariamente en el Salón de Actos de la Escuela de Medicina de Cuenca, en los días ya lejanos de nuestra vida de estudiantes, nos recordaba la semejanza y la asombrosa similitud de los rasgos fisonómicos de Moreno con el sabio médico francés Laennec.

Y si la morfología es regida, como sabemos, e influenciada por el endocrinismo, el tipo normal leptosomo de Moreno, corresponde a la variedad constitucional hipertiróidea de Pende, o sea del tipo longilíneo, delgado, con musculatura débil y tendencia a la lordosis.

Y estas características somáticas corresponden, exactamente, a las caracterológicas y temperamentales reveladas en su obra de lirida y en su vida misma. En efecto: si la leptosomia corresponde a la esquizotimia, todos los rasgos temperamentales estudiados en ella, tienen una confirmación evidente en el carácter del poeta, en el que predomina la sensibilidad sobre la acción y la introversión, el autismo y la vida interior. Apolíneo en materia estética, en el que gravita la visión íntima, la apariencia del mundo de los sueños. Así como su exitabilidad psíquica, su intranquilidad intelectual, su desarrollo intelectual precoz, tan características de

la variedad constitucional hipertiróidea, propia de Moreno.

La obra estética del poeta Miguel Moreno es egocéntrica, como es la mayor parte de su cerebración artística; y mediante este autismo se liberó del mundo circundante, del grosero materialismo de la vida, constituyéndose un mundo interior a expensas de sus recuerdos íntimos y dolorosos y del paisaje andino—introvertido también—callado y crepuscular como un estado de alma.

Sus estados afectivos, sus emociones, sus pasiones, su misma imaginación afectiva, de tipo endofásico, todos sus procesos psíquicos, responden a las características de su esquizotimia; como es su psicomotilidad tímida, estilizada, aristocrática; como es su afectividad delicada, sensible, nerviosa e inquieta, amiga de la naturaleza y los libros; como lo es—y en grado sumo—su ensueño lírico que, como lo quiere Freud, sería el sueño diurno, convertido en cerebración inconsciente. Correspondiendo, pues, a una verdadera hiperestesia psíquica, característica en los rasgos de la segunda serie de esquizotímicos, de la clasificación de Kretschmer.

Prueba, también, de ello, es su introversión mística y religiosa que se encuentra en su lírica y en su vida. En el fondo de su alma exaltada se toca la idea mística y se encuentra a la Virgen María, la de los “Sábados de Mayo”, a la que la halla continuamente, la llama, la acaricia, se postra en su presencia y tiene, para tratarla, familiaridades augustas y ternuras suavísimas.

Fernando Morel, lo habría estudiado entre sus introvertidos místicos en su ensayo psicopatológico acerca de la introversión mística, apoyándose en los estudios de Freud, Bleuler, Jung, Alder, etc.

Pero el plano de la esquizotimia no el mismo que el de la esquizofrenia. En el primero están los hombres de genio, los artistas, los hipersensitivos, los grandes atormentados del arte, como lo fué Miguel Moreno. En el segundo están el paranoico, el alienado, sin vida espiritual, porque el pensamiento y la razón se fueron de su vida mental, para internarse entre los pliegues caprichosos del desdoblamiento del yo.

AUTISMO Y FABULACION

Característica del introvertido es el autismo. La gravitación en el mundo de los sueños, la fantasía del espíritu, la cerebración artística a base del cultivo del yo o de la confesión auto—biográfica.

“El mundo es representación, mía”, afirmaba Schopenhauer, como fruto de subjetividad, al extremo de parecer la concepción de un megalómano Y Segismundo, el protagonista de “La vida es sueño” de Calderón, no estaba seguro de si razonaba en el mundo de la fantasía o en el de la realidad:

“Otra vez ví aquesto mesmo
tan clara y distintamente
como ahora lo estoy viendo
y fué sueño....”

Y por eso, la vida imaginaria deviene en vida real y el autista cree firmemente en su ensueño lírico y se manifiesta en la fabulación, que acompaña, como síndrome, a todas las alteraciones de la conducta en las que la tendencia afectiva se satisface artísticamente.

La fabulación es una construcción psicológica parasitaria que descansa sobre la verdad y cuyo fin es la alteración del hecho real endógeno o exógeno. Por una causa cualquiera, por reflejo concatenado por la verdad sentida, creída o pensada, aparece en el campo de la conciencia, o del inconsciente, una construcción parásita que concluye por buscar un término distante en la invención por semejanza, contrariedad, correlación, etc., manifestándose, en lo orgánico, por trastornos neuro-vegetativos, capaces de registro, y, en lo psíquico, por desequilibrio o anulación de la voluntad.

Y Miguel Moreno, el autista situado entre el plano sensible y supra-sensible, en MORAIMA, dialogando con Enrique, nos ofrece un caso de fabulación convertida en expresión lírica.

HERENCIA, ANCESTRO Y AMBIENTE

Ya, Moreau de Tours, asignó a la herencia un papel principal y definitivo en las particularidades del carácter que manifiestan los sujetos de una inteligencia superior, o de una afectividad exagerada; habiéndose visto prevalecer, cuando se estudian los antecedentes familiares de estos individuos, diversas afecciones nerviosas, así como entre los ascendientes de éstos, presentarse personajes de brillantes facultades.

En el caso de Miguel Moreno, el estudio de su genealogía, sí suministra algunos datos que puedan permitir practicar un análisis retrospectivo del carácter de sus progenitores.

Su padre, Don Manuel Moreno, personaje austero, silencioso y huraño. "Tipo ibseniano; en el alma enclaustrada de él hay un manto misterioso de bruma"—dice ce un vástago suyo. (1) Venido de un coloniaje americano, antes que circunscrito a una geografía reducida, con mucho de labriego, rudo como la gleba familiar y nudoso y moreno como las cepas tutoras a las cuales víñulase de nombre y calidad. Autoritario en su hogar, con una moral de monje austero, descorre los velos de la pasión del hijo adolescente y le enseña la amarga y cruel realidad que se esconde tras las ilusiones sonrientes de su primer amor y le da hecho el drama de su vida: el olvido trágico y doloroso de todos sus sueños y de todas sus esperanzas: el primer trauma psíquico que había de cambiar, definitivamente, la vida del poeta y había de torcer la sombría ruta de su destino hacia lo fatal.....

Fué el tronco de una gran familia que ha dado, y sigue dando, a Cuenca y al Ecuador entero, una pléyade de literatos ilustres y artistas del verso, que, como una rama privilegiada por el arte, mantiene la tradición lírica a través de un temperamento isomorfo, por la similitud y casi identidad de sus rasgos, tradu-

(1) Vicente Moreno-Mora.—"Vida de Miguel Moreno. El poeta del Recuerdo y de la Muerte".—Cuenca:—1936.

cibles en ese aislamiento del mundo exterior, en ese refugiarse—huraño y taciturno—dentro de la torre altísima de marfil de su sensibilidad.

Ciertas rarezas y singularidades del carácter de Don Manuel, forman una cadena de aberraciones psíquicas llamativas para su personalidad espiritual, fuente de la cual ha de dimanar la superioridad mental y los complejos afectivos del poeta.

Sinceramente religioso era este buen señor, como también capaz, por momentos, de guardarse su religión y su mausedumbre en el bolsillo, cuando su vanidad antropocéntrica de raza le hacía castigar inmisericordemente al indio, que, por ventura, se atrevía a hablarle o saludarle, siquiera, en español. El indio decía—tiene que hablar siempre en quechua; lo demás, es máximo atrevimiento.

Su madre, Doña Carmen Ordóñez, dulce y buena. Lista siempre a compartir con el humilde y el desamparado, el pan de su mesa y el ángulo de su estancia. Desprendida para las cosas materiales de la vida, pasa sus horas rimando el poema sublime de la maternidad y restañando las heridas, prematuramente abiertas, en el corazón sensitivo del hijo que vuelve enfermo de amor y de olvido....

De su padre, de sus aberraciones psíquicas, traducibles en el aislamiento, la misantropía, el narcisismo, acaso por un profundo complejo de inferioridad, Miguel Moreno heredó directamente esa interiorización centripeta del yo, ese egocentrismo que, relegados al fondo del subconciencia en el primer período de su vida—e-

cofimia o resonancia afectiva—se liberan después, en la segunda etapa de su existencia, tormentosamente dando la forma psicológica introvertida, con esa reacción esquizoide característica hasta su muerte.

De su madre, es evidente, recibió Moreno ese fondo de dulzura, de bondad y de abnegación que constituyeron el substratum de su alma. El sublimó esos sentimientos en la alquimia de su espíritu refinado y sensitivo como el de un San Francisco de Asís o un Vicente de Paul y fué, así, el Samaritano para la sed de los que imploran los restos del banquete de la vida, tan injustamente proporcionado y repartido.

Y no hay duda que estos rasgos hiperafectivos e hipersensibles de Miguel Moreno, traducidos en su filantropía y en su apego fraternal hacia los débiles y los desamparados, influyeron en la curva armoniosa de su vida de médico, apostólico y consolador para los dolores de la carne y las lacerias del espíritu. Ningún otro apostolado podría conformarse mejor con su espíritu de renunciamiento y de sacrificio. Porque no hay mayor satisfacción para el hombre de sentimientos delicados que el placer de practicar el bien. Y no hay profesión que ofrezca tantas oportunidades para hacer el bien, como la Medicina. Además, la Medicina es una forma de cooperación fundamental y primaria, al bien común.

Y su espíritu de sacrificio excedió los límites del renunciamiento normal.

Pero esa mezcla de la aridez materialista de los libros profesionales, con su sensibilidad y su idealismo exacerbados, acaso provocó — sobre todo el comienzo de su

iniciación científica—la desarmonía, producto del choque de dos fuerzas opuestas y contradictorias, porque apunta el poeta en sus cuadernos autobiográficos:

“¿Cómo vagar por los cielos
de la hermosa poesía
y darse al amor soñado
y otras dulces maravillas,
si el destino me condena
a estudiar Anatomía
y a descifrar los embrollos
de la nebulosa Química?-----

Cómo pensar en los vivos
y en el festín de la vida,
mirando sobre la mesa
a la descarnada víctima
de la ciencia y de la muerte
que ya sin ojos nos mira?-----

¿Cómo soñar en lo incógnito
cuando en vil carnicería
pesa y sofoca un ambiente
de cementerio y me asfixia
la eternidad en sus dudas
con sus tinieblas la vida?-----”

Impelido como ciertas aves por el niusus migratorio o necesidad instintiva de volar, pasó años de intensa labor en país extranjero; y allí su espíritu de sa-

crificio se reveló en su máxima plenitud. No sólo daba limosna profesional, sino también sus ahorros, dedicando la mayor parte de sus horas a la curación gratuita de los pobres. Iba él donde se anunciaba un peligro ó había una herida moral que envolver con vendas de piedad. Sus modestos haberes se disipaban así largamente "en conquista de almas, en resurrección de muertos, en vaso de aromas derramado sobre los pies de los que habían de morir"-----

El ambiente familiar: las gentes austeras, místicas, silentes; la heredad paterna crepuscular y conventual sobre la que flota un hálito de misterio y de pesadilla, con consejas y aparecidos, depositará en el psiquismo del adolescente esos complejos afectivos de timidez y misantropía, que luego, al pasar los años y merced a los traumatismos psíquicos que recibiera, han de exclaustrarse de su subconciente, para revivir y acentuarse, morbosamente, en los últimos días del poeta.

Ahora bien, si aceptamos que en los individuos dotados de facultades intelectuales extraordinarias, los trastornos del sistema nervioso se presentan también más acentuados, dimanando de una misma fuente la superioridad mental y afectiva y la psiconeurosis que se trasmite por herencia a estos sujetos que, desde su entrada a la vida, manifiestan brillantes facultades, Miguel Moreno debió heredar, junto con aquellas dotes elevadas de su espíritu, muchas imperfecciones psíquicas, en sus ideas, en sus sentimientos y en sus actos. Y así se ve surgir, en la personalidad del poeta, aquella herencia nerviosa de su antecesor, aquella influen-

cia deprimente del medio familiar, traducidas en insomnios, angustias, vértigos, fobias, melancolía taciturna, pesimismo fatalista, mustio aburrimiento, obsesión de ideas lúgubres, somnolencias, etc.; en resumen, todos los síntomas clásicos de la psicastenia ansiosa.

EL TRAUMATISMO PSIQUICO

Es una ley de biología aplicada a la fisiología general, que los hombres reaccionan a los estímulos según sus propias características.

Dado el temperamento hiperestésico de Moreno, como resultado de factores constitucionales—hipertiroidismo—esquizotimia—hereditarios y ambientales, es natural que en ese terreno preparado, habían de ejercer una morbosa influencia las grandes tragedias con las que el Destino se ensañara en su existencia.

Había hecho de su hogar un jardín florecido, en donde cultivara el amor engrandecido de los suyos. Pero se desbocó el huracán y vino la tragedia. En pocos días, como en sucesión vertiginosa y macabra, perdió a tres de sus hijos y a su esposa. Y el hombre se sumergió, definitivamente, en las oquedades de la desesperación. Pero sublimando su dolor y merced a un proceso de cerebración inconsciente, por un fenómeno de fosforecencia interna, transforma su religiosidad en misticismo; fija el eco de las voces queridas que se fueron en la superestructura de su cerebro y vive del recuerdo, conversando con las sombras. El poeta, entre vigiliass lúgubres, como noche de candelabros, a

gudiza su dolor, su tremendo dolor que sacude el cordaje de sus nervios y rompe con la armonía de lo que fué, de lo que es, de lo que pudo ser, y exclama:

“Me asusto de mí mismo,
yo quisiera esconderme en un abismo
más profundo que el mar”-----

Y luego se extravierte por un conocido fenómeno de catarsis:

“Y al entregarles al sueño
de la tierra; loco, lívido,
lanzo al mundo, al cielo lanzo
de mi dolor el rugido”. . .

Fué este segundo traumatismo el que acentuó la perenne huella patológica—equimosis espiritual—en el psiquismo del poeta.

PATOLOGIA SOMATO—PSIQUICA

Sabido es que los numerosos trastornos viscerales, principalmente los referentes al tubo digestivo y al corazón, reconocen por causa, no sólo alteraciones de uno u otro de estos órganos, sino también un desorden en el funcionamiento del sistema nervioso orgánico que realiza la nervación de los órganos y, por consiguiente, dirige sus funciones. Entre los síndromes resultantes de un trastorno del equilibrio neuro—tónico endocrino, los más corrientes son, probablemente, los que se deben a la hiperexitabilidad del simpático, tan característica de las constituciones hipertiroides.

Y como hipertiroideo fué el tipo constitucional de Moreno, la hiperexcitabilidad simpática es evidente que fué una de sus reacciones patológicas más características. Ignorados aun, en la época de la vida de Moreno, estos síndromes neurotónicos por los profesionales y colegas suyos, hoy hubiéranse podido reconocer con bastante facilidad en ciertos signos reveladores, como son, en la esfera psíquica, la impresión de malestar, el fondo de tristeza, el humor desahucado, la tendencia a inquietarse, en suma, la hiperimpresionabilidad ansiosa que es uno de los elementos esenciales de los simpático-tónicos, hasta el punto de ser aquella un signo revelador de la hiperexcitabilidad simpática. La astenia y la depresión que presentan los simpático-tónicos, provienen de una verdadera inhibición que ejerce sobre el sistema nervioso central la hiperexcitabilidad simpática.

Y en la esfera somática, los trastornos gástricos, con sus síndromes hiposténicos, hiperclorhídicos y solares que acusaba continuamente Moreno, así como sus trastornos cardiacos y neuro-psíquicos, los mismos que, tan poderosamente, infuyeron en la vida del hombre y en la sensibilidad creadora y en la emotividad lírica del poeta.

El elemento neurotónico predominó en su habitual estado asténico; instalado este síndrome depresivo, como inicial y primitivo, se acentuó y se exacerbó, luego, a consecuencia del SURMENAGE, las inquietudes y las intensas emociones afectivas. La neurastenia tomó

posesión del cuerpo, "resto de maceración", según el decir de Remigio Crespo Toral, quien siguió el proceso de su agotamiento y los preliminares de su partida.

Este término de NEURASTENIA, del que se abusó en otro tiempo, ha sido casi abandonado hoy. Pero en realidad, aunque cambio el *marchamo*—como dirían los franceses—el estado patológico que él designa existe siempre. Puede decirse que la inmensa mayoría de los individuos asténicos, entra en esa categoría, porque, aun cuando, a primera vista, parezca pura la astenia, es excepcional que no se hallen en ella algunos signos reveladores, principalmente ese fondo de tristeza, esa tendencia a la inquietud, ese estado ansioso, que prueban el origen neuro psíquico—endocrino del síndrome.

Como lo hacía Paul Bourget, uno de los maestros de la novela moderna, que describía hechos clínicos y problemas biológicos, como si hubiese seguido años enteros la enseñanza de las ramas de la clínica médica, así Crespo Toral, en relación admirable que nos dejó, se acerca a la ciencia cuando nos pinta la sucesión de las escenas finales del poeta: "La vida en los sueños y la realidad más terrible que la pesadilla, los recuerdos como un remordimiento de dicha perdida, el anhelo de morir para hacer compañía a las mitades del alma; el grito de angustia, la quejumbre de la plejaria, la mueca horrible de la demencia y la crispatura de la desesperación... La piel seca, las arterias exhaustas por la persistencia de la enfermedad, los nervios a manera de cuerdas, doloridas y tembladoras,

con la emoción de la cercana muerte que el vidente contemplaba llegar poco a poco desde allá, del límite del sendero de las sombras; los ojos iluminados con luz amarilla, los huesos pugnando por romper el saco libido del torturado, del condenado a morir..”

Creó que las sombras habían invadido sus ojos. El, que amaba la luz con arrebatadora pasión, como inagotable fuente de deleite sensorial, se sintió ciego, a pesar de que veía la imagen de las cosas, y entonces escribió en la última página de su autobiografía la queja de este psalmo que comienza así: “¡Señor, Señor! porque te plugo darme la existencia, hacer la luz y concederme la vista ¡bendito seas!— Y porque tuviste a bien quitarme la luz de los ojos ¡glorificado seas!” Y llegando al límite máximo de su autismo, dentro de su vida interior, exclama: “Pues ciego veo mejor, Señor, no me devuelvas la luz de este mundo!..”

EL EXODO FINAL

En el mes de abril de 1910 cayó enfermo. Se agudizaron sus dolencias físicas y su espíritu había ascendido, en vericuetos de fatiga, a la cumbre del dolor. La muerte le obsede. Las sombras y, la bruma aletean entre las neuronas de su cerebro... Y una mañana de agosto, en el fondo negro del pozo de diez y ocho metros, fulgía una siniestra luz... y el poeta descendió, abrazándose a las tinieblas como un refugio de paz y de olvido!..

POSTLIMAR

Este es el lugar que, en el curso de estos estudios biotipológicos, corresponde a Miguel Moreno, visionario de corazón nobilísimo y sensibilidad agudizada.

Las taras psíquicas y el complejo constitucional forman un tronco común, en aquellos individuos inteligentes, de capacidades brillantes, que viven entre las fronteras del estado normal y de la patología. Y, manteniéndose en estas zonas fronterizas, llegan a ser individuos que desempeñan en la vida una alta función social.

Semblanza Biotipológica
de
MANUEL J. CALLE



Difícil es trazar una semblanza o un perfil biológico--doble y atrevido intento el mío--del inmenso periodista Manuel J. Calle. Hay tanto en su vida de desordenado y fragmentario, de flaquezas y deficiencias, de raras virtudes y brillantes facultades, que sólo un gran espíritu crítico, acaso, podría hacer resplanecer aquella especie de biografía novelada que fué la vida de aquel insigne periodista de América, que alcanzó las regiones de la más alta agudez espiritual y que le da derecho de primogenitura para figurar, nimbado de luz, en las hojas doradas de la gloriosa historia del periodismo americano.

Hubo en Manuel J. Calle, mucho de héroe, esto es, el trabajador idealista, el hombre visionario de acción, el revolucionario ardiente, cuya figura se destaca con un relieve bélico y un fulgor juvenil de aventurero iluminado.

Incapacitado por temperamento innato para aprender a balancear presupuestos, y en medio de aquel ostracismo de la fortuna, o boicoteo económico incomparable, de la más cruel inclemencia, de la bohemia y del desbarajuste, llevando la vida como una condenación, supo representar, no obstante, Manuel J. Calle, con la frente erguida y fuerte, como un anacoreta, algo así como el doctorado de la pobreza, desa-

fiando sin humillaciones, adulacías, ni arrastramientos, aquella tempestad financiera que, en aquellos días agrios, le redujera a una lamentable condición de penuria económica; demostrando, siempre, aquel desprecio caballeresco por el dinero, que tanto desprendimiento dió a su vida tan plagada de zozobras, de fracasos y de amarguras.

Su existencia rara, inconfundible y única, tan llena de andanzas y vicisitudes miles, se presenta a los ojos de la posteridad, bordeando el mundo de lo anecdótico, de la fábula o de la leyenda.

Pero, a pesar de sus flaquezas, taras orgánicas e inmensas lagunas de su alma, sale, al fin, bien librado en el balance definitivo de la posteridad, por la fuerza de su talento, de su elocuencia persuasiva de polemista infatigable y su gran poder de sugestión que se irradiaba poderosamente a través del ambiente pequeño, estrecho y mezquino, saturado de una atmósfera retardataria, sobre el mismo que hacía descender la carga eléctrica de su mordacidad, como un cauterio.

Acaso su mejor elogio se haga estudiándolo al hombre. Porque todo un hombre fué Manuel J. Calle, hasta en la flaqueza de sus días de miseria y de abandono.

EL ABANDONO FURTIVO

Venido de una ecuación social humilde, extralegal, en donde el Estado rompe la relación jurídica de

los hijos de tales uniones, como manifestaciones de arcaísmo y de crueldad, desarrollada contra seres que, cuando vienen a la vida del derecho, se hallan en un estado de verdadera indefensión. La extralegalidad generadora que aun obliga al progenitor a olvidarse de los lazos naturales, para pensar que, además de sexo, tiene corazón y cerebro y obligaciones supremas que cumplir. . .

Venido de esa fase sexual que Jiménez de Azúa llama, discreta y elegantemente, *desdoblamiento del amor*, en la que la repercusión inmediata, por lo menos, es el abandono de los hijos, Manuel J. Calle tuvo que sufrir, desde los primeros días de su existencia, la carencia desolada de un ambiente de paz, de sosiego y de alegría, y su espíritu, huérfano de un amparo paternal, no pudo moldearse en el crisol de la quietud que crea y dignifica, siempre batallando entre las turbulencias que hacen perder al alma del niño la claridad de agua de fontanal que ella trasunta.

Y ese rechazo amargo del engranaje social, por la ilegalidad y humildad de su origen, y ese abandono furtivo de su niñez desvalida, influyeron definitivamente en el desenvolvimiento somato—psíquico de su personalidad: la miseria fisiológica, como colorario de la miseria económica, y la amarga concepción acerca de los hombres y de la sociedad imperativa e injusta en sus perjuicios, contra quien lanzó, siempre, los dardos envenenados de su mordacidad y de su iracundia.

Al correr de los años, y cuando esa obra del instinto o del amor, dejó de ser un niño, para llamarse hombre; cuando Calle impuso su personalidad de escritor y su figura trasponía las fronteras del ambiente, su progenitor, más por vanidad y orgullosa complacencia, que por reparar las injusticias del abandono, quizo reconocerlo ante la Ley. Pero el hijo le respondió ácerbamente, con explosiones de sarcasmo, que no era la hora de actitudes reparadoras, como si se dijera postumas; que Manuel de Jesús Calle, el niño sin amor y sin caricias, que ambulaba por el arroyo, dejó de existir; que ahora, él, *Ernesto Mora*, no aceptaba la paternidad adoptiva de quien no había sabido ser, en la hora de las grandes reparaciones, ni amante, ni padre!

Sólo de pensar en su risa sardónica y en la satírica alacridad de su respuesta a esta tardía restitución, se siente el ánimo justiciero invadido por fruiciones inefables...

Y, Don Antonio Aguilar, el padre de Manuel J. Calle, fué un hombre de talento que ostentaba, a primera vista, una cultura nada vulgar y un concepto profundo de las cosas y de la vida. Fino y penetrante conocedor de hombres, a través de una ruda filosofía nutrida de experiencia, revelaba ante todo, un espíritu satírico, humorista, el mismo que lo trasmitió directa y predominantemente a su hijo.

Recuerdo que, en cierta ocasión, oí de sus labios

una despampanante respuesta a una incitación que le hiciera un Ministro de Estado que había venido, en misión especial, hasta muy cerca de sus propiedades, en el Cantón Paute. Quizo el Ministro conocer al padre de Manuel J. Calle y lo mandò llamar; el anciano, hurraño y esquivo, le hizo decir que a quien pretendía conocer era nada más ni nada menos que él, Don José Antonio Aguilar, y no un ejemplar zoológico raro... Festejamos la contestación, algo brusca, del hombre mordaz, recordándole al funcionario la actitud similar de Danunzio con Zoiza y Reilly, cuando este último pretendía hacerle una *interview*, contestándole, airado, Danunzio: "No soy una bailarina"...

PRECOCIDAD ENFERMIZA

Desde sus primeros años, el niño Manuel de Jesús, revela una inteligencia viva, despierta, curiosa de todo. Aprende con asombrosa facilidad y prontitud y pasma, sobre todo, su prodigioso desarrollo némsico. Sorprende por la rapidez e ingeniosidad de sus observaciones. Se revela con impetuosidad si se pretende domidarle, y entónces, sus cóleras son terribles, pero fugaces.

Adolescente aún, lanzaba sus dardos de ingenio contra sus compañeros, burlándose de ellos con ironías punzantes, revelándose, desde allí, la fuerza irresistible de su ingenio en que habría de sobresalir más tarde. Revélase en todo: afectividad, emotividad, tendencias e inclinaciones, como un típico caso de precocidad.

Y la precocidad en el niño, lejos de constituir un genio en miniatura es, en muchos de los casos, como lo comprueba hoy la ciencia, una tara que tiene en potencia un mal futuro y trágico. Raros son los niños precoces que han podido llegar a una ancianidad gloriosa. En la mayoría de los casos se han malogrado en plena juventud, dejando una estela luminosa, en las letras, en las artes, como manifestaciones preferidas de la precocidad.

La tuberculosis, sobre todo, hace estragos en los niños precoces. No quiere decir esto que sea en forma absoluta; pero es un punto de estudio y un toque de atención para el diagnóstico retrospectivo de la constitución somatopsíquica de Manuel J. Calle.

Es menester apoyar la realidad del carácter enfermizo de la precocidad infantil de Calle, en hechos rigurosamente científicos. Y no pudiendo llevar al análisis del laboratorio las fibras de su carne inquieta, dinámica y febril, hay que aceptar el diagnóstico, ya hecho, del morbo que lo llevó al sepulcro y lo acompañó cruelmente en los días de su vida.

El problema de la herencia en la tuberculosis ha sido extensa y apasionadamente debatido por los hombres de ciencia e investigadores de todo el mundo. Unos, sosteniendo que la tuberculosis puede ser heredada; otros, negando dicha posibilidad. En cierta época, con el descubrimiento del ultra-virus tuberculoso, se creyó que quedaría resuelto el problema. El ultra-vi-

rus resultó una forma especial del bacilo de Koch o tuberculoso que, debido a su extrema pequeñez, escapa a la observación directa del ojo humano, por lo menos con los medios ópticos existentes, y, además, tiene la propiedad de atravesar los filtros más finos; cosa que no sucede con el verdadero bacilo de Koch. Este hecho hizo pensar que cabía la posibilidad de que el ultra-virus puede pasar de la sangre de la madre, por intermedio de la placenta, al feto, y de esta forma, el futuro niño heredaba la enfermedad en estado latente o dormida, para, en un momento dado, estallar en forma tangible. A pesar de todo, la opinión actual más generalizada es que la tuberculosis no se *hereda*, cuando más el hijo de madre o padre tuberculoso, viene al mundo con una cierta predisposición a adquirir la enfermedad. Si se hace luego un tuberculoso, es debido a un contagio posterior al nacimiento.

No voy a ahondar aquí, en detalles, esta cuestión, ni hablar de la controversia y encontradas opiniones respecto a la vía de introducción del bacilo en el organismo humano; pero es evidente que el germen tuberculoso — adquirido por contagio y desarrollado en un terreno preparado por la penuria del ambiente y la miseria fisiológica en la que se desarrolló la niñez desamparada de Calle— se hallaba acantonado en su organismo y tendiendo a su evolución ulterior.

Tomando como un guía seguro a un gran pediatra americano, el doctor José Carlos de Lío, hay que aceptar que los niños heredo-tuberculosos, o tubercu-

losos latentes, presentan un desarrollo físico que puede, a veces, ser catalogado de normal. Nada hace pensar, al verlos, que son verdaderos tuberculosos en potencia. No sucede lo mismo con la inteligencia y los sentimientos afectivos, donde se observa una precocidad manifiesta y simultánea, que siempre llama la atención y gusta a los que le rodean. Su inteligencia es rápida y despierta y se interesa por todas las cosas, revelando una sutilidad, y en ocasiones, una facultad de observación y un sentido crítico tan agudo, que hacen de ellos, verdaderos *niños terribles*.

También puede suceder —y este es el caso de Manuel J. Calle— que el niño sortee el peligro que lo amenaza, desde el interior de su propio organismo, y entonces, alcance la adolescencia y aun la edad adulta, pero con un hábito, a la vez físico y psíquico, especial que no escapa a un observador prevenido que intente un estudio biotipológico de la personalidad de este insigne periodista: aspecto linfático, delicado y débil, con el contraste evidente entre la poca actividad y el desarrollo muscular; gran despliegue intelectual, llamando la atención su inteligencia precoz, que asombra.

Está comprobado, además, que en estos precoces intelectuales, por otra parte verdaderos tuberculosos latentes, es donde se encuentra, con mucha frecuencia, a artistas de todos los géneros: literatos, poetas, periodistas, pintores, etc. etc., que han sobresalido por su genio. Parece como si la tuberculosis concediera la necesaria finura de percepción de las sensaciones que es

el origen de toda manifestación estética. Así es como se ha podido comprobar que músicos, dibujantes, periodistas, literatos famosos, han demostrado poseer, muy a menudo, una tara tuberculosa. Como ejemplos clásicos y conocidos de la aparición precoz del genio artístico, debido al virus tuberculoso, aparte del caso tan común de Chopin, se hacen resaltar a Shiller, a Watteau, a Mauricio Guerrin, Samain, etc. Precoces célebres y tarados tuberculosos, estudiados con fina penetración por Laignel-Lavastine, y a los que podría sumarse el fecundo polemista e insigne escritor y glorioso periodista, Manuel J. Calle.

PERFIL SOMATICO

Las muchas descripciones morfológicas que hicieron de Calle, quienes estuvieron tan cerca de él, en sus días de bohemia y de amargura, así como los pocos escritores que han hecho una semblanza del periodista, confirman las características de degeneración orgánica que llevaba Manuel J. Calle sobre su estructura somática.

De estatura muy pequeña; endeble, raquítico, cuello largo y delicado; torax aplastado o retraído, con salida de los omoplatos; facciones vulgares y angulosas, en las que ponía una nota de aguda fealdad el estrabismo convergente de sus ojos puntiformes y brillantes. Su frente, se prolongaba en una cabeza de occipucio prominente, con tendencias a la dolicocefalia; la tez pálida, con escaso desenvolvimiento piloso. Rasgos morfológicos, éstos, que constituyen un auténtico espejo

de la debilidad y de la preversión nutritiva del organismo, resultado evidente de influencias hereditarias —distrofia hereditaria— y malas condiciones de vida, tanto en su infancia como en su adolescencia y en su edad madura.

“Varón todo espíritu —dice Alejandro Andrade Coelho— provocaba la ilusión de que se hubiera evaporado con un soplo. De baja estatura, blanco de marfil, escaso de cabello y barba, bizzo, delgaducho, cuerpecito enclenque, cuando zigzagueaba por las calles se hubiera barruntado que no está caminando, sino que se desliza. No marchaba recto nunca: sesgueaba suavemente, iba como de lado. Mantenía el estrabismo en constante actividad a sus ojos. Tan afinado como su cuerpo cenceño, su infantil metal fonético...”

Quienes amargaron su vida, trataron hasta de empuñarlo, puntualizando sus defectos físicos; y así, una publicación de la época, decía; “... el maldito tiene una lesión bien marcada y fea en sus ojos, su cara nos está diciendo: *videndo non viden... intelligendo non intelligo*; qué alma será de este pobre bellaco, que tan bellos ojos tiene...”

TIPOLOGIA

La morfología, constitución y temperamento de Manuel J. Calle, es preciso estudiarlas partiendo de una base endocrina y humoral. Y en este sentido, las perturbaciones endocrinas, resultantes de la alteración funcional de una o más glándulas de secreción interna, se

caracterizan no solamente por la ausencia de las hormonas específicas, sino también por modificaciones del sistema neuro--vegetativo y del psiquismo superior.

Los admirables estudios endocrinológicos de estos últimos tiempos, han corroborado las nociones que ya poseíamos referentes a la acción de las diversas glándulas de secreción interna sobre el desarrollo del esqueleto y de la morfología general. Hasta poder afirmar, hoy, que el crecimiento, "ese gran misterio de la vida", como afirma Gley, no tardará en ser una conquista de la ciencia. La misma belleza física que no es, al fin y al cabo, más que la expresión de una morfogenia equilibrada y perfecta, sería, en último análisis, consecuencia de la correlación de ese trabajo hormonal.

Entre las glándulas de secreción interna que influyen poderosamente en el desarrollo del esqueleto, está *la hipófisis*, para producir alteraciones como el gigantismo y la acromegalia, en casos de hiperfunción de esta glándula, o, por el contrario, enanismo o pequeñez de la talla por trastornos hipofuncionales.

Además, ejerce esta glándula una influencia sobre un gran número de procesos nerviosos, dada la situación anatómica en la vecindad de los centros del metabolismo, en el *mesencéfalo*. También ejercen su acción, en el fenómeno del crecimiento y desarrollo, las *paratiroides*, por la actividad en el metabolismo del calcio.

Me detengo en el proceso endocrino de estas dos únicas glándulas, por cuanto son estos dos órganos de secreción interna, los que influyeron, con su actividad hipofuncional, en la constitucionalogía somática y, por ende, temperamental y 'caracterológica de Manuel J. Calle.

Efectivamente, entre las variedades constitucionales establecidas por Pende, se encuentra la *hipo--hipofisaria* o hipopituitaria y la *hipo--paratiróidea*, que corresponden exactamente a la variedad temperamental y morfológica de Calle, revelada por las siguientes características: debilidad muscular, talla reducida, acromicria--alteraciones regresivas al nivel de las extremidades; manos y pies pequeños— huellas raquílicas, palidez facial, hipercinocia, hipocalcemia, infantilismo. Esto en la esfera somática, y en la temperamental: desarrollo intelectual precoz, hipersensibilidad afectiva, inquietud psíquica, impulsividad, escasa formación ética, tendencias agresivas, dipsomanía.

Hábitos todos estos, que concuerdan con las características establecidas y reveladas en forma tan clara y auténtica a través del cuerpo y del espíritu de este hombre genial.

Y si se pretendiera seguir las direcciones tipológicas de Kretschmer, se encontraría que el tipo corporal de Calle, corresponde al displásico en su variedad hipoplástica e infantil, que, aunque no encuadra dentro de los tipos psicológicos aislados por el autor alemán, o sean cicloide y esquizoide, sí tienen algunas

particularidades susceptibles de correspondencia con el tipo ciclotímico, en algunos de sus rasgos, a saber: comunicativo, animoso, cálido, humorista; lo mismo que su tendencia a relacionarse con el mundo exterior —el periodista— o sea la *extraversión* de Young, o la *ecotimia*, de Forel: resonancia en él de los fenómenos afectivos de los demás, propia del temperamento cicloide.

Además, hoy se cree posible que las alteraciones humorales, consiguientes a los excesos o insuficiencias glandulares, actúan sobre el equilibrio coloidal de los humores. Por ejemplo, las variaciones calcio--potasio, a que actualmente tanta importancia se da en el estudio de estos fenómenos, es muy probable que estén sujetas a reflejos endocrinos.

Y, efectivamente, uno de los síndromes llamativos dentro de la abundosa patología de Calle, fué el de la intolerancia o anafilaxia que presentó, siempre, a la medicación quínica, frecuentemente intentada contra la infección palúdica contraída en Guayaquil, la ciudad que la acogió en su seno con el calor de hogar y de trópico. Proceso alérgico este, en el que el factor desencadenante, bien pudo ser el hipopararatiroidismo, el que alterando el equilibrio calcio--potasio, por disminución del primero —alcalosis— producía la explosión anafiláctica, ya que "los factores endocrinos actúan en las etiologías de los estados alérgicos, de un modo indiscutible" (Rocha).

EL COMPLEJO DE INFERIORIDAD.

Todo hombre, cuando empieza su vida, experimenta, a la vez, sentimientos de inferioridad como de superioridad. Durante el proceso del desarrollo, estos sentimientos, firmes pero contradictorios, poco a poco se van modificando hasta que se funden en una apreciación normal del mundo, en la que el individuo reconoce tanto su capacidad como sus limitaciones, se aprovecha de ambos y logra el equilibrio representado por la madurez emocional.

Muchos son, sin embargo, los que no alcanzan este equilibrio, sino que se dejan arrastrar en una dirección o en otra y se convierten en víctimas de sus complejos.

Se da el nombre de *complejos* al conjunto de ideas relacionadas entre sí e intensamente matizadas por la emoción. Debido a este tono emocional, se crea en el individuo la tendencia a referir e incorporar a esos complejos, ideas originalmente independientes, de diversas clases.

El complejo de inferioridad se observa con mayor frecuencia. La idea no es nueva, pero en los últimos años se ha convertido en parte del vocabulario común. La expresión *complejo de inferioridad*, designa, generalmente, un estado normal o patológico que conduce al individuo a despreciarse a sí mismo, le vuelve exageradamente sensible y le hace adoptar una ac-

titud despectiva frente a los demás.

Tal complejo de inferioridad pudo haber tenido origen en algún defecto físico, o proceder de las condiciones desventajosas del medio en que se nació, de la humildad social familiar, o de ambas cosas.

Una vez arraigado en la personalidad, dicho complejo molesta profundamente a quien lo padece: reacciona entonces biológicamente a fin de librarse de ese sentimiento. Si no lo consigue por medios concientes y apropiados, encontrará algún método inconsciente de mejorar su situación. Lo común es que quien lo padece este complejo, trate de evadirse por medio de compensaciones, esto es, por medio de alguna actividad mental que le dé la sensación del propio valer y le permita olvidar su sentimiento de inferioridad.

En la vida de Manuel J. Calle, se revela un auténtico complejo de inferioridad, originado, por una parte, por los defectos físicos de su contextura somática: fragilidad, debilidad, pequeñez de talla, estrabismo visual, rasgos fisiognómicos nada atractivos, en suma, deformaciones orgánicas susceptibles de convertirla en víctima de constantes burlas por parte de sus compañeros de infancia, y hacer desarrollar un complejo de esta índole; y, por otra parte, por las condiciones deprimentes y desventajosas de su origen humilde, oscurecido entre paños rojos de rubor y mantenido, entre la sociedad, con discreteos de escrúpulo, lo que le hace sentirse no igual a los demás. Le hace falta algo

que otros poseen para sentirse felices en su vida familiar; le falta el calor del nido para el brote alado de los sentimientos compensadores de su ecuación vital.

Y, por eso, Calle, el hombre pequeñito, enfermo y adolorido, a pesar de aparentar lo contrario, tuvo miedo a la vida, la que fué hostilmente dura con él, desde su primer sollozo en la cuna, hasta el postrer suspiro en el único momento de justicia que existe para los humanos: aquel en que se abandona la vida. Miedo a sí mismo; miedo al sexo, porque nunca admitió, por ejemplo, que se sentía incapaz de encontrar un cariño en la vida: inventó un sin fin de pretextos y así buscó toda su existencia a la mujer ideal, haciendo lo posible por no encontrarla, y llegando tarde para hacer un hogar, demasiado tarde, a la hora undécima del crepúsculo que se apagaba. . . .

Y, luego, su actitud universalmente despectiva hacia los demás, ya manifiesta desde sus primeros años, cuando, en revancha contra sus discípulos, lanza el aguijón candente de su burla, prorrumpiendo en la carcajada de quién, guardando recato de sus sentimientos de desvalorización, quiere fingir la risa despectiva de una fingida importancia. Por eso vertía el chorro brusco de una glacial ironía; por eso sus arranques de amistad se tornaban bruscamente en dureza ficticia; por eso dominaba la ternura de su mano y esgrimía su pluma —látigo implacable— como una represalia.

Y más tarde, en la agresividad de la senda, en

la maleza de su fastidio, su evasión por las rutas fantásticas del etilismo que, lentamente, había de cortar la tormentosa hebra de su trágica existencia; esa fuga hacia el horror de los caminos oblicuos y de los bajos fondos; esa máscara de alegría y de comedia que ocultaba el rictus de su dolor; y, por último, su misma actividad mental: de prisa, de apremio, de urgencia, de diarista fogoso y combatiente, sólo trataba de esconder, por un mecanismo compensador, el sentimiento íntimamente doloroso de deficiencia, de iradaptación y de inferioridad que le acompañó, morbosamente, en toda su existencia.

EROTICA Y SEXUALIDAD

El *eros* es amor a algo bello. Pero nó simplemente amor al arte o amor a la idea, sino, en primer término, a una belleza viva. Un íntimo temblor, la adoración de algo elevado, por encima de la apariencia, una profunda timidez, caracterizan al *eros*. El deseo de contacto es reprimido ásperamente. El adolescente se contentaría años enteros, con sólo contemplar y admirar el objeto amado desde lejos. El canto supremo de esta contemplación y de este temor es la *Vita Nuova* del Dante. Beatriz es para él, más que una amada terrenal. Cuando Platón, cuyo nombre ha dado justamente la humanidad a este amor, pinta los diversos destinos del corcel noble y del corcel innoble que forman, unidos, el tiro del alma, a la vista de la belleza, simboliza, también, con esto las diversas formas de vivencias entre el *eros* y el amor sexual.

Y esta forma de amor, predominantemente psíquica y de carácter estético, sin apetencia de goce o de posesión real, con un objeto intuitivo, ya sea dado como real o ya sea sólo imaginado, es la única que aparece en los días de la adolescencia y de la primera juventud de Calle.

“A los veinte años, ya en sazón para la vendimia, el alma quiere desgajarse hasta lo inevitable; pero la de Calle mantiénese en extraña indecisión, flotando en un vacío que nada puede llenar, ni siquiera el amor —tan dadivoso en esa edad— porque su amor ondula con tal incertidumbre, que él mismo no acierta a describirle en esta canción lánguida enhebrada de presentimientos:

Es mi amor, amor de un día,
que se inflama, viene, vá
buscando algo infinito
sin saciar su ansiedad.

Así la llama acreciente,
así las olas del mar,
campo inmenso, nuevas playas
siempre, siempre buscarán....!” (1)

La erótica y la sexualidad están rigurosamente separadas para la conciencia de Calle. La sexualización de lo erótico, destruye el amor ideal, y a la inversa,

(1) Víctor M. Albornoz.—Manuel J. Calle, Poeta romántico.--
EL UNIVERSO 4 de Setiembre de 1939.

aún no logra la plena erotización de lo sexual. Prueba de que, justamente, el lado sexual no ha llegado todavía aquí, a la plena madurez. Permanecer en esta separación, llegada la edad madura, como lo fué Calle, representaría, siempre, un obstáculo a la evolución de la personalidad total, a una escisión que no puede llamarse sana. Y esto induce a comprender que el sentido más central y más normal de la naturaleza sólo se completará cuando se unan ambas cosas: la fusión de las almas y la unión corporal, en el misterio de la generación de una nueva vida...

Y a esta compenetración, a esta^m consubstanciación de lo erótico y lo sexual, nunca llegó la vida fragmentaria y desordenada de Manuel J. Calle. Siempre mantuvo separadas las vivencias de ambos aspectos: o el erotismo platónico, aún en las postrimerías de la jornada, construido con las telarañas de la fantasía, queriendo aprisionar, de las alas, a esa frágil mariposa de Dora del Río, entre los recuerdos inolvidables, de implacable y fino polvo de oro, de luces y leyendas; o la sexualidad^m insatisfecha, venida del hastío de sus escarceos galantes, que le hacen ir hasta los bajos fondos de la crápula.

Y para luchar contra ese constante cansancio, ocurre a los peligrosos artificios del alcohol que, al principio, alumbró con su llama azul el torbellino enrevesado de sus neuronas, haciendo fosforescer su ingenio en chispazos de luz; pero, luego, engañadora y mortefina, esa misma llama que le abraza le ha de con-

ducir a la máxima degeneración de su arquitectura orgánica.

Muchas veces, Calle, preso de tortura, se esfuerza por someter, con el látigo del dominio de sí mismo, aquella dipsomanía; pero siempre se ve, de nuevo, arrastrado —acaso por su disfuncionalismo endocrino— hacia el tenebroso peligro. Diez, doce, quince, veinte años de lucha contra la fuerza magnética e invisible de una inclinación incurable, quebrantan sus nervios, distendiéndolos en una sola convulsión; goce sin placer, vergüenza que ahoga; y, poco a poco, su mirada su hunde oscurecida y tímidamente oculta en sí mismo, ante el fracaso de su vida, que le hiciera su propia pasión. Y esta atmósfera de su vida, vidriosa y transparente, concluyó por apartarlo de la sociedad. Hasta en el retiro de su cuarto de trabajo, hurañamente cerrado, se sentía espionado y desenmascarado.

Siempre se vió obligado a dividir en dos su sentimiento: reservaba una parte para sus relaciones elevadas, formadas por dulces aspiraciones e idealismos románticos, y la otra se hundía en los bajos fondos, en los pobres placeres, llenos de atroces peligros, por lo general terminando miserablemente en un *chantage*, y dejando, cada uno de ellos, durante semanas una huella viscosa como la de una babosa de glacial espanto. Un mundo subterráneo de tabernas, de pesadas exhalaciones y de vergonzosas aventuras, que se desarrollaban en la penumbra de linternas vacilantes...

Jamás aquel corazón, torturado y angustiado, ha-

bía conocido la alegría de un amor completo y total que encausara su tortuosa existencia. Jamás un hombre, que ya empezaba a envejecer, había visto un afecto puro en una alma generosa y gemela que se diera a él. Y agotado por las desilusiones, con los nervios destrozados por aquellas correrías insanas a través de campos espinosos, pensaba, ya resignadamente, que su vida era sólo una ruina.

Acaso el despeñadero por estos caucos, fué explicable por sus características psicósomáticas de hombre tímido y retraído sexual, a consecuencia de sus defectos físicos y su escasa apariencia de varonilidad. Y esa misma actitud se extendía a la elección de sus amistades, venidas del bajo ambiente social: sus favoritos de sus horas de bohemia los extraía de las capas sociales más inferiores. Igual que sus inaccesibles escarceos galantes con mujeres de *vaudeville*, que ofrecían sus sonrisas y sus ósculos de carmín, más al crítico teatral para el réclame de taquilla, que al hombre de escasa morfología viril.

“Pobre alma de poeta --dice V. M. Albornoz-- que entre los riscos de la malaventura quiebra el ala, detiene el ímpetu y sólo logra su clamor romántico, arrastrándose por las sendas de la vida, que para Calle tienen, desde el primer paso, olor de tumba, apariencia de cementerio...”

IRONIA EN LA VIDA Y EN LA MUERTE

Toda la vida de Manuel J. Calle fué una conti-

na tragedia, aunque rara vez el manadero de su dolor dejase arrastrar en su caudal abundoso, borbotones de risa. Su humor tenía la acedia del hombre que va a la muerte, quejándose burlescamente de su luctuoso destino.

Esa tragedia de su vida que lo hace llorar a la hora del alba en un rincón tabernario; esa torva tragedia pintada por él mismo, cuando dice: "... Me creía un modesto soldado de las libertades públicas desde que aprendí a manejar la pluma de periodista, y no he sido sino un forzado de las letras de molde, peón de imprenta a discreción de editores sin conciencia, y en vísperas siempre de quedarme en media calle, y cada vez más menguado el pan, más dura la jornada y más débiles los hombros... Me juzgaba un hombre y no era sino una máquina de escribir... Y he aquí que he llegado a la vejez y me encuentro en las proximidades de la tumba, enfermo, desmodrado, desconocido y sólo y sin protección, como un pobre paria que puede tendirse tranquilamente en el lecho último del hospital, seguro de que no habrá para él una lágrima, mucho menos un pensamiento que le sobreviva veinticuatro horas... Momentos crueles de mi vida, cuyo rigor no olvidaré nunca, cuando sólo por casualidad se encendía lumbre en mi miserable tugurio, y andaba por las calles arrastrándome como un gusano, enfermo, desarrapado, la escoria del mundo... Mi crimen ha sido la pobreza y mi falta mayor haber solido morir de hambre en silencio, al borde del festín de los transfugas y sinvergüenzas..." Esa torva tragedia, digo, exi-

gía la máscara cómica. Y eso es lo fuerte y duradero de su personalidad.

En aquella ocasión —en la carta que escribe a Don Eleodoro Avilés, legándole la pluma de oro que le ofrendaron seis años antes— Calle se reveló en su más absoluta desnudez. Desgarró los velos de su pecho, pronto a mostrar al desnudo su corazón palpitante, envenenado, consumido, ulcerado. Había en aquella confesión una voluntad salvaje de martirizarse voluntariamente, a la manera de los penitentes. Solamente el hombre que había sentido la tremenda injusticia, que se había doblegado ante la rudeza de la vida, podía, en semejante arranque de embriaguez desbordante, descender, implacablemente, hasta la despiadada confesión. Pedazo a pedazo, un hombre arrancaba la vida de su pecho y, en aquella hora, y acaso sólo en ella, pudieron contemplar sus detractores, con ojos extraviados, las inconcebibles profundidades del sentimiento humano de Manuel J. Calle.

Sólo una vez en la vida, podía un ser humano, hablar de aquella manera a otro ser humano, y callar después su dolor para siempre, como la leyenda del cisne, que puede únicamente una vez, al morir, elevar su grito ronco hasta convertirlo en canto.

Eso que se llama humorismo es casi siempre la última mueca burlesca de los que han visto el fondo sin sentido de la vida. Sólo los ingenuos y los felices, suelen ser optimistas y elegíacos, dos términos nada contradictorios en la historia literaria.

Dice Meredith que "una prueba excelente de la civilización de un país, es el florecimiento de la idea cómica y de la comedia, y la prueba de la verdadera comedia es que ha de despertar una risa reflexiva". Probablemente, nuestro pueblo es uno de los más sensibles al espíritu cómico —acaso por la paradójal tristeza que vé en él, Benjamín Carrión— y uno de los más finos y fecundos creadores espontáneos. En pocos lugares —Quito sobre todo— la gracia popular es tan sutil y honda, tan humana y justiciera.

Y sin embargo, nada hay tan opuesto a esa fuente perenne de nativa comicidad, como lo escrito hasta ahora en este sentido. Si exceptuamos, apenas, los cuadros costumbristas, de un fino sentido de penetración psicológica, de *Jack the Ripper*, o las casi totalmente inéditas producciones de *Blanco de las Cuevas* (Manuel Muñoz Cueva), a las mismas que puede llamárselas el "humor de la inteligencia", pocas hay tan tristes como las producciones de los autores cómicos ecuatorianos de nuestro tiempo. El ingenio y el humor han degenerado en juegos mecánicos de palabras y en situaciones y personajes de espíritu tan vulgar y tan local o anodino, que nada de común tiene con el mundo de ideas y sentimientos que cada hombre lleva a cuestas.

Manuel J. Calle —trágico y humorista en el espasmo espiritual celebrado por el dolor y por la vida— fué el único que pudo despertar una risa reflexiva nacida de la cerebración conciente y no del refle-

jismo sensorial.

No fué sólo su pluma uno de esos espejos curvos que deforman las imágenes de las cosas, sin animarlas de ningún sentimiento, de ninguna pasión, de ninguna valorización afectiva o moral. Estuvo siempre en lo categórico, pocas veces en lo puramente anecdótico. Sus *Charlas*, son el mejor espejo espiritual de la política y de los hombres de la época. Y esto se debe a su genio verdaderamente irónico, molieresco, humano y profundo, que ridiculiza tan despiadadamente, en ocasiones, hasta hacer sangrar.

Acaso, no fué justo del todo en sus ataques mordaces y desgarradores; talvez se dejó llevar, en alguna ocasión, de la fuerza espontánea de su estilo y de su temperamento y fué más duro de lo que su razón hubiera querido ser, como lo demuestra un vago, —pero íntimo siempre— arrepentimiento que, en ese y otros aspectos, le invadió en sus últimos años.

Pero era la figura literaria y periodística más conspicua del país; una de las más admiradas de toda la América hispana. Refluían en forma de respeto hacia él, las mismas instituciones y autoridades que, tan acerbamente, ponía en la picota de la sátira. Los viejos políticos temían su prestigio y le respetaban. Los literatos *a au trance* y los arribistas intelectualoides que pretendían ver sus nombres acuñados en letras de molde, le tenían un pánico morboso, porque *Ernesto Mora* empleaba a veces, y por necesidad, aquel terri-

ble escarnio, aquel tono de irreparable desprecio moral que singularizaba sus *Charlas* diarias y fecundas; esa violencia ética que abre un abismo, para siempre, entre el flagelador y el flagelado. Sus frases eran dardos que se clavaban en la piel, produciendo un vivo escozor y hasta hiriendo mortalmente la simulada y vana personalidad de la víctima. Por eso, sus anatemas y sus diatribas le acarrearón, más de una ocasión, graves contratiempos a los que respondía con su acerba mordacidad redoblada, desafiándolos con la pretendida inmunidad que le daba su exigua y esmirriada personalidad física.

El oficialismo, en muchas ocasiones, le había tendido las redes de su halago anodino y empequeñecedor y quería incorporarlo a la vacía órbita de su existencia, como un posible instrumento adecuado para perpetuar la vanidad de tal o cual figurón político; pero Calle no podía sufrir esto y ametrallaba con la carga de su burla sangrienta, hasta dejarlos, empequeñecidos y tatuados, ante el tribunal de la conciencia popular.

La tragedia misma de su muerte no fué dolorosa como esas tragedias —a la manera griega— que vienen de fuera para adentro, impuestas por los dioses contra la voluntad de los hombres. La muerte de Calle fué, en cierto modo, voluntaria: la llama que le consumía la existencia brotaba de la raíz de su propio ser y le iba devorando con su propio consentimiento. “Te vas a morir” —le decían los amigos para obligarle a atenderse y contenerse; Calle se estremecía un ins-

tante; contestaba con un improntu de su ironía y continuaba prodigando el doble capital de su espíritu y de su materia.

Porque la mayoría de los hombres viven de los intereses del capital y hay hasta quien aumente, con los años para acabar por morir de una apoplejía; otros dilapidan los intereses y el capital. Y Manuel J. Calle fué uno de estos: fué un pródigo de si mismo, un trágico que supo extraer del fondo turbio de su tragedia, la ironía para la vida y la muerte. . .

ANARQUISMO APARENTE

En el ardor de la lucha, hundiendo en todas partes el estilete de su análisis constructor; denunciando siempre las plagas de nuestras costumbres políticas; buscando y atacando las fallas de los hombres y de los gobiernos, fué, a menudo, cruel y en veces injusto, alcanzando las más altas cumbres de la iuvectiva.

En apariencia demoledor inexorable, era, como muchos anarquistas, un fanático del orden, claro está, de un orden superior. Ocurre con frecuencia que los temperamentos más revolucionarios, lo son por sentimiento exacerbado de la idea de perfección, que es el orden supremo, y muchos conservadores que piensan, sin limitarse a conservar biológicamente los frutos del azar individual o histórico, lo son por no creer en la perfectibilidad del hombre, por estar seguros de que siempre habrá desorden en el mundo, llegando a la con-

clusión de que, desorden por desorden, mejor es el mediano presente conocido que el excelso futuro por conocer. En el fondo, todos los hombres tienen algo de anarquista, entendiendo por este vocablo, nó la idea de la perfección social, utópica y uerónica, que conciben sus doctrinarios, sino en el sentido vulgar y corriente que se asigna al partidario de cualquier desorden humano. Sólo que unos son anarquistas conservadores o estáticos, por sostener que un orden futuro será mejor que el desorden actual, y otros son anarquistas liberales o dinámicos, por suponer que ningún desorden venidero será peor que el orden vigente.

Calle pertenecía a esta última categoría. Su conciencia estaba abrazada de sed de equilibrio y de justicia, aun cuando nunca tuvo tiempo de presentar un programa positivo completo de acción gubernamental. Quizás era refractario a ello, porque sus cualidades hacían de él un escritor más que un estadista.

Sus ideas políticas nunca variaron en cuanto a su fundamento: se inspiraron siempre en el liberalismo y fueron muy personales; pues la independencia —y en él mereció este nombre su actitud de periodista a sueldo— de su vida privada, siempre le mantuvo alejado de los asuntos políticos y nunca pensó en ascender hasta las responsabilidades de la función política, salvo una esporádica representación congresil, que ni dió ni quitó prestancia a su personalidad.

Además, desde su juventud había perdido la fé.

de su enseñanza confesional y religiosa de sus primeros años: sin embargo de que se complace en los ensueños de un panteísmo vago, en el concepto de un poder creador, de un principio trascendente que ama y gobierna al mundo.

Y de impío lo etiquetaron por esto, y de anarquista lo calificaron porque se rió de toda esa liturgia protocolar de la sociedad, que le parecía odiosa, ridícula e intolerable. Porque siempre vió, en ellas, pesadas cargadas, mascaradas grotescas y una de las formas más viles de la estulticia y del servilismo humanos.

Si fué un anarquista alguna vez, lo fué para burlarse y lanzar sus dardos y proyectiles de sarcasmo contra esa sociedad teatral y aparatosa, llena de *pervenues* engomingados y de *niños bien*; a esa sociedad que amargó muchas de sus horas de ensueño y de búsqueda de su felicidad y de la que toda su vida se mantuvo al margen.

Y así, como nunca fué un demoleedor, ni un extremista, ni un anárquico en política, tampoco lo fué en la literatura y en el arte. Más bien todo lo contrario. Su estética en el arte y la literatura, se manifiesta en su reconcentrada hostilidad a todas las escuelas modernas del arte, que advenían con retraso a nuestras playas. La naturaleza del arte, en su opinión, no puede cambiar de la noche a la mañana. Todos esos esfuerzos contemporáneos en busca de un arte nuevo, son para él, absurdos y pueriles. Hay que escribir y ver-

sificar como los grandes maestros del clasicismo. Y, por eso, el sentimiento del tiempo le lleva al fomentismo en los temas y al casticismo en la forma. Defiende lo que existe, contra lo venidero; lo que él reputa permanente, contra lo mudable. Para Calle, el crítico literario, el presente y el futuro son como terribles esponjas que aspiran a borrar el pasado. La idea de evolución pugna en su temperamento literario.

De este modo, el tremendo polemista que, al parecer, fué combatido como revolucionario, se revela, a la postre, como el más conservador de los literatos de su tiempo.

¡Y cómo no habría reaccionado hoy el crítico de arte, ante "los kremelines de algunos marxistas criollos; ante la metrorragia vanguardista y la gergonofasia de oligofrénicos bolchevizantes o con la invasión incoercible de esos romanceros intrascendentes y relatistas aborígenes", como se expresaba, refiriéndose a la audacia literaria de ciertos grupos, un distinguido colega y literato....

LA TRAGICA TAREA DEL DIARISMO

Manuel J. Calle pudo ser un hijo jealísimo de su centuria, el siglo XIX. Se empapó de lirismo un Hugo; de escepticismo religioso en Renán; de positivismo en Comte. La influencia de algunas de estas corrientes, sobre el mozo batallador y liberal, debieron ser indirectas, pero no por eso menos poderosas y, algunas,

indelebles. Pudo haber cultivado su espíritu en los estudios y a través de todos los caminos. Pero, desgraciadamente, sus grandes facultades, su poderosa intuición crítica, su profundo neo-humanismo, su vasta ilustración literaria, le sirvieron sólo para la rápida y casi instantánea tarea del diarismo que, de todas las actividades y profesiones del espíritu, acaso es la más trágica.

Ese carácter efímero de la obra del periodista nace no tanto de la flaqueza del esfuerzo, como de las condiciones técnicas de su trabajo. Condicionado por el espacio y por el tiempo, su labor ha de ser, por fuerza, precipitada, inmadura, abortiva. Cada artículo, significa un esfuerzo integral, redondo, completo; y al día siguiente hay que buscar un nuevo tema, pasar revista a los acontecimientos del mundo, ahondar en su esencia; hacer, en suma, un esfuerzo en el que entran el estudio de la historia y de la política, la intuición psicológica, el cuidado literario y el tono de amenidad. Y todo ello, condensado en unas pocas líneas, y al día siguiente, vuelta a la misma tarea! Pero la premura con que se escribe y el pie forzado de actualidad —en medio de la pequeñez del ambiente y de las miserias morales y políticas de la época— quitan a la labor periodística cualidades esenciales: forma y pensamiento.

Esto lo sabía Manuel J. Calle y sentía, diariamente, la tragedia de su profesión. Por eso, algunas veces, se escapa de esta labor que entumece los resortes mentales y anquilosa el estilo, para hacer la admirable sem-

blanza biográfica, el primoroso relato histórico o la crítica literaria, sin dejar, en esta última, de aparecer el escritor de combate que, entre toques de luz y golpes de efecto, lanza un epíteto mortal como un proyectil.

Algunos han querido ver algo así como una contradicción, en medio de la fecundidad asombrosa de la obra del diarista. Pero es raro que la conciencia de un hombre de su envergadura se escinda, como una ameba, en cada nueva generación. Tales disgregamientos del ser originario ocurre sólo en organismos y en caracteres inferiores. En las naturalezas elevadas, la esencia del individuo es siempre igual a sí misma, aunque varíen sus formas y accidentes, como el camaleón. Y aun, en los hombres más contradictorios, persiste su ingénita identidad, que es cierta flaqueza de la mente, para advertir el tejer y el destejer de sus pensamientos. Son Penólopes sin saberlo...

Pero, por regla general, las contradicciones humanas de Manuel J. Calle, no pasan de las apariencias. Por debajo de los cambios de la superficie, los únicos que suelen llegar a las miradas distraídas y anticríticas de la muchedumbre, hay una raíz constante, una unidad indestructible.

Esto es lo que acontecía en él; el escritor cuya vida toda fué un combate sin tregua con la pobreza y el sufrimiento, por una parte, y con las empresas periodísticas, por otra. Empresas que suponían que un periodista como tal no tiene opiniones propias. El pe-

riodista, muchas veces, hacía un artículo como un sastre un traje: a la medida y al gusto del consumidor, sin que para nada intervenga su parecer personal.

Y mientras las empresas se enriquecieron, el gran periodista hubo de ambular, tras largos años de estrechez, por los vericuetos de la vida, escapando a las angustias de la miseria.

Le mató, principalmente, a Calle, eso: un régimen expoliador y avaro, dentro del periodismo nacional.

Si hubiera habido una reparación póstuma que llegara a su conocimiento ultraterreno, estoy seguro de que habría celebrado acerbamente, con explosiones de sarcasmo, burlándose el trágico escritor de sus propios infortunios.

PATOLOGIA PSICO—SOMATICA Y EL FINAL DE UNA VIDA

Una enfermedad, que como la tuberculosis pulmonar, altera tan profundamente el organismo, forzosamente debía ocasionar trastornos en lo que es manifestación de la síntesis orgánica: el psiquismo.

Y así fué en realidad: desde su precocidad intelectual, pasando por la floración intensiva de sus facultades, hasta el esfuerzo intelectual difícil, la abulia y la astenia producidas por la acción deprimente de las toxinas tuberculosas.

Las manifestaciones psíquicas que más se observan en Calle, en sus postreros años, son: la depresión men'

tal, la disminución de la capacidad crítica y de la voluntad, la falta de perseverancia, la variabilidad en la disposición del espíritu; la tristeza—que llegaba a la hipocondría en su reclusión final—; la apatía, el recelo, la desconfianza, la irritabilidad, la incapacidad de dirigirse, los gustos cambiados y variables, rechazando de pronto lo que antes apetecía: una cierta inclinación a los actos impulsivos—muchas de sus *Charlas* fueron una reacción impulsiva psicomotora—, tendencias eróticas, abatimiento general, sensaciones de desfallecimiento muscular y nervioso que hacen que se fatigue al menor esfuerzo; pesimismo matinal, cefalea, vertigos y neuritis diversas.

Estas manifestaciones forman un cuadro completo de lo que podría llamarse *neurastenia tuberculosa*, la misma que oscureció más los días brumosos del periodista y le hizo ser más cruel y acargo en sus invectivas.

Vienen, después, las lesiones y los trastornos funcionales digestivos, caracterizados por la hipofunción y que se presentaron durante el curso de su tuberculosis pulmonar—anorexia, tos ometizante, gastralgias, trastornos intestinales—debidos, probablemente, a la absorción de las toxinas tuberculosas y a una anormal irritabilidad del neumográstico, o como revelaciones o podromos de la cirrosis hipertrófica de Laënnec que se aproximaba a grandes pasos, para segar definitivamente la existencia pródiga del auténtico bohemio empedernido, genial e ingobernable.

Todos los que le rodean a Calle, en los últimos tiempos de su vida, están asombrados de la transformación física y moral que notan en él. Parece agobiado; tiene la piel lívida, reseca; las manos temblorosas, los ojos, en su estrabismo, más inquietos y febriles; pasa por extrañas alternativas de tristeza de excitación locuaz, de somnolencia . .

Es el desaliento, la aproximación de la hora final; el proceso tuberculoso en estrecho y fúnebre maridaje con la cirrosis, minando su pobre organismo; las modificaciones psíquicas producidas por la acción del virus tuberculosos sobre el sistema nervioso, desde la euforia fugaz hasta la astenia y la sensación amargante y depresiva del fracaso irremediable de su vida. La visión retrospectiva de la tragedia de su existencia.

En sus últimos momentos, debieron mirar sus ojos—iluminados con nuevas claridades—antes de apagarse para siempre, que andando el tiempo, la Historia, como reliquia espiritual y en reparación de tremendas injusticias, guardaría su nombre como el inolvidable y genial periodista de América.

Semblanza Biotipològica
de
OCTAVIO CORDERO PALACIOS

Alguien dijo—cuando se apagaba la vida fecunda y ardorosa de Octavio Cordero Palacios—que veinte hombres como él, animados de la misma noble ambición personal e histórica, bastarían para renovar y engrandecer otras especialidades científicas y filosóficas de la política, la técnica, la economía, las artes.

Porque, efectivamente, este hombre genial fué una de las células más elevadas y aptas para la conciencia histórica de la Ciencia y de las letras nacionales. Y, por serlo, fundió su destino con el de su pueblo, guiado del novilísimo afán de que su pueblo se salve en su obra y su obra en su pueblo.

Su fisonomía fué única. Su curiosidad era enciclopédica. Filósofo, humanista, ingeniero, matemático, literato, historiador, abogado, estadista. Temperamento refruente, que pudiendo ser río caudaloso, gusta desbordarse sobre sus propias márgenes y perderse en mil riachuelos y balsas.

Es imposible reflejar en una ligera semblanza, la pletórica personalidad de Octavio Cordero Palacios. Hombre desdeñoso de la gloria, de la supervivencia de su nombre, no quiso enfrentarse con el esfuerzo de ordenar y expresar por escrito todo el tesoro de su con-

ciencia, y es de temer que su obra se suma en el olvido, como el agua incanalizada en la tierra reseca del contorno.

Si hubiera habido alguien—como un Boswel o un Eckerman—que hubiera registrado, día a día, sus conversaciones, y de haberlas tenido, el vacío de contarle entre nosotros, estaría compensado, en parte, por el deleite de poseer en nuestra lengua uno de los libros biográficos de ciencia, de filosofía, de historia, de ignorados sucesos nacionales—más ricos, amenos y educadores que jamás se hayan escrito.

Hombre de pensamiento. Competentísimo en problemas de economía y de técnica. Idealista cargado de conocimientos prácticos; una equilibrada encarnación de la tradición y el progreso, de la idea y la práctica. Una perfecta síntesis de todos los antagonismos que mueven perpetuamente el péndulo de la historia. Una especie de centro o vértice de todas las oscilaciones espirituales y materiales de la *época*.

Fué un auto—didacta. Tenía una formidable capacidad para el trabajo y sólo así se explica que hallara tiempo para dirigir una empresa ferroviaria, a la vez que publicaba y componía obras de tanto esfuerzo, de erudición, pensamiento y arte. Y luego, la aproximación a la política: el filósofo de la historia quiso ser hombre de acción, el ideólogo deseaba ver realizado su pensamiento.

Estuvo destinado a ser uno de los mayores clásicos de la época, en la doble acepción de esta palabra: como modelo de forma y como espíritu estético. Por clasicismo suele entenderse la sierva imitación de algún dechado pretérito o tener conocimientos filológicos; pero el verdadero clásico no sólo se limita a imitar, sino que crea él formas arquetípicas, modernas y originales, irrumpiendo, muchas veces, como un vándalo sobre la ciudad arcaica del arte. De esta estirpe fué Octavio Cordero Palacios, porque fué, además, clásico en el sentido estético de ese concepto y no sólo en el meramente histórico. Fué clásico en cuanto que su espíritu vivió siempre esclavo de la idea de la forma, no como la piel que se transforma con el crecimiento biológico, sino como una armadura de hierro que tiraniza, con su rigidez o su elegancia, los libres movimientos del cuerpo.

Marcel Proust nos ha enseñado cómo la metáfora, ese elemento amable o indispensable del estilo, le permite al escritor remozar, de nuevo, el lenguaje medio desteñido ya en el agua fresca de la vida. Y Octavio Cordero Palacios enseñó a sus discípulos cómo un escritor puede vestir la realidad más compleja como un traje de palabras tan bien entalladas, arregladas con tanta excelencia, que la frase escrita logra seguir los mismos contornos de la vida: como esos paños de mármol a los que los escultores de antaño lograban dar el tremor milagroso de la carne humana.

La ciencia pura, mismo, la ciencia del hecho ma-

temático, sólo llegará a ser una ciencia verdaderamente HUMANA en sus fines, en sus medios y en sus resultados, cuando quede vivificada—como lo hizo Cordero Palacios— por un soplo de idealismo, como la fría estatua de Pigmalión.

UN ANALISIS PSICO—SOMATICO

Intento ahora, sólo hacer conocer y redescubrir, por decirlo así, el espíritu de esta señera personalidad, por medio de un análisis psico—somático que no se encaja dentro del estrecho cuadrante de la biografía clásica.

La psico—crítica—como diría el eugenista y médico brasileño Renato Khel—con base biológica, o más específicamente, con fundamentos en la constitución y el temperamento, hace comprender mejor la estructura y la dinámica espiritual para la interpretación de las individuo—personalidades. Porque recién ahora se confirman, biológicamente, las oscilaciones entre el cuerpo y el carácter, aclarándose las particularidades personalísimas que dependen de factores hereditarios, morfológicos, dinámico—humorales y sus respectivas cualidades afectivas, manifestadas en la vida intelectual y social.

Y, por eso, al margen, acaso, de la biografía o de la semblanza ya trazadas—o que deberían trazarse—intento la posibilidad de analizar la vida psíquica de Octavio Cordero Palacios—sin penetración y sin segu-

ridad, desde luego—tomando por base su bio—tipo individual, es decir, el criterio correlacionístico entre la morfología individual, el carácter, la inteligencia y el psiquismo, siguiendo por entre las investigaciones de Pende y de Levy sobre las relaciones entre la forma endocrina individual y el tipo morfológico—psicológico, que completaron las investigaciones de Kretschmer, Macarati y otros a ese respecto.

Hay que partir del hecho de que la PERSONALIDAD se asienta sobre una “base común de energía psíquica” y se manifiesta según la reserva potencial que le es propia. Esta base, por lo tanto, no es fija. Trastornos internos, hormonícos y mórbidos, pueden alterarla, no sólo tocante a sus oscilaciones CUANTITATIVAS, sino también sus relaciones CUALITATIVAS.

Los individuos se presentan bajo la acción de tres fuerzas ponderables: la de las tendencias naturales genotípicas, la de las contingencias sociales recaladoras y la de los frenos ideativos inhibidores. De la intercalación de estas tres fuerzas, resultan las variadas gradaciones de tipos normales y anormales que se presentan en la sociedad.

La herencia crea la especificidad psico—moral que el medio revela por la influencia de la tradición, de la educación, etc. La tradición familiar y la educación imprimen profundas e indelebles marcas en la mentalidad de los individuos, y estas son tanto más profundas e indelebles, cuanto más --- precozmente hubieran

sido impresas. Tales factores, predeterminan el carácter y la orientación ulterior de los individuos.

Por eso, para trazar un esquema biotipológico, o si se intentara, un psico—biograma, habría que comenzar por considerar los factores constantes bio—psicológicos, o factores de predestinación de la personalidad; y los factores variables, nosológicos y ambientales, junto a los factores de revelación, o sean los estímulos provocadores. Entre los primeros están los hereditarios, los que determinan los caracteres fijos, congénitos, ya sean éstos exteriorizados o se mantengan latentes; y, entre los segundos, precisa considerar los estímulos fisiológicos—desórdenes glandulares, dolencias, intoxicaciones etc.—; los estímulos psíquicos en el ambiente doméstico; estímulos psíquicos de orden general, como creencias, sugerencias, etc.; estímulos psíquicos de orden sentimental y afectivo, como emociones, tendencias, pasiones, etc.; y estímulos psíquicos de orden económico social, como situaciones económicas, urbanismo, relaciones sociales, etc. etc.

El estudio sobre la personalidad, tanto psicostática como psicodinámica, es, sin embargo, infinitamente más complejo de lo que se cree. Dos individuos con la misma ficha psicológica exacta, por ejemplo, en cuanto a la personalidad innata, diferirán por lo que concierne a su personalidad adquirida. Además, hay que tomar en cuenta que un hombre, a lo más, puede tener ideas acerca del carácter de algunas decenas de semejantes suyos y que, en general, sus investigaciones hondas—

si es psicólogo—no pueden abarcar sino a algunos individuos. Sin embargo, estos estudios demuestran que el ALMA humana no es de ESENCIA tal, que escape eternamente a las investigaciones científicas.

Estos estudios los considero yo nada más que como punto de partida, más que como resultado. Únicamente investigaciones minuciosas determinarían cuales son los coeficientes más frecuentes, las asociaciones más numerosas y precisarán, con los datos endocrinos en particular, lo que hay que entender por hombre medio y por hombre normal; nociones que hoy, apenas, se rozan en el curso de estos estudios.

FIGURA Y FORMULA ENDOCRINA

Octavio Cordero Palacios se proyecta en mis recuerdos como la figura de un viajero procedente de un mundo desconocido con rumbo a otro mundo ignorado. Silueta larga y dolorida. Arrebujado, siempre en amplia capa española. Despoblada de cabello, la fuerte testa dolicocefálica. Los ojos profundos, dominadores y ardientes, sombreados por el bosquejo espeso de las cejas. Perfecta nariz romana. Amplia boca y labios tersos. Pómulos salientes y mejillas hundidas, deslustradas por esa palidez de ascetismo, de austeridad y de dolor. Mandíbula enérgica y cortante, como proa de buque. Pecho angosto y hundido. Miembros escuálidos y largos, de musculatura atrófica, faltos de pániculo adiposo, en impresión de rigidez. Ambulaba con cadencia rítmica, distraída; con el paso del hombre que le es in-

diferente lo que le rodea por conocerlo demasiado. Su voz, vibrante, llena, armoniosa.

Era, morfológicamente, el tipo hipervegetativo, microsplácnico, longilíneo, y como tal, catabólico, taquitrófico, taquiprágico, que consume prontamente lo que absorbe sin acumular reservas. Esquemáticamente: estaba dominado, predominaba en él, el simpático, el nervio de la lucha, del gasto, del desperdicio; y, por eso, su naturaleza fué pródiga e inquieta.

La fórmula corporal estaba condicionada de acuerdo con sus funciones endocrino—vegetativas, es decir, sus glándulas de secreción interna y su inervación vago—simpática. Fué, por eso, su tipo corporal el asténico o leptosomático y su fórmula glandular, la hipertiróidea y, por consiguiente, de reacción constitucional esquizoide. Inestabilidad, viveza, rapidez de la conciencia y de los procesos psíquicos, hiperemotividad, introversión e introspección, etc., fueron características de su personalidad, tanto psico—estática, como psico—dinámica. Y como la glándula tiroidea está asociada fisiológicamente al simpático, los síntomas nerviosos simpático—tónicos fueron el efecto de su hipertiroidismo, así como por intermedio de estas modificaciones nerviosas órgano—vegetativas, es que se producían esos desórdenes viscerales, en especial digestivos, que acusaba su organismo somático.

El síndrome ENFLAQUECIMIENTO—substratum de la morfología de Cordero Palacios—tuvo, indudablemente,

su base hormonal, tomando en consideración el mecanismo endocrino de la regulación del metabolismo de las sustancias nutritivas—albuminoides, grasas e hidratos de carbono.--Así como, también, expliquen la génesis del mismo síndrome, el predominio del simpático, acaso como modo intermediario entre el nervosismo vegetativo y las disfunciones endocrinas, es decir, su hipertiroidismo y, probablemente, su disfunción pancreática, por el papel predominante de esta glándula en la digestión intestinal de las grasas y su absorción ulterior. Porque la secreción interna de la glándula pancreática, interviene como reguladora del metabolismo de los hidratos de carbono y, por consiguiente, obra sobre la economía de las grasas.

Y, efectivamente, su disfunción pancreática se reveló en su vida orgánica, además del adelgazamiento considerable, en los signos clínicos de una diabetes, como fué, por ejemplo, la POLIFAGIA, sensación penosa y característica a la que trataba de acallar mediante una hiperalimentación frecuente y repetida en las diversas horas del día.

Las alteraciones endocrinas, resultantes de la alteración funcional de una o más glándulas de secreción interna, se caracterizan no solamente por la ausencia o el exceso de las hormonas o de las sustancias específicas, sino, también, por modificaciones del sistema neuro—endocrino y por trastornos en la utilización de las vitaminas. Estas tres funciones biológicas, que se pueden aislar racionalmente, están estrechamente

unidas en lo que se refiere a su actividad en el organismo. Esta correlación íntima se manifiesta en el mecanismo funcional de las diferentes glándulas de secreción interna o de las sustancias que ellas eliminan. Relaciones de esta naturaleza existen —como en el caso de la fórmula glandular de Cordero Palacios— entre la glándula tiroidea y el páncreas, en lo que se refiere al metabolismo.

DISPOSICION CONSTITUCIONAL

En medicina mental entendemos por CONSTITUCION PSICOPATICA, la existencia, en un sujeto, de un conjunto especial y definido de tendencias que forman parte integrante del individuo y permiten precisar su personalidad y prever hacia qué psicosis progresiva o regresiva, intermitente o continua, cabe que ese sujeto evolucione. En términos más explícitos, estas constituciones tienen como caracteres comunes el de ser transmitidos por la herencia, el de revelarse de un modo precoz y el de persistir durante todo el curso de la vida. De imponer por consiguiente, una conducta original y permanente de la personalidad. Es, además, característica de ellas crear un terreno específico, propio al desenvolvimiento de psicosis transitorias o duraderas, cuyos síntomas no vienen a ser sino la exageración, la amplificación de las tendencias constitucionales.

Una de las ideas generales de la moderna psicología, consiste en remplazar las llamadas oposiciones naturales, por simples diferencias de grado, en vincular enunciados cualitativos a las comprobaciones pura-

mente cuantitativas. Para dar idea satisfactoria del estado NORMAL, podriase definir como un término medio de dos desviaciones divergentes entre la hipertrofia y la atrofia.

La normalidad individual, dentro del estudio de las constituciones psicopáticas, puede decirse que no existe, tratándose sobre todo de hombres de mentalidad superior. Por eso, escribe Agramonte en su BIOGRAFIA DE GARCIA MORENO: "La vida auténtica de los grandes hombres es una entidad clínica o no es nada. El hombre equilibrado, el filistoo (Nordau), el que insinúa una curva vital suave, simétrica, no tiene relieve para la historia. En cambio, la vida trazada irregularmente produce los santos y los genios, los fanáticos religiosos y los déspotas políticos. . . ."

Dos disposiciones constitucionales características, aparecen en la personalidad innata de Octavio Cordeiro Palacios. La primera es la constitución HIPER EMOTIVA, y la segunda, sumándose a ésta y como propia de su temperamento esquizotímico, la constitución paranoica.

Su constitución hiper—emotiva fué un desequilibrio vago—simpático, caracterizado, a la vez, por la exageración difusa de la sensibilidad y la insuficiencia o incapacidad de inhibición motriz—refleja y voluntaria—en virtud de la cual su organismo, en la mayor parte de las acciones ordinarias de su vida íntima, respondía a las conmociones afectivas con reacciones anormales por su vivacidad, extensión y duración. Y así,

se manifestó siempre; más o menos incapaz de adaptarse a circunstancias repentinas o situaciones imprevistas, reaccionando bruscamente al choque de las emociones. Y no sólo respondía a su hiper—emotividad, en cada ocasión, con reacciones emotivas exageradas, sino que permanecía, muchas veces sin interrupción, bajo el imperio de una inquietud psíquica, traslucible en múltiples conjeturas de la vida cotidiana, aun en las más fútiles, en diversos estados de aprensión o recelo, de temor, de duda, de escrúpulo, de indecisión, de depresión o pesadumbre.

Sobre todo este último elemento, la DEPRESION—apocamiento con sentido de inferioridad y abatimiento—o el estado melancólico que acusaba, es preciso interpretarlo. Está dominado este estado por una perturbación de las percepciones físicas y psíquicas de que se deriva el conocimiento incompleto de la propia personalidad y del mundo exterior y puede llegar a la ilusión, negación o interpretación delirante. La melancolía conturba la CENESTESIA, esa percepción de aquellas sensaciones vagas, cuyo conjunto nos proporciona la sensación del yo. Investigaciones psíquicas comprobadas con exactitud, aportan siempre la convicción de que la tristeza tiene sus motivos más fundados o sus raíces en el subconciente. En este fondo es donde acumúlense, desde la infancia, los motivos para tal actitud afectiva, hasta que una causa mínima trastorna aquel sedimento y lo hace irrumpir activamente.

El mismo dolor físico, por leve que fuese, se

transformaba en el SUFRIMIENTO, que es la localización menos neta, una algia generalizada en la que participa el sistema nervioso autónomo, como expresión de un desorden visceral. Y como del sufrimiento a la ANGSTIA es corta la distancia y como a la angustia conduce también por su parte el dolor determinado por una causa moral, dijérase que la sensibilidad cerebro—espinal de su temperamento hipersensible, se irradiaba al simpático y a lo indefinible.

En el libro “La Angustia Humana” Mauricio D’Flaury demostró el carácter particular de una de las más generalizadas constituciones, como es la conocida con el nombre de EMOTIVIDAD. Señaló las causas que pueden hipertrofiar y hacer estallar el terreno emotivo, hasta hacer posible la aparición de la psiconeurosis denominada angustia. Y en ciertas obras literarias, alcanza esta zona emotiva, grandes resonancias, interpretando el drama íntimo de los personajes de sensibilidad agudizada, como en las novelas de Stendhal o de Balzac. No otra cosa son ALCESTES, JULIAN SOREL, EUGENIA GRANDET. O en el bellissimo cuento del bogotano Gómez—sagaz observador y psicólogo —“Guayabo Negro”, con Pedro Zabala, un hiperemotivo que destruye, con una frase, toda la trama legalista del abogado que va a la cárcel con el fin de ayudarlo a preparar el camino de la defensa. A los sofismas del defensor, Pedro Zabala replica: “Esas son CHAPARRALLEJAS de los códigos. Mi caso no es ese, es muy distinto. Lo que ocurre, mi querido doctor, es que el im-

pulso salta de los nervios al brazo, sin pasar por la conciencia. . .”

Reacción consecuente de la disposición hiperafectiva del temperamento de Cordero, fué la INTROVERSION—tendencia a la interioridad—y aún a la INTROSPECCION--auto investigación mental de los sentimientos-fuentes subterráneas, ambas, para el logro de las vivencias espirituales y el auge de la imaginación estética y creadora. Acaso Seligmán tenga razón al atribuir este tipo de reacción (interiorización) a las variaciones cualitativas del subconciente o mente potencial sensorial, perceptiva, idealista y convencional—en relación con el subconciente colectivo sociológico de Jung

La otra disposición constitucional que se revela en la personalidad de Octavio Cordero, es la CONSTITUCION PARANOICA, cuyos efectos fueron neutralizados y contrapuestos por la misma disposición emotiva y bondadosa de su hiperimpresionabilidad.

La constitución 'paranoica' o exageración de la personalidad, egocentrismo o autofilia, fue también original y permanente y se reveló en su personalidad, no por manifestaciones de forma megalomaniaca, sino por un antagonismo del yo con los obstáculos externos, que provenían, sobre todo, de los demás y, a veces, de las circunstancias exteriores.

Hizo un caso ligero o endeble de constitución

paranoica, la misma que se desarrolló, apenas, sólo por episodios o incidentes cotidianos, caracterizados por reclamaciones exageradas, sintiéndose oprimido y defraudado, tendiendo a ver una oposición u obstáculo en los demás, en el caso, por ejemplo, de un hecho real como fué su investigación técnica tan larga y oscura a la que se consagró como hombre de ciencia y como políglota y que, en toda su vida, nadie vió los resultados de ella; pero reclamando, eso sí, la admiración y el respeto a que aspiraba como generador del METAGLOTA.

Pero cuando la bondad y la emotividad destacan en un individuo, le inclinan a la piedad. El hombre muy bueno o impresionable es, forzosamente, comparativo. Además, si la egofilia es fruto de una concepción personal superior, el exceso de bondad atenuará los efectos de la avidez extremada. Y así, en el caso de Cordero Palacios, el genio jamás desconoció su propia capacidad, pero fué lo suficientemente sereno y de criterio tan amplio para reconocer que hay, y ha habido, otros hombres geniales en el mundo y que ninguno de ellos es lo bastante sabio para abarcar todo, plenamente

Y reaccionó a ese complejo de superioridad, insinuado en su vida, por su constitución paranoica, con una característica opuesta y, al parecer, paradógica, como fué su timidez exagerada, la misma que le hacía exclamar, de continuo, como al personaje de una novela de Dickens, que era la persona más insignifi-

cante del mundo, o como el sabio que declara "solo sé que nada sé". Y en efecto, cuanto más grande es un hombre, más probable es que sea modesto y positivamente humilde. Porque el que mantiene un complejo de superioridad en toda su vida es más bien una especie de muchacho brillante que ha conservado, acaso, un egocentrismo infantil y no ha crecido lo suficiente para reconocer su propias limitaciones. Nunca será, desde un punto de vista emocional, más que un niño precoz y consentido.

Y siguiendo la escuela freudiana hay que reconocer la existencia, en estos casos, de un SUPER—YO, demasiado poderoso y rígido que reprime la mayor parte de las actividades y acciones antisociales. Mediante su actividad represora, que pone impedimentos a la liberación de ciertos impulsos, prodúcese la sublimación, es decir que estas peticiones o pretenciones son o quedan adaptadas para seguir otros rumbos. De esta manera, ciertos esfuerzos pueden domesticarse, por decirlo así, por la presión de Supra—yo, haciéndose provechosos al ritmo de la sociedad. Pudiendo ser interpretados de esta suerte, como productos originarios de la sublimación, en su aspecto antisocial o egolátrica, la ciencia, el arte, la economía y la técnica.

Acaso relaciónase con esta disposición pseudo—paranoica de la personalidad de Octavio Cordero Palacios, las condiciones de su infancia, vivida dentro de la familia—primer grupo al que pertenecemos—; las vivencias del hijo primerizo, obligado a observar y a

servir de modelo digno de imitación a los hermanos menores.

Lo que no se da en él, en medio de su actividad intelectual intensa y su creadora imaginación desbordante, es el entusiasmo—característico del ciclótico—, antes por el contrario, como ezquizoide que fué constitucionalmente, estuvo más dispuesto a oponerse a sí mismo, a contradecirse, como si siempre estuviera alerta a los instintos de defensa. No fué un quebranto de su ánimo, sino como un colapso a consecuencia de una lesión, por decirlo así, del amor propio. Una debilidad mal compensada o mal equilibrada. Un sentimiento de inferioridad en exceso, como apreciárase siguiendo la dirección de Alfred Alder.

Su actividad vacilante en la vida activa, enfría mucho la emoción del soñador: el idealista que pudo ser héroe o santo, deriva hacia el escepticismo, y de allí el puritanismo y la pulcritud de concepción creadora, en oposición negativa a la realización externa.

¡Fuente de energía, su idealismo, para otros hombres, talvez carentes de ideales propios, pero mejor armados de voluntad constructiva!

TIMIDEZ Y MEDROSIDAD

Y como manifestación mórbida del psiquismo, a consecuencia de la hiperestesia afectiva, también se encuentra en el temperamento de Cordero, caracteres de TIMIDEZ. Y la timidez, según la opinión de los, psi-

cólogos, es prueba de inteligencia; es una mezcla de humildad y de orgullo procedentes de una sensibilidad exquisita; prueba de hiperestesia intelectual; de delicada clarividencia frente al prójimo; saludable desconfianza de sí mismo; condición de perfeccionamiento individual, al contrario de la osadía, del aplomo, de la seguridad, peculiares de los caracteres mediocres, de estrecha percepción, incapaces de prever los obstáculos.

Sin embargo de que, en muchas ocasiones de su vida, el tímido consiguió vencer al enemigo que llevaba dentro de sí, colocándose en un plano superior al del aplomo, porque sabía entrar en acción con la gallardía de los espíritus delicados y de las inteligencias superestésicas. Representó la timidez en la vida de Octavio Cordero Palacios, uno de los más desastrosos factores de aniquilamiento individual de su personalidad, en relación con sus capacidades volitivas.

Jamás se decidió vencerla definitivamente por la auto — persuasión, por el esfuerzo educativo, por un saludable ejercicio revigorizador del cuerpo, del espíritu, de la confianza en los propios méritos. Y, por eso, sentíase vencido, viéndose en un callejón sin salida, en espera del milagro en la lucha por la vida. Ante el obstáculo, manteníase como congelado, causando la impresión de un ser abúllico y medroso.

Emotivo y tímido en extremo, vivió siempre alarmado y en continua zozobra, y como se asociaba en él, la inestabilidad del temple muscular, al cual se li-

gan los reflejos, su existencia fue una tortura emotiva casi continua, derivándose de ella las diversas manifestaciones de la timidez, como el miedo y el pavor.

Esta disposición psíquica de la personalidad de Cordero Palacios, aparece por motivos constitucionales y por estímulos adquiridos. Entre los primeros: la deficiencia de hormonas estimulantes de la energía vital; y entre los segundos: la circunstancia de haber desarrollado su vida social en un ambiente desprovisto de estímulos para vencer el miedo a los contactos sociales, a los obstáculos cotidianos, a las aprensiones exageradas. Creando así, paradójicamente, una mezcla de humildad y de orgullo, procedentes, ambas, de una sensibilidad y de una receptividad exageradas. Acaso fué refrenada su personalidad en la infancia o en los turbadores días de su adolescencia, dentro del ambiente familiar autoritario y austero, y no encontró, después, quien lo haga reaccionar contra el exagerado desenvolvimiento de su vida interior.

No hay nadie sin miedo. El miedo es manifestación normal cuando es consecuencia de la percepción exacta de un peligro real. Ultrapasando cierto límite, deja de ser razonable para tornarse en patológico. Los hombres hip--emotivos, con la CAPA FILOGENETICA adaptada a las excitaciones fuertes y repetidas de la vida diaria, resisten mejor las amenazas y a los peligros, no aparentando, por eso, temor ni miedo. Ellos se presentan mejor armados contra los temores instintivos que llevarían a un emotivo y a un tímido al pánico. Hay

miedo normal y hay miedo mórbido. Y este era el caso de Octavio Cordero. Víctima de la NEÚROSIS DEL MIEDO, casi siempre con caracteres dramáticos, acompañados de contracturas o tics convulsivos de estupor o de agitaciones motoras, así como de estados crepusculares.

Basta decir que durante la inminencia de la guerra ecuatoriano—peruana en 1910, cuando fué propuesto para desempeñar una alta misión en el Ejército, en calidad de Ingeniero militar, las preocupaciones por lo imprevisto, por los peligros, aun cuando lejanos, por la constante inseguridad, le predispusieron a hondas conmociones psíquicas. Refieren los amigos de Cordero que, con dicha oportunidad—en su deleitable charla íntima—citaba el caso de un oficial de Napoleón, que dijo con acierto: "On ne saurait imaginer combien, en ce siècle de batailles, il y avait des héros qui faisaient dans leurs chasses!..."

¿Cuántas veces su espíritu infantil se amedrentaría oyendo contar fantásticas mentiras de brujas y fantasmas en las vigiliass del hogar? ¿No producirían estas historias, que infunden miedo, oídas en la infancia, puntos de menor resistencia en su psiquismo para debilidades ulteriores y desórdenes psíquicos, estableciendo en el subconciente impresiones indelebles que lo colocaron en un estado de inferioridad, de menor estima de su propia capacidad?..

Así se forman los individuos crónicamente apren-

sivos, como Octavio Cordero Palacios, los perturbados para una vida de luchas e imprevistos. Pequeñas influencias durante la infancia tienen, en estos caracteres, efecto perdurable en la vida adulta, despertando una timidez mórbida y un miedo irrazonable, capaces de producir una superemotividad penosa o una fobia incurable.

MNEMSICO E IMAGINATIVO

Desde el punto de vista intelectual, la personalidad adquirida está formada por nuestros recuerdos. Todo recuerdo empieza por una impresión y se alimenta con vivencias sucesivas.

Los mnémicos, esto es los individuos dotados de gran memoria, logran la fijación—recuerdos—y la reproducción—vivencias—con facilidad y seguridad completas.

Octavio Cordero tuvo un grado original y sumo de esta aptitud. El mismo, en sus apuntes autobiográficos—cerca al final de la jornada—decía: . . . “Por fin, a pesar de sus sesenta años, es hombre de conferencias verbales, sin llevar escrito nada, hasta por dos o más horas, sin que la voz ni la memoria le traicionen. . .”

La IMAGINACION también tuvo un grado de desarrollo superior en su personalidad. Las tendencias inventivas y creadoras en el arte, en la literatura, en la ciencia, estuvieron en razón directa de su capacidad

imaginativa. Su misma INTUICION, gérmen de su conciencia de hombre científico, fue un problema de imaginación; combinación rápida de ideas, de las que se presentan a primera vista. Por eso, como gran imaginativo que lo era, vivió en el porvenir. De la imaginación venía la idea de la nueva fórmula técnica, el deseo de la novedad, la visión exploradora, hasta lo insondable, de las ciencias abstractas. Así como, también resultado de su imaginación fue su tendencia a la vida interior y el gran desenvolvimiento de su vida contemplativa.

Vivió con la imaginación cuanto no pudo realizar; y se recreó construyendo quimeras ajenas al tiempo y al espacio.

LA POESIA DE LA CIENCIA

Octavio Cordero Palacios, fue un hombre de su tiempo. Nacido en 1870 y perdido al escenario vital en 1930, su vida abarca el fin de la pasada centuria y unos lustros del presente Siglo. Romanticismo poético y positivismo científico, caracterizaron a las postrimerías del XIX y principios del XX.

Romántico, ante todo. Soñador apasionado. Su alma se desbordaba del vaso de la forma literaria. Corazón de niño. Animo de asceta. Conciencia de místico. Espíritu de artista. Buscó la Verdad. Amó la belleza; pero el romántico fuè, al mismo tiempo, un espíritu científico. Mas, la ciencia de Cordero Palacios, severa, objetiva, dura, está impregnada de idealismo

¿No introdujo el verso en las Matemáticas y no se valió de las estrofas para vestir las fórmulas más abstractas? . . .

En su espléndido discurso, como Mantenedor de la Fiesta de la Lira en el año 1925, desarrolló el tema LA POESIA DE LA CIENCIA. Y en esa soberana pieza literaria que nos legó, trazó admirablemente estos párrafos:

“Qué belleza ni qué material poético ha de darme verbigracia, en las setenta veces siete reiteraciones de los cálculos matemáticos por Keplero, merced a los cuales, sin soltar el lápiz de los números durante cinco maceradores años, dió con las leyes que regían el sistema de los Orbes? Acaso ninguna, por cierto; más ellas sugirieron a Laplace nuestra magnífica COSMOGONIA, lo más grandioso de la poesía humana.... Supongamos que Homero surgiese ahora. Adiós Aquiles e Ileon! Adiós Itaca y Ulises! Aquella formidable cosa que llamamos CAOS seria entonces la “trojana arena” para la más colosal de las Iliadas y el espíritu de Dios llevando sobre las aguas el NAUTA de la odisea gigante por el espacio infinito, en engrandecimiento de mundos!....” Y luego, en visión magistral, apocalíptica, de las fuerzas cósmicas, exclama como un psalmo maravilloso a la génesis de los mundos:

“Cómo nos haría asistir el poeta (Homero) ante todo al subitáneo tremor del montón cósmico, en punto de sentir la entraña urgida por el OR o LUX que le echara el primer FIAT en fermento de la mole! y

cómo nos pintaría los anhelantes ijadeos de esa entraña y sus desgarrones espantosos en jirón tras jirón de nebulosas, proyectadas por doquier, sin cuenta y número. Y hasta aquí y hasta allá y hasta el profundo, demandando anchura y campo a la NADA puesta en fuga! Y cómo, luego después, plantando derrepente esos jirones en su desatentada carrera, los turbara en torbellinos cuyo vértigo, en esfuerzo de hondero prepotente, lanzara a ir, cual guijarros, en órbitas espantables, las ponderosas masas de los soles! Y en seguida esta gestación de los hijos del abismo. Todo explosiones y truenos y todo llamaradas borbotantes, la materia huyendo ciega de los infiernos de adentro, en busca de algún frescor en las gelideces del vacío! Y amontonándose los siglos como minutos fugaces, para constituir la tarde y para constituir la mañana de este primer día de las cósmicas batallas.... Alguna frescura, al fin, y algún orden hechos ya, dijéramos de esa fuerza, la ATRACCION que los binomios de Newton han sorprendido señalando sus reales en el centro; llamando abajo los elementos de granito, para envoltura y pañal del orbe infante; desplegando los cendales de la atmósfera en su torno, para protegerle el sueño; y combando en cono, arriba, el AZUL, que ya la ciencia entrevé como algo estable—SOLIDEZ, ESTEREOOMA O FIRMAMENTO—parapeto y coraza de los mundos, en el azar no imposible de colisiones horrendas!...”

Irrisistible—por la belleza atesorada en el fondo y en la forma—es el impulso que me hace transcribir estos párrafos que sublimizan la poesía de la ciencia

de la Tierra.

“Qué de poético, así mismo en la sórdida ciencia del Minero, de ese topo que se anda disputando con los gnomos los tesoros de la Tierra? Y esa sórdida ciencia, sin embargo, se está granjeando la gloria de haber revelado al genio humano el asunto de otra enorme poesía, la poesía de la GEA. Ya tiene registrado en sus anales el mar de encendido fuego que lleva en sus entrañas el Planeta; ya tiene visitado el débil cerco que constriñe los furoros de ese monstruo cuyas solas llamadas a la puerta, se nombran cataclismos y terremotos. Ha visto donde se fraguan los metales; conoce las catacumbas de la hulla; no ignora de los hundimientos de la Atlántida y sabe de la erección del Himalaya y de los Andes!.....”

EL MAESTRO

En su cuarto de trabajo, en profusión desordenada y caótica de libros, revistas, papeles, mapamundis y tablas logaritmicas, tenía su vasta biblioteca. Allí estaba en su mundo. Entre aquellas paredes—de empobrecido lucimiento—fueron floreciendo sus admirables páginas impregnadas de emotivo y plácido lirismo.

Su vocación primigenia fué la enseñanza. Fué MAESTRO en toda la grandiosidad del sentido del vocablo. Ejemplo luminoso del método científico, de lógica rigurosa y de especulación cerebral poliédrica. Profesor en cátedras de Filosofía, de Literatura, de Lenguas, de Moral, de Matemáticas, de Historia, etc.,

etc. Hasta que, en superación de auto—didactismo, se improvisó en catedrático de Planimetría, Altimetría, Trazados de vías de Comunicación, Fabricación de Puentes y Calzadas, logrando formar técnicos que se ocupan hoy en las obras públicas de la Provincia y en los Ferrocarriles del Estado, llegando a graduarse de Ingeniero, y rindiendo sus exámenes y grados ante sus mismos discípulos, por concesión expresa a sus altísimos merecimientos.

Después, lejos de la cátedra, continuó enseñando; porque escribió para las generaciones, convertido en custodio del riquísimo venero legendario de su pueblo.

Octavio Cordero, habló siempre a las almas con ese intenso amor, con ingenuidad espléndida, con una ternura tan humana, ubicando a los personajes epónimos de nuestra Historia en un ambiente tan sugesivo, tan deleitablemente anecdótico, que logró conmover con su obra. Ella no era la prosa desnuda, el relato frío de los hechos y la cronología maceradora de las fechas; el idealismo y la imaginación hicieron que su labor fuera epopeíca y restauradora de los mitos.

CLASICO Y ROMANTICO

Se formó en la perenne escuela de los clásicos. Sus trabajos literarios abundan con las citas de autores griegos y latinos y el constante recuerdo de los ejemplos inmortales de la Hélade y de Roma. Era un devoto de la antigüedad clásica. Se había familiarizado

con los grandes clásicos castellanos. No obstante, el castellano suyo, en sus artículos publicados, y en sus libros—totalmente inálitos--nada tiene de arcaizante ni afectado; es suelto y fácil, espontáneo y abundante.

Sus traducciones de los clásicos, que las publicó con el nombre de *RAPSODIAS CLASICAS*, son otra prueba de ello. Las dos principales fuentes de la cultura de Cordero, aparte de la antigüedad greco—latina, son España y Francia.

“En su primera juventud —dice en sus apuntes autobiográficos— fueron las letras sus estudios predilectos, especialmente las letras clásicas, para las cuales guarda afición hasta el presente. Lee los idiomas latino, francés e inglés, entendiéndoles casi como el castellano; aunque no los habla por no haber tenido oportunidad de versarse en ellos...”

Muchas veces al caer de una tarde tranquila, en esta tierra morlaca de las montañas azules, se lo veía pasar solitario, embozado en española capa, como un caballero medioeval, por las márgenes del Tomebamba, abismándose en la sensación vaga y triste que hace por todo extremo, grato a quien en algo tiene esa influencia de lo misterioso. Complaciase en aquellos paseos vespertinos, buscábales a esos sitios de descanso, los tenía por consuelo. Allá, diríase, iba a madurar su genio...

Ardiente romántico. La ciencia del amor y del do-

lor, "las grandes abastecedoras de la lira", —como dijo él— tuvieron un eco resonante en las profundidades de su espíritu de esteta.

Oigámosle disertar sobre estos dos sentimientos afectivos, como él sólo sabía hacerlo:

"La ciencia del Dolor? Ciencia, sí, y allí lo están confirmando el VARON DE HUS y su tremebunda auto elegía, donde el grito es argumento y el gemido conclusión, y que hicieron que Jehová mismo, envuelto en su torbellino su MAJESTAD, interviniese en el desesperado debate de su siervo Job. Ciencia del Dolor? Sí, y esa fué la que nos ganamos en el último día del Edén, en donde la universalidad de su poesía, que no es más que la repercusión de la de los dúos que hacia el véspero indeciso: "Levantaba, perturbando la silente inmensidad —la pareja desterrada que lloraba el paraíso— por sí propia y en el nombre de la pobre humanidad—!"

"Oh Dolor, nunca confesaré que eres un mal. Sintí y tus hijas —la dulce melancolía, la tristeza augusta y la insinuante cuitadez— perdido habríamos los derroteros del ALLA, de donde nos echara el Querubin...

"Ciencia del Amor? Sí; aunque intuitiva y ciega al parecer, ciencia como la que más, par a par de la encerrada en el hierro de la brújula, cuyos vaivenes no quitan que al entrar en reposo dé el norte".

Admiró a la mujer. Tan devoto era de ella, que

en gesto de magnífica e hidalga pleitesía, dijo que era, para él, la mujer la obra más poética de la vida; e hizo una proposición a los bardos de la Morlaquía, la de que, refiriéndose a la mujer, lleven sus liras por mote el mismo del escudo de esta Arcadia: "Primero Dios y después Vos".

Su estro lírico desbordó en relatos originales y folklóricos. Vertió a la lengua de Cervantes, literatura extranjera. Tradujo "El Cuervo" de Poe, logrando una acertada creación castellana —émula de la de Pérez Bonalde— de tan difícil lírica.

En el teatro mostró su garra, manejando sus personajes con esa naturalidad que sólo poseen los veteranos en este género, a pesar de que, apenas a los 19 años compuso el drama *GAZUL*, representado en 1890. Así como su drama escrito en 1891, *LOS HIJOS DE ATAHUALPA*, en el que la historia personalizada adquiere rara vitalidad dramática, porque perdida la misma aridez detallista de los hechos, el poeta y el dramaturgo pudo ofrecernos la esencia de su obra.

TECNICA Y CULTURA

Las largas vigiliias de silenciosa meditación en las que solía hundirse, habían sido la verdadera fuente de su filosofía y de su ciencia. Estudió toda clase de problemas. Su espíritu se dividía entre el análisis y la síntesis, como si obedeciera a un ritmo secreto, comparable a lo que son, para el corazón, el sistole y el diás-

tole. Exponía el sistema de Copérnico como una cosa sencillísima. En ciencia experimental, tuvo una visión clara del método científico, tal como lo concebimos ahora.

Saturado del espíritu científico y del rol de la técnica como factor de progreso, percibía, sin embargo, que el siglo XIX se equivocó a veces, respecto al valor de su obra. Distinguía su espíritu, con claridad, que la Técnica y la Cultura son cosas profundamente diferentes y que no siempre van unidas. "Es indudable —dijo en memorable ocasión— que la Técnica sufre a la larga una decadencia cuando no encuentra apoyo en la Cultura". Palabras que encierran, quizás, una revelación sensacional o una intuición en esta hora de crisis de todos los valores del espíritu, en que el mundo entero se pone en pie para escuchar a los bufones de la Muerte, centellantes en el metálico brillo de sus armas, impresionando de pavor con sus estupendas creaciones mecanizadas. Y, así, contemplamos hoy que existen sociedades altamente evolucionadas desde el punto de vista material, cuya inspiración civilizadora ha desaparecido totalmente.

Y, por eso, en la vida y en la obra de Octavio Cordero Palacios, la verdad técnica y la autoridad cavernaria de la Ciencia, no estuvieron reñidas con la verdad estética. En el fondo de la técnica latía la belleza, como en toda obra que se le esculpe con el espíritu. La técnica no impidió a este hombre genial ser un idealista en la vida. La ciencia no excluyó las or-

namentaciones propias del espíritu, aquellas que formaron el substratum, por decirlo así, de su personalidad plena de cultura, de su sensibilidad artística y de su emotividad creadora. . .

CAUSSEUR INIMITABLE

“Conversar contigo una noche, resulta más provechoso que estudiar en libros durante años enteros”, dijo un antiguo erudito chino a un amigo.

Esta afirmación parece que tuviera una gran dosis de verdad, al referirse al supremo placer que experimentaba quien, en plática cordial, se las había con este inimitable CAUSSEUR que fué Octavio Cordero. Y el hallazgo de un hombre así, que naturalmente comprende la ciencia y el arte de conservar, es tan valioso como el descubrimiento de un nuevo planeta por un astrónomo, o el de una nueva planta por un botánico.

La conversación florecía en sus labios impregnada de espíritu, saturada de humor y llena de una exquisita percepción de los matices más sutiles. Al oírlo, era igual al deleite —si no superior— al de leer una excelente obra, experimentando, por añadidura, el placer de oír su voz y percibir sus ademanes. A veces, brotaba en la feliz reunión de viejos amigos, al amor de la lumbre, en la intimidad confortable de una habitación; o en el campo, en rústicos asientos, evocando lejanos recuerdos, siempre con ritmo lento y apasible. Otras ocasiones, conversaba con el público desde la

tribuna del salón de actos o desde la improvisada de la plaza pública. El lugar no tenía importancia. Por grave e importante que fuese el tópico, ya se trate de la crisis de la civilización, de la dignidad humana, de la felicidad, de la verdad, o de los ignorados sucesos nacionales, las ideas y las palabras se deslizaban de un modo sereno, íntimo, deleitable. Allí, una conferencia verbal suya se parecía a un admirable ensayo, en cuanto a su forma y contenido. Tal era de encantadora, familiar y atrayente.

El, más que nadie, lo sabía que la transparencia del pensamiento griego y el claro estilo de su prosa, produjeron el arte de la conversación, como lo revela claramente el título de *DIALOGOS* que Platón puso a sus obras.

El arte de la conversación dió a la sugestiva personalidad de Octavio Cordero Palacios, la lucidez de su pensamiento y la claridad de su estilo que, tan agradablemente, contrastaban con la ampulosidad y la pedantería de escritores academizantes, ciudadanos de nuestra pequeña República de las Letras. . . .

El delicioso tono de su conversación, el valor que atribuía a una amena charla y la elección de cierto ambiente adecuado para sus conversaciones, son características dignas de apuntación para el enfoque fugaz —chispa de magnesio— de su retrato espiritual.

MARCO VITAL

El marco vital de este hombre ejemplar, acaso fué demasiado estrecho "como un valle de montañas encajonado". Pero vivió en este marco estrecho, buscando en la meditación el horizonte que le hacía falta. Y dió a su pensamiento un espacio que podría servir, por igual, a las aspiraciones del hombre más culto de cualquier latitud.

El geotropismo de los hombres de esta tierra cuencana, que los asemeja a las plantas, con las raíces bien hundidas en la tierra milenaria y el tallo gravitando siempre a un centro de proyección espiritual, lo retuvo incrustado a la fascinación de la tierra que le vió nacer. Sobre ella, la vida le fué dulce, fuerte la voz del pasado familiar, sutil y sedosa la urdimbre de los recuerdos personales, propicio al descanso el ambiente y apto para la prolongación y formación psicológica de la progenie. . .

POST--UMBRA

La imagen de Octavio Cordero Palacios, agonizante —17 de Diciembre de 1930— debió servir, en su supremo grado, a sus discípulos, como aun hoy al cabo de dos lustros nos sirve a nosotros, como un rotundo testimonio de la grandeza del espíritu humano, del poder de la filosofía, de la invencibilidad de una alma piadosa, pura, que descansa en su claro convencimiento.

Con su muerte quedaron impresas su vida y sus

disertaciones con el sello de una verdad más elevada. La sublime calma, la venturosa alegría con que la aceptó, fué la confirmación real de todas sus convicciones, el punto culminante de una larga vida dedicada a la sabiduría y a la virtud. . .

Semblanza Biotipológica
de
ALFONSO MORENO MORA

BIOLOGIA Y BIBLIOGRAFIA

Si el campo, poco desbrozado, de las letras nacionales, fuera fértil en biógrafos de vocación, ALFONSO MORENO MORA podía ser el tema de una de las biografías más deliciosas y sugerentes.

Si son raros los individuos que se conocen a sí mismos, rarísimos son los que conocen a los demás, sobre todo en las variaciones psíquicas a que todos están sujetos en los diversos momentos de la vida. Porque cada individuo, dentro de los límites fijados por su naturaleza íntima, traza círculos de reacción concéntricos mayores o menores.

En las condiciones normales, esos estados reaccionales obedecen a líneas más o menos regulares; pero bajo ciertas influencias, ellas se vuelven irregulares, con ascensos y depresiones extremas. Los individuos hiperestésicos, por ejemplo, son los que representan sus líneas más irregulares. Los factores internos y externos, determinan oscilaciones humorales con reflejos psíquicos.

La correspondencia entre las disposiciones y constituciones, plantea el problema delicado de la delimitación de lo normal y lo patológico. La oposición gramatical que el lenguaje ha creado entre estos dos epi-

tetos contrarios, es incapaz de comprender la multiplicidad de los hechos. Hoy ha sido suplantada, más bien, por una trasiición insensible de lo normal a lo menos normal, de lo patológico a lo menos patológico.

Y el hombre de espíritu y de sensibilidad agudizadas, transpone esa barrera donde mora el hombre inerte, el NORMAL para el vulgo; el hombre que equilibra su fantasía con su vida fisiológica; el hombre que nada espera, ni nada es...

Es innegable el interés instintivo e intuitivo de toda persona, en conocer el lado afectivo — activo y el modo de sentir y reaccionar de los individuos que se elevan, sobre los demás, en el plano espiritual de la vida.

La felicidad en el hombre, la visión animosa de la existencia, el optimismo, no dependen de factores externos o sobrenaturales. No es tampoco, el QUERER de Nietzsche, que triunfa sobre el dolor; ni está en la conformación servil con la suerte; ni con la DIGNA SUMISION de los positivistas, única base durable en el combate contra el egoísmo, fuente principal del infortunio humano.

La felicidad consiste en una simple cuestión de normalidad integral. física y psíquica; en una cuestión de equilibrio harmónico; y en una cuestión, por último, de temperamento y de carácter.

El pesimismo, la visión trágica de la vida, es el resultado del desorden orgánico, psíquico y mental de ciertos temperamentos.

La felicidad que busca el hombre hiperestésico y emotivo —y no la encuentra dentro de sí, ni en el ambiente que le rodea— depende, siguiendo este criterio —prosaico e inconcebible para muchos— fundamentalmente de la herencia, de las condiciones funcionales y de armonía de las glándulas de secreción interna; y la solución del problema de su origen y fijación, se basa, en estas condiciones, sobre el patrimonio glandular que recibimos y trasmitimos a nuestros descendientes.

Nada hay, absolutamente, exagerado en estas afirmaciones. Teniendo en cuenta los estudios modernos sobre el papel capital que corresponde a las glándulas endocrinas en el desenvolvimiento y funcionamiento de todas las células y humores, de todos nuestros tejidos, órganos y aparatos, se hace evidente la influencia profunda que ellas ejercen tanto sobre nuestra vida vegetativa, así como sobre el cerebro, sobre nuestro modo de ser, de ver las cosas y de actuar.

Por más que quisiéramos elevar al hombre, al poeta y al artista, sobre todo, a la dignidad de un ser singular, estamos obligados a considerarlo bio-psicológicamente.

Y por esto, en todo biógrafo debe haber, ade-

más del literato y del psicólogo, el médico. Porque el médico está capacitado para interpretar mejor a sus semejantes. El endocrinismo, el simpático y el subconciente, juegan un rol complejo en las funciones orgánicas, como en los psiquismos más diferenciados.

La formación o educación médica, capacita y ayuda a comprender mejor las condiciones y las consecuencias corporales —somáticas de los fenómenos y elementos psíquicos. Mas, para que su comprensión sea exacta y el aprecio justo, es preciso, también, que la preparación médica se complete con una especialización dirigida a conocer el psiquismo y encaminada a descubrir sus distintos conflictos, su diferenciación y sus adecuados desenlaces.

La biografía orgánica, psico-física, como vivisección espiritual, sigue, por eso, hoy a la simplemente literaria o psico-literaria, estilo Stefan Zweig.

Explicación psico-somática del biografiado, para comprender el contenido espiritual o psicológico, en su sentido exacto.

LITERATURA Y PSICOANALISIS

El arte, mismo, ha sido objeto de enjuiciamiento a) través de los modernos estudios psico-analíticos de Freud.

Como en la investigación de los sueños, poemas, leyendas y vivencias religiosas, la que se refiere al ar-

te y a la literatura, en particular, no es el resultado de creaciones, formas o modelos producidos, sino que sondea en el imperio subterráneo del subconciencia, para hallar la solución definitiva de la génesis de la creación artística y su revelación.

El SOÑAR DESPIERTO, o sea el conjunto de fantasías que animan nuestras soledades y que, por encima de nuestra realidad cruda de la vida, nos hace olvidar, engañándonos dulcemente, coincide, en muchos puntos, con la obra poética y con el ensueño lírico, creador de ella.

Representa, pues, una satisfacción de la fantasía liberadora de la realidad, compensadora de los renunciamientos.

Esta facultad —ensueño lírico, soñar despierto— es, en efecto, debida, en gran parte, a una dote ingénita, de cuya representación sólo poseemos mínimos conocimientos; los que nos otorga el estado actual de las doctrinas biológicas sobre la herencia.

Pero ¿qué es, en definitiva, lo que impulsa al poeta a una labor incansable, hasta descubrir el material, en su más íntima relación con la belleza artística?

Para comprender mejor este instinto o tendencia en el poeta, hemos de tener muy presente que la obra representa una parte de su yo, ~~acusa~~ la más importan-

te y la más estimada. En último extremo, significaría EL DESEO DE SENTIRSE AMADO POR SI MISMO. Este deseo, que el psico--análisis conoce por NARCISISMO, pertenece o se deriva de los grados de evolución psíquica más primitivos e infantiles. En el transcurso del desarrollo posterior, se ve obligado el ser humano a compartir, con otras personas, su dominación y comportamiento, manteniéndose en el subconciente su antiguo papel representativo o egocéntrico. Y para el poeta, o el artista, que se halla en relación con el subconciente, este NARCISISMO tiene una significación superior a la normal o corriente. Puede no exteriorizarse, como es natural —niño satisfecho de sí mismo— pero podrá adquirir un aspecto de complacencia, no en la persona del autor sino en su obra, que es parte de su personalidad. De este modo se explica el impulso, la inclinación del artista o del poeta, a ver colmado, en su obra, todo aquello que la realidad le ha negado.

Esta manera de considerar, psicoanalíticamente, el arte y la lírica por la escuela freudiana, nos ofrece la posibilidad de comprender el hondo sentido estético de la obra de ALFONSO MORENO MORA, dentro de su propio contenido psíquico, encerrado en su individualidad.

Porque la vida de este poeta, sutil y atormentado, fué una obra de arte; y su obra lírica un pedazo de su vida, oscilante entre la prodigalidad biológica y la pasión artística.

¿Por qué llevaba el poeta ese sentido artístico,

ese ensueño lírico tan hondo, hasta hacer de él toda su vida?... Por qué el poeta se comió al hombre, y por tanto, a lo más humano del artista?... Porque descontento y desconectado de la realidad, descaba crear otra realidad que le complacía, algo subconsciente que no responda a la exigencia y necesidad de sus sentidos.

El arte es un ensayo de redención. Produce otra realidad. Una realidad fina, suave, aristocrática, que le compensa de su tediosa existencia, flotante entre abismos de incomprensión, abiertos siempre en el feudo doméstico de la provincia.

El poema lírico y el ensueño, como válvulas de escape, por las que ha de pasar impulsos retenidos o violentados, entre negaciones del ambiente exterior y rechazados en el interior humano; pero vibrando y agitando por hallar el camino de salida. [Válvulas de escape, en la caldera en presión de su alma!...]

Sentir el arte y escribir sus versos, era para él el olvido de sus amarguras. El narcótico de la creación artística. Diluye, así, sus sentimientos en sus poemas, y por eso hay en ellos un íntimo latido egocéntrico.

Vemos en el arte y en la lírica del poeta Moreno Mora algo como una simbólica anticipación de redimirse, en la vida, de las cadenas del mundo; un poder inmenso para la conservación y satisfacción de las exigencias de la vida espiritual, la función biológica de orden más elevado.

Así los caminos del arte se abren hoy bajo la nueva luz—claridad difusa e indirecta—del examen psico—analítico. Hasta las escuelas literarias, son susceptibles de comprenderse y estudiarse bajo este prisma analizador. EL NATURALISMO—vivencias objetivas—y el EXPRESIONISMO y SIMBOLISMO—vivencias subjetivas—como fenómenos de CATARSIS, de depuración anímica, dentro de la biología del Arte.

Según el doctor Marie, la literatura ha estado saturada de freudismo, escribiendo muchos autores sin conocer a Freud y acabando por golpear las puertas de la academia científica. Producciones—nos hace notar el doctor Falconí Villagómez—que culminaron en el teatro escandinavo con Ibsen, en el inglés con Shaw, en el alemán con George Kaiser y en el francés, con Leormand. Y confinando con el reino de la paranoia, en las escenas del comediógrafo italiano Pirandello.

Y, entre nosotros, el distinguido colega y literato ya citado, Dr. Falconí Villagómez, nos tiene ofrecido un ensayo sobre el INCOSCIENTE EN LA LITERATURA NACIONAL, donde hay—ha dicho—una rica mina de exploración, sobre todo a partir de los estratos ultraístas y de las generaciones de aluvión, denominadas, a sí mismo, de vanguardia.

RELACIONES PSICO—SOMÁTICAS

Y la ciencia nueva, de la individuo—personalidad, distingue las características morfológicas de tres grandes grupos: NORMOTIPOS, BRAQUITIPOS Y LONGITIPOS. En-

tre los primeros están los tipos medios; entre los segundos, los individuos cortos; y en el tercero, los largos. Los individuos bajos y anchos—braquitipos—son predominantemente hipotiroideos, por consiguiente, vegetativos, anabólicos, bradiprágicos y estables. Se presentan, por lo regular, pacíficos y calmos; están dotados de movimientos lentos y su espírisu tiene la tendencia hacia el optimismo. En cuanto a los individuos angostos—longitipos—, casi siempre hipertiroideos e heperpituitarios son catabólicos, inestables, de inteligencia rápida, tendencia hacia el pesimismo y contrarios a todo lo que exige gran paciencia y esfuerzo de voluntad y de carácter. Su naturaleza emotiva los hace explosivos en sus manifestaciones afectivas.

Alfonso Moreno Mora, por su conformación corporal, fué de tipo asténico, longilíneo, de reacción temperamental esquizoide y de fórmula glandular hipertiroidea y, acaso, por las relaciones neuro—endocrinas, un hiposurrenal, con reacción vagotónica, por la astenia y el estado depresivo de su personalidad. Podría encasillársele, ante su gesto receloso, disociado y alerta, hacia no se sabe qué presagios; no ya entre los temperamentos esquizotímicos, sino entre los esquizoides más próximos a las disgregadoras incursiones oníricas del psicasténico.

Como esquizoide, en el plano de la afectividad superficial, el poeta se mostró insociable, taciturno, reservado, egocéntrico, delicado, sensible, nervioso, inquieto. Y, por ello, se destaca la falta de humor, la

tendencia a la introversión o sea el alejamiento de la realidad objetiva.

Vivió en un mundo propio suyo, en estado de reclusión, sin porvenir ni esperanzas, como repudiando al mundo exterior. No siguió más que sus ideas; valoró el medio ambiente o lo apreció sólo al través de su yo interior.

Refractario a la sociedad, porque contemplaba en ella un formidable instrumento de dolor innecesario. Pero a pesar de su autismo, estaba dotado Alfonso Moreno Mora de un profundo sentido moral, el más alto sentido moral que puede poseer el hombre: el de la condolencia, el de la comunión con el dolor de todo cuanto nos rodea. Desconfiemos de los moralistas con callosidades en el corazón, dijo un sabio y un santo....

Y esa agudísima sensibilidad ética, explica los tres vértices de su vida: su desprecio contra los hombres e instituciones que sólo parecen existir para tormento de sus semejantes; su piedad y su simpatía a las víctimas de esos artificios del dolor—de ahí su solidaridad con los humildes, con los débiles, ~~con los humildes, con los débiles~~, con los perseguidos y torturados de la vida—; y, finalmente, su desesperanza ante la naturaleza irredenta del hombre, siempre dispuesto, sea cual sea su situación, a causar dolor y sólo sensible a él, cuando le toca el recibirlo.

Estos tres momentos—indignación moral, compa-

ción moral, desilusión moral—no sólo no se contradicen en la totalidad de su conciencia, que es fluidez viva, y no lógica muerta, sino que indican su alta organización, su rara aptitud para percibir la cadena de los afectos humanos, en su juicio fatal.

La máscara apolínea del poeta, encubría un sentimiento dionisiaco, trágico de la existencia. Su vida, fué expresión de pasiones morales turbulentas, en afán de dominio de sí mismo, para conseguir la impasibilidad del mármol.

Por eso, sufrió, aun los dardos punzantes y las espinas ocultas, sembradas en su camino, por los filisteos de este siglo realista. ¡Como que es el destino de los que se elevan a un ápice demasiado eminente para otear las miserias del mundo, o descienden a los abismos del alma humana, para descubrir su ferocidad trágica!...

Tuvo el sentido trágico de la vida. Su hiperestesia psíquica le conduce a sentir que todo es fatalidad: el bien y el mal, y, a la postre, todo es dolor sin remedio y muerte inexorable. Sus poemas son la trama donde va discurriendo su desolada noción de la vida: reflejo de la vida propia:

“Vivir es ir cambiando de lechos, nada mas.
El último, el postrero, el que da un sueño manso
Lo hallamos bajo tierra: la tierra es el remanso
Supremo de la vida...”

No se salva el poeta—como en los personajes de Dostowieusky—ni siquiera en la purificación postrera de expiación y conciencia, de solidaridad humana. En Alfonso Moreno, vence, hasta el fin, la desesperación sin consuelo posible, como en su misma vida.

Toda su obra lírica está contenida en el libro único de su existencia. Y, por eso, no sería difícil, para alguno de sus biógrafos escribir la biografía novelada del poeta, como no lo fué a Alberto Pimentel, escribiendo la "Novela del Novelista", la novela más interesante y más vivida de ese exquisito atormentado que fué Camilo Castelo Branco...

El espíritu y el temperamento de Moreno Mora resumen en sí todo lo que hay de enfermizo en la vida anímica: el idealismo, el tedio, la neurosis, la indiferencia, la duda, la paradoja, la abulia. Y como no solo repercuten en la vida afectiva y el temperamento, las vivencias personales o individuales y sus reacciones, sino también las de sus ascendientes, que compulsan—de un modo hereditario—a reaccionar o, por lo menos, a expresar a la vivencia en el modo de ser corporal heredado, toda la galería de sus antepasados, cargada de sombra y de misterio, parece que saliera de sus marcos, para invitarle a la vida según sus humores y flaquezas, sus dolores y sus emotividades, sus misticismos y sus neurosis.

En estas condiciones, fué su temperamento la manifestación de una ancestralidad mórbida o de una con-

vergencia de taras mórbidas. Ya que es imprescindible, al estudiar la caracterología de un hombre, considerar su personalidad sujeta a tres factores interdependientes: el factor genotípico—mentalidad de la especie—, el factor fenotípico—mentalidad social—y el factor individual, propiamente dicho, en lo tocante a la mentalidad revelada por el medio y la educación. La mentalidad de especie, es fundamental y estable; la segunda, es intermedia y sintetiza la expresión de la sociedad; y la tercera, es superficial, correspondiendo a las variaciones individuales, a los perfeccionamientos de la personalidad y a los hábitos mentales adquiridos.

GENESIS EMOCIONAL

Cuando se origina una oposición a un deseo ardiente, a un ideal, a una tendencia temperamental artística, o son reprimidas, éstas, por las preocupaciones, bajo las ridículas trazas de la existencia cotidiana, bajo la forma de contrariedades que llevan el amarillo ropaje de la envidia o de la incomprensión, o haciendo sonar las mezquindades del dinero, surge entonces el estado de angustia. La ansiedad nerviosa, inexplicable de los neuróticos, surge ante un peligro próximo, que viene del subconciente; y esta angustia, aparecida así, de una manera incomprendible, procura fundarse razonadamente, RACIONALIZARSE. Pero, en realidad, no es razonable, y sólo es comprensible por el reconocimiento del subconciente, y por este puede únicamente ser soslayada.

Y las formas esenciales de esta angustia emocional, la expresión orgánica de los peculiares sentimientos psíquicos de esta ansiedad, se revelaron en el poeta bajo la forma de trastornos circulatorios, latidos extrasistólicos, cardialgia; trastornos de la respiración; fenómenos motores, temblores, estremecimientos, vértigos, intranquilidad de los movimientos, desentono muscular, síntomas nerviosos, migraña, foto fobia, etc.

Triste por sentimiento anómalo o enfermizo, con afectividad patológica, despierta el poeta, una mañana y otra y todas, con gran fatiga y astenia muscular. Todo movimiento le resulta penoso; no quisiera ni entreabrir los ojos; aborrece la luz y huye de ella porque le ofende y le ciega:

“El cielo está azul y mi alma naufraga en el piélago de la amargura... El sol brilla, y mi espíritu se opaca... ¡Tedio de sol!...
¡Fastidio de la luz!...”

Apenas contesta lo que se le pregunta, como algo que le intimida; asciéndenle lágrimas y no sabe apenas que llora, ni el por qué. Acaso brilla, como luz fugaz, un recuerdo nimio que no tiene relación con el estado de pesadumbre o de depresión psíquica.

Y viene, luego, como un impulso vivaz para conservar al espíritu, como una perenne fuente de estímulos y de excitaciones espirituales, la regresión, el retorno al pasado, al grado de desarrollo correspondiente al narcicismo, porque la excitación orgánica tiene una

compatibilidad con las vivencias de la niñez, en que el humor lóbrego era aceptado por el niño y fomentado con el crecimiento posterior de los años:

“Hoy día, después de mucho tiempo, he vuelto a pensar en ella; he CONSENTIDO en su recuerdo y he GOZADO con él, sintiéndome ENTRISTECER por grados, hasta LLORAR dulcemente...”

Revive, así, la imagen del pasado. Ella se hospeda en su corazón: todavía la piedra sepulcral de las aficciones, caída en la vorágine infernal del desengaño, está colgada sobre el recuerdo; la nostalgia, es aun afecto, excelso amor, el mejor amor y el más incorruptible, que el pasado le ofrenda!...

Después, nada aleja el pesimismo del espíritu del triste; nada hace brillar un rayo de sol en el alma penumbrosa del psicoténico. Rechaza, en absoluto, las condiciones ambientales. Su tristeza como abolición de todo afecto por el mundo exterior, condúcele al mas completo desinterés. A veces la elaboración psíquica cesa y adviene una gran indiferencia por la asociación de ideas, pensamientos, representaciones, tendencias e inclinaciones interiores. Como nada recibe del exterior, tampoco necesita querer expresarse; y así se suceden, lentos y escasos, los actos volitivos. Y, muchas veces, se observa en el poeta exquisito, un talante o porte psíquico y somático personal, que recuerda—siguiendo las direcciones de Freud—precisamente aquel estado, exento de estímulos, propio del claustro materno: la

barbilla reclinada sobre el pecho, la espalda encorvada, brazos y piernas entrecruzados sobre el vientre. Parecería como que el objetivo de la tristeza, sería recluirse, de nuevo, en el no existir—existiendo—propio de la vida intrauterina.

LA EVASION ESPIRITUAL

En sus últimos años, Freud y su escuela, han realizado sendos trabajos de incursión en las avizoradas esferas del conocimiento del yo, y han podido mostrar que, por encima de la receptividad del yo, determinadas fuerzas directrices tiene una necesidad de acallar o tranquilizar el espíritu, originando un estado de atonía o de astenia, como incentivos al reposo interno. A estos impulsos se los ha llamado de EXTINCION, DESAPARICION O MUERTE, por oposición a los que tienden a una constante renovación de la vida, estimulada por la naturaleza, a un eterno gozar, orgánica y psíquicamente, y que, según el simbolismo de Nietzche, son los llamados impulsos VITALES.

Este INSTINTO DE LA MUERTE, manifiéstase en la vida anímica de Alfonso Moreno Mora, no gravitando hacia la extinción del ser, sino hacia la inactividad, el reposo, la tendencia a inmovilizarse, propio de los cansados, fatigados, hastiados, doloridos y aniquilados.

Es la tendencia espiritual del poeta, a incorporarse al infinito por el aniquilamiento o el exterminio de los objetivos materiales que tiene la existencia.

El psico—análisis ha demostrado, además, que junto a las más variadas pasiones y afectos, según las vivencias personales, visiones o anhelos, hay otras que proceden de más recónditas profundidades anímicas, que forman, por decirlo así, el sedimento del tiempo primitivo común universal, en el cual aquellas distinciones personalísimas, no se habían establecido aún.

Este aspecto anímico no es fácilmente visible; se trata de impulsos y deseos que, débiles y empalidecidos al comienzo, superan luego en vitalidad y fuerza pasional a todos los demás. Por ser estos impulsos más primitivos que aquellos otros, cuya satisfacción es permitida por nuestro instinto moral son INCONSCIENTES, EXTRAÑOS AL YO, siguen existiendo con la fuerza original o primitiva, sepultados en la subconciencia. Pero, este límite, esta barrera que los separa de la conciencia, puede ser violado, para salvarlos de la censura, y se sucumbe a ellos, con la fatalidad con que lo prohibido excita y lleva a ejecutarlos.

Tal fué, acaso, la raíz generadora de su huída de su evasiva subconciente por la senda enmarañada de lotos y mandrágoras, con rumbo vacilante hacia los paraísos de artificio, hacia los que, en otrora caminara —deshecho de fatiga y de anhelo—el mismo Pouvre Lelian.

A sus predisposiciones naturales—por el temperamento pesimista, angustioso y emotivo, que hacía su vida inquieta, teñida de tristes presagios que él mismo se encargaba, incoscientemente, de convertir en reali-

dades con su conducta—se aliaba el espíritu morboso de la época, “el mal del siglo”, exacerbado por la literatura decadente de las postrimerias de la centuria.

Hermano espiritual, Moreno, de los liridas atormentados de la escuela simbolista, que tan penetrante y morbosa sugestión espiritual ejerció sobre nuestros poetas impresionistas, barnizados de modernismo rubendariano, perteneció a esa generación de altísimos poetas, a muchos de los cuales les cupo la suerte de fosforecer en un minuto fugaz, para opacarse definitivamente, buscando en los estupefacientes el auge de la beatitud poética, extraviándose, fatalmente, tras los placeres y torturas de los paraísos de Baudelaire...

Y su juventud siguió ese camino, porque la juventud no teme el juicio de los hombres; porque siendo juventud, que puede superar cuanto hace, ve en el juicio de los demás, un juicio provisional.

El ideal, forjaba en el poeta aspiraciones que luego se agotaban. Y su satisfacción engañosa, era la ruina de la ilusión, único bien del poeta: mataba el deseo que es el único encanto de la vida. Y, cuando el artista, agujado por este deseo infinito de belleza, manantial supremo de placer, mira en torno, qué es lo que descubre?. Un mundo gobernado por la injusticia, la barbarie, la incomprensión y el dolor. Y el arte y el ensueño como antidotos del mal; la poesía, la belleza lírica, “el celeste beleño” como consuelo contra el dolor y la brutalidad cósmicas.

Por eso, ese aire sombrío del poeta venía de sombrías profundidades anímicas. El cruel buril que había esculpido surcos y arrugas en sus mejillas, prematuramente envejecidas, trabajaba desde lo íntimo de su ser.

Se hizo escultor de sí mismo y a trueque de morir de dolor, cinceló sobre sus heridas, como un héroe de la vida que sabe al secreto de la Esfinge. . .

Y esta atmósfera pesada y abrumadora de su existencia, oprimía, insistentemente, sus sentidos exitados, de tal suerte que estos se agitaban en su ser, vibrando siempre, con estremecimientos eléctricos. Se olvidaba del sueño sano y reparador, para adentrarse en el ensueño vago y crepuscular. Su cuerpo, ofendido por la tensión de su espíritu, atestiguaba una vehemencia extrema y sus nervios exacerbados se hacían sentir en todas las fibras de su cuerpo.

SOBRE LAS ESCUELAS DEL ARTE

Si en época de espiritualidad viviera el mundo, hora sería ya de irradiar, a los cuatro vientos del espíritu, cuánto significó el aporte que este altísimo poeta dió a la lira americana.

Poeta de América, sin matices que permitan clasificarlo entre los escritores tropicales de honda exaltación de la libido ni entre los influenciados por lo extraño y, más concretamente, por lo europeo. Su lírica, sin latitudes, está en su mentalidad y en su conciencia,

en su filosofía; salta de sus imágenes de su comprensión, de su temperamento de artista, en fin, con plena mentalidad americana, creando un arte nuevo y joven como es el pensamiento de América.

Sugerencias, bellas imágenes, estados de alma, fuerzan al lector de sus exquisitos versos, a ir construyendo, dentro de ellos, todo lo que el poeta ha dejado de decir y, no obstante, lo sugiere con fuerza imperativa, como la piedra lanzada a las aguas muertas, que rasga la superficie y se multiplica en ondas infinitas.

Hay cierto gozo subconciente en ir construyendo todo lo que sus poemas sugieren:

"En los caminos del alma
lo que vuelve es el recuerdo,
lo que se va, la esperanza! . . ."

O cuando la ciudad, con su influencia corruptora y mercantilizante, pesaba demasiado sobre él y huía a la placidez del campo, para recobrar su fuerza de hombre primitivo y bucear, con la escalafandra del arte, en el fondo de los momentos pasionales, en torno a la JUVENTUD DE LAS HORAS:

"Cruzando por el flavo terciopelo
de los pastos en flor, a la dormida
luz de la luna, que alumbrando el cielo
la floresta dejaba ensombrecida,

Se vino donde estaba con anhelo
en zozobra, esperando su venida.
¿Si vendrá?. No vendrá?. Y el desconuelo
despetalaba sin piedad mi vida...

¿Por qué tardas?. La dije te he esperado.
Y en mis brazos su cuerpo delicado
cayó tal una leve euredadera...

Luego, irguiéndose, firme, en las rodillas
—las diez, dijo, y miró las manecillas
del pequeño reloj de su pulsera...

Impresionista en su dirección literaria, por la misma razón de su egocentrismo, correspondiente a su reacción esquizoide, aparece en el poeta la rigurosa separación entre la esfera de las vivencias eróticas y la de las sexuales. El motivo de adoración perfecta, es la mujer, que gradualmente se transforma, en la conciencia del poeta, hasta culminar en la sublimación. La erótica, sexualmente indiferenciada, se presenta, pues, acompañada de una clara diferenciación:

“En mis hombros su brazo, distraída
miraba de luciérnagas la ronda,
mi mano descansaba en su redonda
y mórbida cadera endurecida...”

Y así, sin exaltaciones de los sentidos, busca a la Amada y

“a la máxima luz de las estrellas,

por un mismo deseo arrebatados
confundimos suspiros y querellas...

Y al sentirnos por Eros atraídos,
como caen dos álamos tronchados
caímos en los céspedes mullidos..."

La espiritualiza, luego, la sublimiza, para encontrarle fuera de la órbita de sus sentidos, bajo la fronda crepuscular de su ensueño artístico:

"¡ Si fuera su alma! ¡ Si fuera
la traería a la alcoba,
y, en la cuna de mis brazos
la arrullara hasta la aurora!..."

En Alfonso Moreno Mora, la teoría de los géneros artísticos y escuelas literarias, no tiene sentido. Su obra de arte violó todo género establecido. Podía ser simbolista, como lo fué al dar por medio de bellas imágenes, la expresión de sus ideas; o dejarse llevar por el ambiente de la alegoría, expresándose por imágenes. Para buscarle una raíz o calibrar su arte, es preciso decir que fué el maestro de lo interior, de lo espiritual. Su estética (no fué plástica, fué eminentemente vital, como es el arte. Nada en él es rebuscado; ni aun en su léxico, nos topamos con vocablos que pudieran producir una impresión justificadamente intelectualista. Es el creador, en quien se aquilata la sencillez del ritmo y la belleza y claridad de la expresión.

Pudo decir, el poeta, como el gran escandinavo

Ibsen dijo una vez: "Todo he buscado en mí mismo, todo ha salido de mi corazón." Y eso era verdad. La sensible sinfonía de sus nervios lo llevó a abrir el libro de sí mismo, para realizar la vivisección de sus emociones. Y cuando su cabeza estaba todavía oscura de juventud viril, inquirió por el reino de la belleza, que fué, en verdad, como una sagrada iniciación en el templo del espíritu.

Alfonso Moreno Mora—atardecer de cordillera en plena erupción de luz—tuvo como poeta, suavidades exquisitas. Y la belleza siguió prendida en sus labios hasta su muerte, y aún después, en su obra, como una permanente ofrenda de espiritualidad para los hombres que no han de trajinar por los senderos de la burguesía, encarnada en la cabeza rumiante de Pilatos. . .

LA TRAGEDIA LIRICA

Es verdad que hoy, en esta hora de crisis de todos los valores del espíritu, en medio de esta noche de problemática aurora en que bracea la humanidad desesperada, ser poeta, como lo fué Alfonso Moreno Mora, es un destino tan alto como desamparado.

Sintió el poeta, en su propia frente, los vientos helados, amenazando la alta y sólida torre de la poesía. Solo y con su mensaje "VISIONES LIRICAS", quedó el poeta en medio de la senda.

Hoy, de todos los ámbitos, voces desdentadas, sentencian: ¡Ya pasó la época de los poetas! . . .

El período de una civilización, el predominio de la materia sobre el espíritu, del PANEN ET CIRCENSES, de la técnica sin espíritu, de la vida sin ciencia ni arte, es el fin de una cultura, el principio de una disolución total.

En el dictamen de Spengler—el Spengler de otra hora, que dijo alguien—estamos ahora como en la época del Imperio Romano. Otra civilización que siguió a la cultura helénica y acabó ahorcándola.

El héroe de este período es—como lo anunció Keyserling—el choffer; o, personalizándolo en el sentido de la decadencia—como quiere Spengler—el capitalista expansivo, dominador, especie de rey contemporáneo o el deportista unilateral, el tipo atlético, con toda la petulante agresividad de su temperamento viscoso, por su torpidez y tendencia a la estabilidad, como reconoció en él, Kretschmer, en su último trabajo escrito en colaboración con Wili Inke.

¡Todos debemos ser hombres del siglo! ¡Chofferes, capitalistas, deportistas y hasta totalitarios! . . . No podemos ser otra cosa! . . .

Lo impide:

“La vida enteca
de este siglo realista, dentro el pecho
no tiene corazón. Sangre reseca
se ha estancado en sus venas: no ambiciona,
no sueña, no idealiza, no blasona. . .

¡La pobre vida de hoy ya no ama nada!
Se vive libre... al aire! En el estadio
se habla de diplomacia; y en la radio
la mano aplaude la última patada!..."

Pero no; no pasó la época de los poetas. No pasará! Decir que la poesía ha terminado, es volver a la caverna, de espaldas al mundo. Es olvidar el idioma de los hombres, es echarse en el sepulcro y cerrar los ojos. . .

Y el poeta, con su estética y sensibilidad agudizadas, fué una especie de antena que captó las inquietudes de la época y recogió la armonía universal de la poesía y del arte:

"Poetas, oh Poetas, formemos la áurea corte
de la Belleza Suma, su lumbre nos conforte
y, brújulas vivientes, marquemos siempre al norte"

"Un dios—decía Shiller—concedió a los poetas el don de expresar lo que sufren, cumpliendo una función más elevada que la de escribir con belleza sus emociones; pues, señalan a los demás lo que se oculta en las nuevas y más maduras formas de la expresión, realizando un avance en el dominio del alma y llegando a ser los descubridores de este mundo... El poeta recuerda, en cierto modo, a los vivientes y a los profetas. Es una especie de medium entre el mundo físico y el metafísico. Entre el dominio de la materia y el vuelo del espíritu. Contraste dual e imprescindible en el universo, para que se equilibren las fuerzas de la natu-

raleza. Sístole y Diástole, que como decía Goethe, late de acuerdo con el corazón del mundo. Ariel y Calibán, Ormuz y Ariman, Dios y Satán!" ("Sueño y Ensueño"—Dr. J. A. Falconí Villagómez.)

Una nueva poesía?... La poesía no es nueva ni vieja, como decía Barbier; la poesía es esc: POESIA. El primer poeta del mundo fué, sin duda, tan nuevo y tan antiguo, tan tocado de Dios, tan asomado al mundo, como el que ahora, en estos tiempos de gestos erizados y brújulas extraviadas, se pone a hablar a los hombres con su voz eterna de sentimiento.

Tanto el poeta que sueña, iluminado e introvertido, en el que hay una disociación de la personalidad entre el mundo conciente e inconciente, entre el plano real y el fantástico, como el poeta que, humanizando su arte, se exclaustra de su torre de marfil y se cree que la emoción, la vida, no están en las abstracciones ni en la fantasía, sino en el hombre de carne, de instintos, de sangre; en la calle llena de gentes de toda condición moral; en la lucha por el bocado que llena una necesidad física; en la tierra yerma o grávida; en la colectividad; en la nación; en el mundo; cumplen, ambos, de distinta manera, con su misión creadora.

Y hoy, acaso, es posible siquiera encerrarse y aislarse de la época que nos circunda y nos redeva, del torrente de la vida que abre la brecha de una nueva era?... Desplomáronse ya, efectivamente, las torres de cristal donde solían encerrarse los grandes poetas. El

gran hecho nuevo de esta hora del mundo, es que nadie está aislado. Ni el que lo quiere; pues a su pesar está arrastrado por la corriente!

El poema de Alfonso Moreno Mora: *VISIONES LÍRICAS* es, en su brevedad, uno de los más hermosos poemas que ha inspirado el pesimismo ante el espectáculo de la brutalidad de este siglo.

El poeta cree, en su sensibilidad, que la poesía está en todas partes: que el mundo está lleno de cosas mínimas y perdurables; que la vida no envía igual mensaje al que es poeta de jerarquía y espíritu, y al que es por accidente lexicográfico o cartel de propaganda.

El arte, antídoto del mal, que el burgués y el estoico—imperturbables optimistas—no pueden comprender, constituye el tema lírico—filosófico de *VISIONES LÍRICAS*. Grandioso poema alzado como un índice a los cielos, con el ademán con que Zola dijo: "J' accuse!"

Y, por eso, el poeta en su tragedia lírica, ante la beligerancia del medio y con su inadaptación espiritual, no esperó para ser feliz, nada de la sociedad que le circundaba. Su vida fué, por eso, recatada, íntima, de hombre para quien la mejor compañía es la de su propia conciencia, su propia aristocracia espiritual y su propio dolor.

LIBERACION FINAL.—

El espíritu de Alfonso Moreno Mora, había pasado

ya por los tres momentos específicos que diría Guerra Junqueiro: por el momento dionisiaco, la embriaguez en la vida y en la naturaleza, el temblor lírico ante el misterio del universo; el momento dramático, la lucha contra el mal, que es la vida; y el momento trágico, la piedad con todo, el amor para las cosas humildes, la fatalidad del bien y del mal, su razón de ser, su aceptación, cuando se contempla el mundo desde la otra orilla, desde donde el artista hace de su espíritu un diamante quimérico de luz y de sonido, que es el amor vibrando, amor en sinfonía, amor en estado de belleza.

La tierra, el campo, le inspiran, al último, una ternura lírica. Se sumergió definitivamente bajo la SOMBRA DEL RECUERDO. Alma atormentada, el dolor, a veces mal consejero, no logró quitarle la fé de sus primeras vivencias religiosas. Alma grande la suya—pensaremos con Lecourt—porque no siempre los humanos le otorgamos a Dios el derecho de disponer de nuestras “linfas de alegría”, sin malquistarnos con su implacable dictamen:

“No puede ser que sea torpe, el loco,
el protervo que al cielo desafía;
no puede ser, no puede ser, que, a poco

estoy de arrodillarme en el camino,
enderezar al cielo mi destino
y a la senda tornar de mejor día . . .”

Por eso fué su muerte tranquila, como una función natural, sin torceduras de duda y sin voces desespera-

das de auxilio. No tembló ante la muerte, porque sabía que la muerte no es realidad, sino el fin de una realidad, una negación; en su caso, el fin de una realidad dolorosa y, por lo tanto, un bien.

Si el poeta murió de algo más que de una excesiva celeridad de vivir, sería de asco, de voluntad de apartamiento de un mundo que no era el suyo. Los hombres y las cosas le parecían detestables. Porque para la concepción épica y dramática de la vida, le faltaba el don de ver la diversidad humana, con sus conflictos de normas individuales. Y si no imprecaba a grandes voces, por lo menos su espíritu clamaba contra todas las injusticias, contra todas las mentiras convencionales, contra los fariseos, contra la burguesía, contra la explotación de la miseria, contra la canalla que crucifica, contra la política prostituída y contra la mordaza de la hipocresía . . . Protestas de poeta, erguido sobre la maleza, como un arquitecto de los senderos del Ideal! . . .

Y en su rostro de muerto—alargado, anguloso, sumido y esquemático—en aquel admirable rostro que el espíritu fraterno y exquisito de Luis Toro Moreno pintara, ya en presentimiento de la emigración de su figura externa, en aquel admirable rostro, digo, que parecía un auto retrato esculpido en la piedra polifaceta del sufrimiento, había algo más que serenidad: una leve sonrisa de satisfacción o ironía, de desdén o burla; parecía ser su último adiós a una sociedad que no supo comprenderle, y de la que él supo aislarse con la aristocracia rebelde de su hermetismo.

Para Alfonso Moreno Mora, agotado somáticamente, con las potencias cenestésicas en declive, débiles ya para la euforia y el deleite artístico, la muerte ha debido ser un término venturoso.

Y hasta para morir, para dar el salto definitivo y liberador, tuvo el poeta el mismo sentido artístico de la evasión que tuvo en la vida . . .

Semblanza Biotipològica
de
LUIS CORDERO DAVILA

VALORIZACION PANORAMICA

Se palpa, como nunca, en estos momentos la magnitud del vacío que abrió la muerte de Luis Cordero Dávila, en los planos de nuestra vida superior.

Lo común y lo cotidiano, que es de suyo inferior, continúa su curso, con los altibajos de la realidad, sin que hayamos puesto la debida atención en la huella del hombre que fué modelo de la más elevada y auténtica cultura, ni hayamos vuelto los ojos para ver la última señal que nos hace.

Pero ese otro mundo—el del espíritu—muy realtambién, aunque no externo ni ruidoso, en que toda comunidad humana ejercita y afina sus más altas potencias, se apresta al recuerdo de todo lo que fué Luis Cordero Dávila, esa individualidad de entraña romántica, de anhelo disparado, de las que queman la vida sin atenerse al mejor rendimiento; de las que, sufren, al fin y al cabo, del torrencial desbordamiento de la inteligencia.

Y en esta gran movilización material y positiva de nuestro tiempo, hay, sin embargo, todavía espacio para que se escriba el mensaje espiritual. Para que se entregue a las nuevas generaciones la herencia de ideas, de hechos y de ejemplos. He aquí, precisamente, el signo de nuestra época, que es una época de transición

íntima de un sentido de la vida a otro sentido aún sin integrar. Nos hallamos en la búsqueda de todo aquello que puede destruirse en un mundo que se debe demoler. Es la búsqueda de la autenticidad de los valores, de la verdad de los conocimientos.

Y en esta época infortunada, de espíritus imprecisos, de voluntades vacilantes, de grandes cobardías morales, de increíbles e ignominiosas claudicaciones, Luis Cordero Dávila, fué ejemplo de una recia personalidad, de un carácter íntegro.

No precenció ninguna crisis de nuestra vida colectiva, ni echó de ver ningún peligro en nuestra agitada historia patria, sin que dejara oír su voz—de insuperable capacidad expresiva—para dar un consejo prudente, proponer una solución digna o dar una lección valiosa y oportuna. Su voz fué, siempre, la afortunada cristalización de un momento histórico o político del País o una honda advertencia a sus compatriotas.

Escéptico y desdeñoso de los MORALISTAS: compasivo y ampliamente consciente de las grandes debilidades humanas—acaso por la intuitiva concepción de un determinismo biológico—y propicio a perdonarlas, cambiaba totalmente de aspecto en presencia de torpes atentados contra la libertad y la justicia.

El mito democrático, irrealizable dentro de una economía iividualista y competitiva, tenía que sufrir escandaloso fracaso en estas tierras de dominación feudal y capitalista; y más aun en pueblos, como el nues-

tro, que sufren del vivir político inseguro, del suplantamiento de las realidades inmediatas, del engaño de las mayorías detentadas en sus derechos, merced a los mezquinos caciquismos de adentro, expuestos y sacrificados por la voracidad imperialista de afuera . . .

Y Luis Cordero Dávila fué, en verdad, el gran enjuiciador de la descomposición política, la gran voz clamando en el desierto moral de la Patria. Porque el mundo oficial, detentador del poder, sin espíritu cívico, lastrado de corrupción política, seguía siempre en sus caminos desviados.

Por eso no le faltó nunca, en ningún momento, el aliento vivo y constante de los que en él veían al hombre que, fiel a su ideario—cristiano y justiciero—levantaba su palabra viril, limpia de vacilaciones, incendiada de mocedad, en el momento preciso en que otros, por temor o por imperativos puramente gátricos, silenciaban la suya, asechando una situación más productiva y cómoda.

Y las masas oprimidas, y el pueblo que le oía con devoción, y los hombres de izquierda—acaso aparentemente distanciados de él, dentro de las nominaciones partidaristas, contemplaron su obra y su ejemplo con marcada distinción. Ni la falacia y sus angustias, ni la lisonja y sus embustes, lograron opacar la voz clara, torrenciosa, contundente, terminante, del hombre que clamaba contra todas las grandes farsas de la justicia, del derecho y del patriotismo.

De esta manera, se captó el amor y la simpatía de la comunidad, y de la juventud en particular, porque no fué un intransigente en las polémicas sobre el sentido social de las nuevas corrientes ideológicas. Mantuvo frente a lo nuevo, una postura de acogedora simpatía, que era algo más, mucho más, que la actitud de un espíritu tolerante y generoso: porque a Luis Cordero Dávila, le destacaba, del fondo de los días que vivió, una elegante y fundamental inconformidad.

No hizo de la política cheque ni trampolín. Tuvo para sus principios una lealtad inusitada. Y los trepadores del presupuesto tropezaron con su acerado repudio, vaciado en cristalina forma.

Apartado se mantuvo Luis Cordero Dávila de los festines palaciegos: era demasiado grande para servir; demasiado audaz para ser obediente.

RAIGAMBRES GENÉTICAS

Las manifestaciones de una personalidad psíquica, están condicionadas, además de los factores externos, por un fondo hereditario. Está plenamente demostrado el rol de la herencia. Esta ley biológica, como expresa Ribot, por la cual los seres vivos tienden a repetirse en sus descendientes, no se refiere únicamente a lo orgánico: se heredan, también, las aptitudes que llevan en sí cualidades psicológicas de valor indiscutible. De esta energía en potencia, se van derivando los móviles de la conducta, cuya exteriorización procede de hondas raigambres genéticas.

El sitio de Luis Cordero Dávila en el desarrollo de la cultura en esta tierra de Cuenca de los Andes, está junto a las figuras de primera línea de los valores de su sangre. La curva arranca del padre, el eminente Don Luis Cordero, Mecones, Presidente y Poeta. Es el impulso inicial que, en parábola luminosa por los espacios del espíritu, dispersa en su trayectoria los plasmas vitales de esa gloriosa estirpe de las letras: Sor Luisa de Jesús, cumbre del pensamiento y de la acción; Aurelia, la de los divinos coloquios espirituales, que fué dos veces madre: para la datación de la vida y para la transmisión del arte a los vástagos de su sangre; Miguel, penetrado de saber político y de energía cívica, iluminó los problemas de la Patria; Gonzalo, ese "príncipe enfermo de exquisitos males", doloroso, elegíaco, profundo, solo, que al morir se lleva consigo toda una escuela literaria. . . "Infanzones de estirpe lírica" que dijera el refinado Medardo Angel Silva.

Y Luis Cordero Dávila, sacó con plástica evidencia toda la grandeza de sus progenitores, que dormían sepultados en el fondo de su alma. En su perfil moral parece percibirse, en sombra tenue y delicada, la apostura grave de rancia aristocracia de la madre, preciada joya de la urbe ciudadana y la persistencia ingenua y sencilla del agro azuayo, escenario vital de los átavos paternos.

Junto a la fatalidad biológica de la herencia, hay que reconocer los distintos factores exógenos que concurren para la formación de la personalidad. Las nor-

mas sociales y educacionales, modelan el carácter y la actitud del individuo frente a la vida. El amor, el sentimiento social, el sentimiento religioso y el sentimiento estético, son los complejos ideoaffectivos en la estructura caracterológica. Y el medio material, ejerce una acción manifiesta sobre el psiquismo del hombre.

Y una profunda y perenne dirección, tuvo en la vida psicológica de Luis Cordero Dávila, la influencia de la misteriosa corriente espiritual que fluía de la mansión del Patriarca, que hizo de ella, como si se dijera, una ciudadela de la aristocracia espiritual; refugio inexpugnable de la tradición, del buen gusto y de la cultura. "Casona de aspecto colonial, grande como su espíritu y capaz de evocar la imagen del Poeta. Allí, un parque de incitante reposo, de abandono bajo sus ramajes que tiñen de verde luz la apasible penumbra; en el parque jardines de flores como labios, que esperan las luminosas fragancias; allí, mañanas y tardes, el cantar, el amarse de los pájaros en las frescas frondas; allí, el discurrir armonioso, en rumor de rezo, en rumor de arrullo, de abejas olientes a rosas, suscitadoras de sensuales versos del rey poeta; una casona que se diría la mansión de las sencillas Piérides que evocó Virgilio: *Sclides Musae*. . . "(T Remmi. "Miguel Cordero Dávila". Páginas Literarias, pág. 160).

Esa mansión reconstruída con la primorosa arquitectura psicológica del poeta Alfonso Moreno Mora:

"Bibliotecas, salones, calabozos,

azoteas, desvanes y pasillos;
los jardines con árboles frondosos,
con musgo centenario los ladrillos.

Los pajes que se inclinan respetuosos,
las ventanas veladas por visillos.
Tal vez al penetrar no ví los fosos
ni oí el ruido que hicieron los rastrillos?

Morada medioeval! El Castellano
que ennoblecer supiera el barro humano,
la volvió templo de la poesía.

Y antigua y blasonada en urna de oro,
guarda inmortal tesoro:
un hombre, una corona, una elegía. . ."

Esa estirpe y ese ambiente de máxima espiritualidad, modelaron definitivamente el psiquismo de Luis Cordero Dávila. Pero la fuente sellada de ese hogar de polifonías líricas y propicio a la introversión anpimica, se dejará taladrar, más tarde, por la irrupción de un hombre vital, biológico, de palpitante savia, de fuerte liberación instintiva; de un hombre que sabrá mostrar, en ese ambiente de paz y de ascetismo, la fuerza arrolladora de su contenido emotivo, de su enorme capacidad reactiva.

AMBIENTE SOCIAL Y MEDIO INTERIOR

El estudio de las influencias que modifican la psicología del hombre y de los pueblos, ha pasado por di-

versas faces. Su influencia ha sido reconocida desde los más remotos tiempos: los astros y los dioses de la Mitología dictaban las más absurdas y proteiformes manifestaciones de la psiquis, en las civilizaciones primitivas. La acción del medio ha sido progresivamente estudiada y conocida en sus elementos más precisos. Podemos hoy hablar de una estetoclimatología y de una psicoclimatología: todo ello modela los diversos tipos humanos.

Pero la acción del medio fué exagerada por la concepción de Taine, quien buscaba en el determinismo nosológico, las fundamentales razones de la evolución histórica. Hoy debemos salir de la concepción de un determinismo absoluto o preponderante sobre un ente pasivo. Estamos frente a reacciones vivientes que conservan, a pesar de toda influencia exógena, una propia trayectoria general, ligada con la existencia misma de la personalidad psíquica.

Incluso desde el punto de vista biológico, con mayor razón desde el punto de vista psíquico, existe un MEDIO INTERIOR, en el que reina una causalidad: la causalidad de los factores humorales y neurovegetativos que, moldeando gran parte del campo psíquico, escapa, cada vez más, al determinismo bruto, a la causalidad mecánica del mundo exterior.

Y ello explica las enormes distancias que observamos entre hombres cobijados por el mismo ambiente; la diferencia temperamental de seres formados y desa-

rrollados en el mismo medio social y familiar.

Esto explica la disconformidad de Luis Cordero Dávila, con el ambiente tan ajustadamente austero y amasadamente equilibrado en el que se desarrolló su personalidad: la mentalidad lenta y conservadora del medio no pudo llevar el paso con el temperamento fogoso, agresivo e indomable del gran tribuno.

La paz cuencana es un complejo urbano que requiere cuidadoso análisis. La lenta acción, a falta de extravertirse, se desarrolla intrapsíquicamente, creando tipos soñadores, introvertidos, con la expresión autística de una poesía a base de vivencias románticas de tipo infantil y de inconfundible puerilidad. Ese ambiente ingenuo, esa calma en que la vida espiritual se remanza en confiados silencios contemplativos; esa como paz de claustro, vedada al incrédulo que bien la amara, como dijo Gonzalo Zaldumbide. "A echarnos a perder el gozo de vivir conspira también la naturaleza andina: el río trovador murmura el día y canta la noche no sé qué canciones oídas no sé cuándo. . . las colinas entristecidas con el duelo plañidor de los gomeros; la majestad sublime de las cordilleras, levantadas más allá de los horizontes, con sus picos, índices de infinito; todo, todo contribuye a la meditación, a la introversión" (Manuel Moreno Mora. "J. R. Burbano V.". Pag. Lit. pag. 44).

Y pocos son, efectivamente, los que se han liberado del influjo regional. Los más lo aceptan, lo conservan

y lo cultivan. Inclinados, sus habitantes, a las formas pacíficas de la vida, no exigen, no requieren tensión fuerte y expansiva; quisieran solamente vivir tranquilos en la sombra, en la bonanza de la zona templada de su suerte. Espíritus contemplativos, predispuestos y exclusivos para las emociones retrospectivas. . .

Pero una personalidad original, un hombre como Luis Cordero Dávila, de mentalidad superdimensional, que siente erguir sus emociones instintivas, con fuerza irresistible, es inconforme e inadaptado a ese ambiente; a esa cohibida mentalidad de ascetismo circundante, que ha sobrevivido, entre nosotros, como sedimento de triste y oscura herencia psicológica.

El profesor Bronislaw Malinowski, orientador de la moderna antropología social, ha abierto el camino para un estudio de posibles correlaciones entre el tipo de cultura social y el tipo psicológico individual: la conformación individual frente a las reacciones del medio, estudiando antropológica y sociológicamente el tipo psicológico para fijar sus peculiaridades características, deduciéndose de ello el criterio de normalidad o anormalidad individual, por la adaptación o inadaptación a ese medio psico—social.

Y la profesora, Ruth Benedet, de la Universidad de Columbia, nos suministra un esbozo interesantísimo de esa correlación, viniendo a dar un moderno significado a la bella y conocida antítesis de Nietzsche: lo APOLÍNEO y lo DIONISIACO. En este sentido, APOLÍNEA sería

la caracterización psico—social de pueblos—como el nuestro—que institucionalizan la rigidez y la austeridad en su comportamiento; DIONISIACOS serían, por el contrario, aquellos que viven en la amplitud, en el exceso emotivo y afectivo, en la frondosidad de sus manifestaciones reaccionales.

Como una digresión, y a propósito de los antecedentes amerindios de nuestra nacionalidad, haremos notar que entre la costa y la sierra de nuestro País, hay un evidente contraste en su reacción psico—social, debido—aparte de los factores mesológicos—a la hibridación de sangre y de cultura indo—española en la región interandina y afro—americana en la región tropical. Contrastes de reacción que, siguiendo este camino, podríamos denominarlos de tipo apolíneo y dionisiaco, respectivamente.

Pero del tipo psico—social del medio, surge, a veces, con caracteres propios, el tipo psicológico individual que contrasta, que se opone, por inadaptación, a ese ambiente: el hombre dionisiaco, expansivo, cordial, pujante, vital descentra en el medio apolíneo de cultura; o el hombre apolíneo, soñador introvertido, callado, desconfiado, ascético, se siente desajustado en el ambiente dionisiaco.

Y Luis Cordero Dávila, fué predominantemente dionisiaco, por la naturaleza de su constitución CICLOTÍMICA, por sus resortes genéticos o genotípicos de trascendencia racial y por sus estructuras mentales que ocu-

pan un lugar básico en las áreas subconcientes.

En el medio ambiente apolieno de nuestra morlaquía—personalidades introvertidas, sin fuego ni emoción expansiva—surgió la figura moral de Luis Cordero Dávila, como una solitaria llama ardiente que flameara por sobre la superficie del témpano helado de su pueblo.

Por eso gozó de las emociones de la vida, como exponente que fué de su capacidad biológica; sin represiones instintivas, sin insatisfacciones; comprendiendo que el equilibrio instintivo es la base para un equilibrio mental y ético de la vida humana. . .

Y la reacción expansiva, inestable de este hombre, superior en grado superlativo, fué, ante todo, una liberación subconciente del medio en el cual no halló la medida propia y la posibilidad exacta de expandirse. Porque un hombre así, necesita de una existencia plena, violenta y agudizada, hasta por una cerebro—toxia, para desenvolverse en toda su plenitud cenestésica.

ESTRUCTURA TEMPERAMENTAL Y CARACTEROLOGICA

El psiquismo humano—ese complejo de los complejos de la célula viviente—no puede explicarse ni comprenderse si no se piensa, en todo momento, en las corrientes del propio organismo y del ambiente que llegan hasta él, o se originan de él. Quien desea acercarse hasta las fronteras de la mentalidad humana, no puede,

en ningún momento, dejar de pensar en que ella representa únicamente uno de tantos aspectos de la actividad mental y que, para existir, necesita de los complicadísimos cordones umbilicales que lo conectan con el resto de la estructura orgánica.

El análisis de la individualidad debe consistir en el conocimiento simultáneo de las tres facetas principales de la figura: el aspecto morfológico, el bioquímico y el psicológico. Y el TEMPERAMENTO es el resultado de las reacciones bioquímicas humorales, producidas, sobre todo, en el seno de las glándulas endocrinas. Esta acción se refleja sobre el sistema neurovegetativo, el que, a su vez, influencia en el sistema nervioso central, que responde con las cualidades específicas de nuestra sensibilidad: tono, ritmo y tiempo.

El CARACTER no es más que la reunión de todas las posibles reacciones afectivas y voluntarias, tal como se forman en el curso de la evolución. Resultan, por consiguiente, de la disposición hereditaria y de todos los factores externos: influencia corporal, educación psíquica, huellas dejadas por los acontecimientos. (Kretschmer).

Al preocuparse la investigación tipológica del problema de la de la morfología interna del hombre, nos descubre un campo de experiencias de enorme amplitud. La forma interna de la personalidad debe ser responsable del modo cómo ésta se proteja y se conserve a través de la continuada corriente de sucesos psíquicos.

La tipología trata de establecer las leyes de la psicología anímica, y en tanto crea conexiones entre ésta y el cuerpo y su constitución, nos permite relacionar recíprocamente las particularidades formativas del cuerpo y del espíritu. De esto se deriva una posibilidad de actuación: tomar el punto de partida de observaciones referentes a los tipos morfológicos corporales y adscribirse a ellos formas constitucionales, también típicas de la psique. Tal es la teoría desarrollada por Kretschmer, que estudia las relaciones de la estructura corporal y de las manifestaciones psíquicas y delimita el concepto de TEMPERAMENTO y CARACTER, determinando dos grandes grupos temperamentales: CICLITÍMICOS y ESQUIZOTÍMICOS, a los cuales corresponden, también, una estructura corporal manifiesta: PÍCNICO para los unos y LEPTOSOMÁTICO, ASTÉNICO y ATLÉTICO para los otros.

Por otra parte, Jung, relaciona las reacciones psicológicas del individuo con el medio, encuadrando los tipos humanos dentro de dos grandes tendencias: INTROVERTIDOS y EXTRAVERTIDOS. La introversión constituye el verse hacia dentro la energía psíquica: el sujeto es el centro de todos los intereses; la vida interior es intensa y apenas responde el introvertido a las sollicitaciones exteriores.

La EXTROVERSIÓN, por el contrario, es el verse hacia afuera de la energía psíquica: el mundo exterior es la fuerza de estímulos del sujeto, ya que sus vivencias quedan en relación directa con la realidad. Es in-

equilibrio psíquico. La función del pensar está determinada por la apreciación material del mundo circundante; pero, no obstante este concretismo, puede abstraerse el pensamiento y, en proceso ulterior, dar salida al criterio subjetivo.

Como no es posible encuadrar a un hombre en un tipo clásico de estas clasificaciones, reuniremos los factores más salientes de la personalidad de Luis Cordero Dávila, para estudiarla en su tipología temperamental y caracterológica. Partiendo, desde luego, del concepto que no hay tipos ABSOLUTOS, como no los hay en las mismas ciencias físicas, en donde todos los valores: el movimiento, el punto geométrico o las cantidades, el tiempo y el espacio, según Beesgon y Einstein son, por esencia, relativos. En biología humana, es donde menos existen las cualidades absolutas, por la misma razón de la extrema complejidad de nuestro organismo.

En primer término, en cuanto a su conformación somática, Luis Cordero Dávila, representó un bello ejemplar humano, con su procerca y gallarda figura, en la que la proporción acabada y cabal de su estructura anatómica, así como la perfección de sus índices antropológicos, revelan la plena armonía, equilibrada y perfecta, de sus glándulas morfogenéticas. Fué el tipo HIPER-SOMATICO—VEGETATIVO que encuadra en la variedad constitucional HIPERPITUITARIA o HIPERSURRENAL endocrina de Pende. Ya que las características de talla,

huesos y músculos desarrollados, hábito apoplético, hipertensión, euforia, etc., concuerdan con la base endocrina y humoral de su tipología somática.

CICLOTIMICO definido: Luis Cordero Dávila, siente la necesidad interior de expandir sus sentimientos; el mundo exterior es su fuente de estímulos. Y el rasgo más fundamental, acaso patognomónico, de su temperamento es, indudablemente, el que le proporciona el carácter de hombre cósmico, es decir, como si fuera un poseedor de genes de diferentes razas. Este signo, avisorado parcialmente en él, podríamos definirlo como COMPRESION, TOLERANCIA O AMPLITUD CORDIAL, según los casos; aunque su verdadera esencia radica en la capacidad que tenía para la llamada EMPATIA, o sea, para transportar su yo al centro de otros observatorios personales y, desde allí, ver a través de ojos ajenos y sentir a través de otros corazones. En psicología, esta posibilidad se llama, también, RESONANCIA SIMPATICA; y por ella se explica, por ejemplo, la avidez y el apasionamiento con que seguía las incidencias del mundo exterior. Fué un fenómeno de sensibilidad envidiable, que no llegó, en ningún caso, a la pérdida del sello inconfundible de la originalidad psicológica individual.

Muchas veces los poetas han sido los precursores de la filosofía biológica, sin que lo sepan. Así lo reconoce Tomas Mann, al glosar la significación de su propia obra literaria, en la trayectoria del movimiento psicoanalista. Y no fué sin fundamento que al celebrar el homenaje a Freud, con motivo de sus ochenta años, se

encargara su elogio a la máxima figura literaria de Mann.

Y un poeta nuestro, artista en toda la expresión del vocablo, César Andrade Cordero, comprueba este aserto, cuando en su HOMENAJE POSTUMO, al cumplirse un año, en Noviembre de 1941, de la muerte del egregio orador, notable literato y altísimo poeta, que hoy pretendemos estudiar, decía:

“Luis Cordero Dávila, el fogoso y el olímpico; el DIONISIACO y resplandeciente: el que todo lo ESCUCHABA y el que todo lo VERTÍA, EL QUE TODO LO SABÍA DAR DE sí para los demás en regalo constante; aquel que se ENTREGABA en ademán cristiano a la vez que pagano; aquel que al DARSE no estimaba la dación; aquel que al ABRIR las espitas de su palabra, dejaba correr algo como la sangre misma del verbo iluminado...”

¿Qué otra cosa significan estas bellas metáforas — subrayadas por nosotros — sino la comprobación del temperamento CICLOTÍMICO y EXTROVERTIDO del hombre genial que nunca supo encerrarse dentro de su yo, como un avaro de su espíritu armonioso?...

Y otro poeta y crítico de valiosos quilates, Manuel Moreno Mora, también apuntaba que: “el poeta ha vivido más en el reino de las cosas que en el mundo interior”. Y refiriéndose a la poesía de Luis Cordero Dávila, decía, también: “jamás ha sido un sentimental ni un atormentado de lo metafísico... el mundo externo lo ha seducido”

Los ciclóticos, efectivamente, no experimentan la cruel desgarradura de la vida interior, matizada de elementos hiperstésicos e hipersensibles. Y, por eso, como habíamos dicho en otra ocasión, las escuelas literarias son susceptibles de estudiarse y comprenderse bajo el prisma analizador de los temperamentos: el naturalismo, el realismo, el parnasianismo —vivencias objetivas— y el romanticismo, el expresionismo, el simbolismo —vivencias subjetivas— como fenómenos de CATARSIS, de depuración anímica del arte.

Como poeta, fué, por eso, Luis Lordero Dávila, realista; y como ciudadano y como hombre, un iniciador vigoroso y un organizador audaz. Como los griegos, él conservó la alegría de la reacción expansiva, entre el tumulto de las ágoras, con los acorados músculos y los imperturbables nervios a prueba de laxitudes.

Ni aun la inadaptabilidad y la disconformidad con el ambiente—apuntados ya—se traducen en conflictos afectivos: fué una inadaptación controlada por las facultades superiores, sin choques ni conflictos morales que lesiones como crueles cilicios y que al ser expulsados de la conciencia, se resisten a volver a ella, inhibidos por una repulsa o consura, pero que, en los bajos fondos de la subconciencia, pugnan por abrirse paso a la clara luz de la superficie, y mientras no lo logran, perturban la salud física y mental.

Apenas vivió en el desasosiego que le producía la inquietud de lo grande, reduciendo sus dotes geniales, de pensamiento y de acción, a moldes pequeños,

aunque cargados de esencias. Pero consecuencia fué del medio estrecho y fragmentario, hacer su obra fragmentaria y escasa, también. Desparramó su potencialidad de hombre superdimensional, dispersó su energía y así, su obra dispersa, estrecha en cantidad, pero profunda en calidad, tiene la gran virtud de revelar, por todas sus facetas, al género de hombre que le dió vida.

Corriendo el riesgo de ser acusados de la obsesión de ver, en todas partes, con la lupa de los estudios psiquiátricos, nos atreveríamos a expresar que el desarrollo desigual de sus facultades con el encausamiento vocacional—por la disconformidad con el medio ambiente—lo coloca a Luis Cordero Dávila, en esos casos intermedios, de los que no se sabe precisar si pertenecen a un psiquismo sano o que comienza a ser inestable: un simple caso de DISARMONIA, por no hallar la medida propia a su talla cerebral gigantesca. Todo molde le vino estrecho. Toda su personalidad vivió esclava de la armadura de hierro del ambiente, que le tiranizaba, con su rigidez, las libres reacciones de su espíritu.

EL ORADOR Y EL SUBCONCIENTE COLECTIVO

El impulso de ágora asomó en cada paso de su vida. Y arrastró su meditación hasta la calle. Porque a los pueblos sólo se les detiene de los despeñaderos del incivismo y de la abulia, metiéndose entre ellos y prendiéndolos con la palabra—que en él fué látigo encendido contra el rostro de los tráfugas.

Domador de multitudes—en el sentido de Keryser-

ling—sugestiona más que convence. Espíritu franco, leal, no conoce de sutilezas diplomáticas, y las repudia como recursos farsantes. Gusta más de hacer prosélitos con la fuerza dominadora de su personalidad, que adornar su oración con citas bibliográficas o eufemismos ocultadores: porque su público era la multitud que siente, más que la minoría que piensa. Acaso este aspecto es secundario y no nos interese más que en el afán de confirmar, en Luis Cordero Dávila, una virtud, hasta cierto punto, impulsiva, movida por resortes instintivos, que no podían ahogarse dentro del hombre, todo él vaciado hacia afuera...

Y, en este sentido, mejor que domador de multitudes, puede llamársele al fogoso orador, interpretador de los sentimientos, o mejor dicho, del instinto de las multitudes o SUBCONCIENTE COLECTIVO, siguiendo la denominación de Jung. Porque la noción del subconciente colectivo traduce la realidad de una personalidad psíquica básica, más o menos idéntica a la mayoría de los individuos y en relación con el pasado de la raza.

No era el pensamiento cumbre de Luis Cordero Dávila, lo que le unía con las multitudes: era el sentimiento, la fuerza emotiva de la vida subconciente, superior a la fría y dogmática del pensamiento. Por eso triunfó su oratoria y perduró su empuje en las grandes zonas afectivas de su pueblo, porque era una liberación positiva de cargas instintivas del subconciente de su raza. Del subconciente colectivo de este pueblo relajado, indiferente y desconfiado de proselitismos oficia-

les, porque vé, en ellos, sólo la acaparación de tributo que no benefician, ni en mínima proporción, al enorme número de contribuyentes.

Su voz profunda de bronce, se dilataba en notas ascendentes, en la no interrumpida emisión, hasta llegar al bajo profundo, donde reventaba el cañonazo de una sentencia o el rugido volcánico que derritía, en su fogsidad, las nieves congeladas del patriotismo.

EL PATRIOTA

Patriota en el sentido de equilibrio psico—social. El sentido de patria residía, equilibradamente, dentro de ciertos límites y como un estadio de paso, de intercalación subordinada entre la familia y la humanidad.

No era, Luis Cordero Dávila, del tipo humano con hipertrofia del instinto social; porque en vez de ser un sentimiento patriótico que tiene un puesto al lado de los demás sentimientos elaborados en el desarrollo de los instintos, el instinto social se atasca y se hipertrofia prematuramente, originando una caracterología especial, naturalmente influida en sus manifestaciones, por factores ambientales, pero sostenida por la fuerza de un instinto deformado y transmitido por la herencia: EL CHAUVINISMO, individual, y el NACIONALISMO, dentro del grupo, que revestido de ropajes diferentes—nacismo, fascismo, civilismo—constituye una de las causas que más determinan la aparición de conflictos sociales, porque es una de las barreras que esta-

blecen separaciones psíquicas más arraigadas entre los pueblos.

Pero la inteligencia privilegiada de Luis Cordero Dávila, para comprender este sentido de patriotismo, estaba servida, además, por un corazón nobilísimo y sensible, abierto a todos los dolores de la Patria. ¡Fué tan intenso su amor a su tierra y al terruño florido de su pasado familiar!...

Como si escribiera profecías, como si hablara con el porvenir, ya dijo el Tribuno aquellas grandiosas y tremendas palabras, con las que despidió al Genio, al luminar de la raza, al paladín de la defensa, Crespo Toral:

“Me parece que el Iris de Colombia, entregado a nuestras manos, va a ser, desde mañana, despojo de comenterio; que los gusanos se van a comer aquello que no hemos sabido defender; que estamos llegando al término de la nacionalidad; que hemos dado, en fin, un salto mortal hacia el vacío, en la defensa de nuestros derechos!... Pero nó; mientras haya un puñado de espadas sin vaina; un haz de plumas sin partido; un grupo de corazones sin viscera; un resto de cerebros sin mordaza, todavía la Patria puede erguirse vencedora, cerrando con su heroísmo el sepulcro que trata de abrirle el enemigo!...

Y hoy, en estos imprecisos momentos de nuestra historia, cuando ya la Patria está mutilada y sangrante por el zarpazo infernal del deformado imperialismo

del Sur; sacrificada por ese panamericanismo que se manifiesta ansioso de orden jurídico en las relaciones extracontinentales, pero incapaz de justicia dentro de nuestro propio Continente; aceptando, inerte, esa mediación ineficaz, incongruente, heterogénea y desorbitada que fué la Conferencia de Río de Janeiro, nuevo vástago de repugnante adopción para el Ecuador que soñara en el derecho real y efectivo. Hoy, los huesos de Luis Cordero Dávila, se estremecen, seguramente, en el sepulcro, queriendo recobrar ese tremor milagroso y palpitante de la vida, para el momento supremo de las grandes acusaciones!..

Y hoy, que vivimos golpeados por la incomprensión de los hermanos del Continente, devorándonos mutuamente entre nosotros, sin el tino y la sabiduría para poner tregua a los rencores y sembrar de olivas la ruta de nuestro destino, Luis Cordero Dávila habría sido, para esta desventurada Patria ecuatoriana, la llamada grandiosa, erguida en relámpagos gigantescos, ardiendo de santa indignación, templando al rojo blanco su energía incomparable, atlética...

Y el germen de patriotismo que sembró en su pueblo este hombre simbólico, que procedía de un mundo que no sabía entender de tortuosidades y de esguinces diplomáticos, aunque sí de intereses y de emociones, algún día tendrá que ser recogido para servir de centro de regeneración de una Patria en ruinas!..

EL POETA

Desde los comienzos de su iniciación literaria— iniciación?: acaso fué un poeta innato—Luis Cordero Dávila se apartó y se emancipó del tema arcaico, de la candorosidad versificadora, de los pastorilismos, de la repetición de vivencias ultra románticas.

Se mantuvo, siempre dentro de su propia sensibilidad artística, sin plegarse a sindicalismos literarios— con visos de sociedades de aplausos mutuos—; lejos, siempre, de todo autoconismo geográfico, contrario a la universalidad de la belleza.

Y fué, en principio, la nota épica—como comprobación psicológica de su estructura temperamental—. En la “Oda a la Juventud de mi Patria”, se siente al leerla, aun ahora que subestimamos los moldes de antaño, ese poder extraordinario, ese aliento infatigable del poeta para transmitirnos su emoción heroica:

Grande eres Patria y al futuro avanza,
en el pecho prendida la esperanza
de tu feliz destino. . .”

Pero el poeta no se queda en la epopeya, ni demora en la posición pretórica. Por el contrario, su viaje es de los más fecundos y suscitadores. Su trayectoria desarrolla obra total y de avanzada. Su verso, denuncia, en la nueva factura, su inspiración creadora y pictórica. Como que la emoción por los valores vitales, se siente detenida por una emoción nueva que surge len-

tamente, con perfiles suaves, que animan, sin embargo, perfiles definidos.

Vienen, luego, "Frumental", el poema en que describe la metamorfosis del trigo. "Copas de ambrosio", paréntesis de vida interior, oquedad pasiva de la emoción erótica:

"Es inútil soñar... Todo está muerto:
la simiente en el surco; la alegría
debajo del corazón; pesada y fría
todo la triste nieve lo ha cubierto"

Y, después, en curva audaz y resuelta, con primores de orfebre, con toda la polifonía de su estilo hecho de variedades de oro viejo y de fusiones de un metal novísimo, bruñe esas dos joyas de arte, esos dos sonetos de filigrana: "Rubón Darío", los que serían, se dijera, una liberación simbólica—por el artificio de la extraversión lírica—de un complejo de similitud y de parecido literario y, por qué no decirlo? hasta físico con el artista supremo de AZUL y PROSAS PROFANAS:

"De artísticos tesoros amuleto,
su estrofa vibra, resplandece y ciega.
Y es caracol de música repleto.

Mas como sólo a príncipes entrega
de sus divinas joyas el secreto,
el vulgo de sus dádivas reniega..."

Más tarde, la pupila de Luis Cordero Dávila, en sincera rotación vocacional, pasa de la belleza pictóri-

ca y se fija en la realidad ambiental, en el escenario estrecho para el desarrollo del drama de la vida, en el discurrir monótono cotidiano y simple. Parece como si el drama humano, anexado a las retrógradas y provincianas imposiciones del ambiente, hiciera final esta transformación del poeta, para ese paso de la emotividad a la reflexión, de lo pictórico a la curiosidad psicológica que lo lleva a hurgar en la profundidad del ALMA DE LAS COSAS:

El cielo de la aldea
opaco y sin matiz,
traz de cada casa otra más fea
siempre de igual barniz. . .”

Y con qué finura de inteligencia, con qué arte de disertor penetra el poeta en el mecanismo de los actos, en el oculto sentido intencional, en la actuación y móvil de las gentes, para hacer de ella el motivo elegante de una aguda y filosófica ironía:

“Son las dos de la tarde; la campana
vibra con lento son:
al coro cada hermana
va llegando para hacer oración.

Un viejo señor cura sin sotana,
en mangas de camisa y pantalón,
con una palangana
echa mija a su gallo en el balcón.

De las blancas paredes en los huecos,

titilan con mareante claridad
las telarañas de polvosos flecos.

Y en vago ritornelo a la ciudad,
de los distantes campos llegan ecos
de olvido y soledad. . .”

Este realismo animador y vitalizador del poeta, que así le permitió sondear estas capas profundas de depósitos de episodios vividos y olvidados, de imágenes y figuras desvanecidas, para reintegrarlas a la luz de la superficie, nos parece, sinceramente, sin igual.

Para nosotros, para la mentalidad de nuestra época--que comienza a ver cómo las grandes magnitudes empiezan a empequeñecerse--la personalidad literaria de Luis Cordero Dávila, crece y se agiganta, porque fué excelso Maestro en la Vida y en el Arte. Maestro, sobre todo, no de una psicología de las COSAS DEL ALMA, sino de aquella del ALMA DE LAS COSAS, de aquella psicología que es el fundamento de las más complejas formas del comportamiento humano: la adaptación de lo externo a nuestro mundo interior.

**Ensayo de Interpretación
Psicopatológica del Poeta
MEDARDO ANGEL SILVA**

*“El pálido Infante
una extraña locura tenía,
el pálido Infante
poseer una estrella quería-----”*

*M. A. S.—“Balada del
Infante loco”.*

EL PRECOZ DECADENTE

Cuando Medardo Angel Silva, irrumpió con su lírica en el ambiente intelectual del País, un movimiento de estupor y de admiración se suscitó en los círculos literarios de ese entonces.

Nunca, hasta ese momento, habíanse dado versos de tal hondura mental y dentro de tan magnífica forma, como de ese pálido muchacho, de carne y alma en flor, que contaba apenas 18 años, siendo ya algunos de sus poemas escritos a los 15. Aquella profundidad psicológica de sus versos, en un niño casi, que carecía de estudios literarios y que, ignorando la filosofía de los libros, carecía, así mismo, de la experiencia normal de la vida, era un *caso* que escapaba a toda exégesis determinista.

Y aún ahora mismo, en esta época más ilustrada, más en estado de madurez —digámoslo así— para coger la verdad científica, representa para la fisio—psicología científica, un desconcertante enigma.

Acaso sólo a la luz de la nueva psicología intuicional —que reconoce en la conciencia la actuación de factores internos más profundos e inmediatos que los del intelecto— aquel *caso* de extraordinaria precocidad, pueda ser, hasta cierto punto, comprendido.

Lo que llamamos *intuición* era sólo, hasta hace, poco, una expresión literaria, una metáfora sin valor concreto para la psicología, del mismo modo que muchas otras expresiones que, en el lenguaje de la época anterior, representaban ideas ajenas al positivismo científico. En rigor, ahora mismo, sólo se admite como explicación valedera de los fenómenos de la conciencia, la mecánica del intelecto: percepción, asociación, memoria, sugestión, herencia, actividad refleja, ley de adaptación, proceso de lo simple a lo compuesto, de lo concreto a lo abstracto. Pero esa vaga metáfora literaria de la *intuición* empezó a cobrar un valor real en la psicología bergsoniana, convirtiéndose en una nueva concepción de la vida.

La época actual —junto con los grupos que estudian la constitución, el temperamento y la personalidad— cree que existe en el hombre un modo de conciencia profunda, ultra intelectual y ultra racional, en la que se funda toda psicología de orden estético, metafísico y religioso, por cuanto significa el conocimiento inmediato y directo de la vida, no ya en sus formas, sino en su contenido, en sus esencias.

Implica tal *facultad* humana, agudísima en ciertos tipos de selección, algo como el fenómeno de una pre-conciencia, de una especie de una precoz madurez espiritual, anterior a toda experiencia actual, como si —al decir vulgar— ya nacieran sabiendo. Y en todo caso, es un conocimiento de la realidad, que no avanza por los caminos normales, sino por otros, de curvas y

sinuosidades que parten de las enmarañadas regiones de la psicopatología.

Hasta ahora, apenas por la crítica literaria —es-
casa desde luego— se ha querido adivinar la constitu-
ción psicológica del poeta Medardo Angel Silva. Alguno,
como Gonzalo Zaldumbide, han seguido un método de crítica
genial, apoderándose con precisión de la personalidad del
artista; y con fina y profunda intuición han visto cuanto
puede y quiere ver un literato. Pero la constitución física
y psicológica del poeta, es preciso ir a buscar con las
luces de la nueva ciencia que se encarga de los perfiles
bio—psicológicos, la nueva Biotipología.

Mi objetivo, con el análisis de su lírica, de sus
facultades, de sus aberraciones psicopáticas, es tan sólo
presentar una personalidad reconstruída, lo más verdadera
posible, para poder interpretar el fenómeno particularísimo
de la lírica del poeta que tuvo una sola, única, absoluta
dirección, que hace su grandeza y su gloria: el canto de sí
mismo, sólo de sí; la revelación íntima y completa de su ser.

La nueva biografía y la moderna crítica literaria,
no pueden desdeñar los auxilios de la psico—biología.
El estudio y la indagación sobre la personalidad de los
artistas, no puede hacerse sin la biología, la psicología,
la psiquiatría y el psico—análisis. La nueva estética,
mismo, no es ciencia apriorística, sino fisiológica.
Es, por eso, imprescindible la ciencia en la crítica

ca del arte, cualquiera que éste sea; es necesario la indagación de la personalidad del artista en el plano de los sentidos, de los órganos psico—receptores, en la inteligencia, en los fenómenos afectivos, en las variadas manifestaciones psicológicas, en general, para comprender el arte y sus productos.

Para aquellos que no tienen un concepto claro de estas investigaciones y no miden el alcance de la intención en el estudio de las personalidades para interpretar el arte, habrá que decirles lo que Sergi dijo cuando estudiaba a Leopardi y a Goethe, a la luz de de la ciencia: “Más ciencia y menos Arcadia”.

La modalidad lírica de Silva, se halla comprendida, en un modo general, dentro de la psicología literaria de la época. Si la sustancia de su poesía es universal y permanente —ya que se nutre en las profundidades del inconciente anímico, en el concepto de Jung, el modo en que tal sustancia tomó forma y expresión, se relaciona con los caracteres literarios propios del momento en que surgió. La obra, como la personalidad, aún cuando sean originales en su raíz, están condicionadas por los factores históricos: toda obra, aunque sea genial y en todo tiempo valedera, es, así mismo, de su tiempo. Y en tal sentido, la lírica de Medardo Angel Silva participa en alto grado —no por un fenómeno de sugestión— de aquel estado de alma *decadente*, propio de las artes y de las letras occidentales, en los últimos lustros del Siglo XIX y primeros del XX.

Cuánto de hiperestesia, de pesimismo, de neurosis, de rebeldía individualista, de inquietud torturante y hasta de perversidad cerebral hay en ese estado de alma que se inicia en aquel *nuevo estremecimiento* de Baudelaire, padre de toda esa época, y que, en modos diversos, perduró en toda la literatura post-romántica, palpita también en la poesía de Silva. El fué, en cierto modo, de la *raza maldita* de Baudelaire, de los *raros* descubiertos por Darío, de aquellos que, al decir de Atanasio Viteri, tuvieron como símbolos y como personajes a Job y a Maldoror.

En el Ecuador literario del 14 al 18, en los días de la Gran Guerra, surgió esa generación inigualada, de sangre envenenada o aureolada por una luz trágicamente ambigua, que partía de una sola y múltiple y armoniosa y clamorosa antorcha poética de Francia: el corazón de Verlaine, los nervios de Rimbaud, la perversidad de Baudelaire y la psicosis de angustia de Samain.

En esa generación *decapitada* de poetas ecuatorianos, identificada con ese nombre ya por la novísima crítica literaria de Raúl Andrade, y los de la llamada generación de vanguardia, en alarde de equilibrio y de normalidad anímicas; en esa generación "cuya época quedó signada por más de tres cruces malditas", como dijo Zaldumbide, surgió Medardo Angel Silva, como un poeta que no ha sido superado todavía.

Y las nuevas generaciones literarias —prosa indigenista, lírica revolucionaria y romancera tan vieja co-

mo el Cid—intoxicadas de conflictos ideológicos, de luchas de culturas que amenazan la ruina de la civilización, tienen para los poetas decadentes y saturnianos de aquella época, una aceptación efímera; ligero alfilerazo de conocimiento, sin reparar en el rumbo luminoso, pero fatal y trágico de esa poesía. Ha comenzado la suversión de valores. Estudiémosle hoy a Medardo Angel Silva, antes de que su lírica y su arte se sumergan, definitivamente, en la vorágine de las estridentes, y no muy estables tampoco, concepciones actuales del arte.

FISIOPATOLOGIA

Medardo Angel Silva, padeció —como veremos en capítulo aparte— de un detenimiento de desarrollo de una de las funciones más importantes de la vida psíquica de relación, o sea la *percepción* de la realidad objetiva, obtusa en él, como la visión ocular del que padece ambliopía. De esto le vino el sentimiento de soledad y de abandono; de esto el dolor de una existencia egocéntrica, tormento incesante de su vida.

Pero este hecho, relacionado con la esfera perceptiva; no es ni podía ser el único, ni está aislado en la psicopatología del poeta, sino que está unido a otros hechos bien observados y claramente interpretados, dentro de sus aberraciones somato—psíquicas. Los caracteres patológicos, que eran físicos, fisiológicos, somáticos, constituyeron una serie coordinada y progresiva en el sentido de una agravación continua del mal.

Verdaderamente es difícil conocer si esa sensibilidad excesiva —hiperestesia o hiperalgesia— de Silva se encontraba en los órganos específicos sensoriales, tomados aisladamente, o más bien, en los que tienen mayor analogía con la sensibilidad general, como me inclino a creer. Verdad es que el poeta padecía de *foto-fobia*— muy frecuente en los psiconeuróticos y melancólicos— de suerte que, a menudo, no toleraba los esplendores de la luz del sol y se defendía de ella, con la elegante pantalla de unas gafas oscuras, que cabalgaban atrevidamente sobre el dorso de su nariz, dándole ese aspecto característico de ave noctámbula, tan explotado en las, poco estéticas, iconografías que conocemos del poeta.

En cuanto al oído, padecía de una irritabilidad elevada sobre lo normal. Los rumores le turbaban, le abrumaba el ruido, el estruendo de afuera, como si temiera no poder oírse a sí mismo. Y la *hiperacusia*, casi siempre es un estigma de las psiconeurosis, tales como la neurastenia o la psicosis de angustia. Es conocido el caso del poeta español Juan Ramón Jiménez, cuya hiperacusia le obligaba a adoptar dispositivos inverosímiles en su habitación.

Las sensaciones externas de la piel, más que vías de manifestación de la calidad de las sensaciones externas, eran, indudablemente, formas de dolor o simples medios de irritación general; es decir, lo que se ha convenido en llamar hiperestesia, llamaría, yo, en este caso, más bien *irritabilidad*.

“-----¡Sufro, luego existo!
El dolor afirma la vida-----”

dijo el poeta en plena hiperalgesia.

Por los resultados del sólo análisis de los sentidos; de la imperfección visiva y auditiva; de la condición irritativa de los órganos sensorios todos, que producían turbaciones más que sensaciones definidas, puede afirmarse que las relaciones de su mente con la naturaleza exterior eran incompletas; porque la irritabilidad y la hiperestesia predominantes, perturbaban los procesos de la sensibilidad general, que se eleva hasta la categoría de fenómeno de percepción de las cosas externas.

Además, esa sensibilidad dolorosa visceral, tan agudamente sentida por el poeta, cuando creyendo adolecer de un aneurisma aórtico, pedía a un amigo fraterno suyo, el entonces estudiante de medicina y poeta de la misma generación y hoy médico e intelectual de elevados quilates, Dr. J. A. Falconí Villagómez, que le dibujara, en la región precordial, la localización exacta del corazón, para algún día silenciarlo, al mismo tiempo que poetizaba:

“Como una inútil alimaña
que se arroja lejos de sí,
anhelo arrancarme la entraña
que palpita dentro de mí!----”

Esa sensación vaga cardio—simpática, digo; el es-

tado de sus funciones digestivas; la atonía de toda manifestación de actividad en el proceso ejecutivo voluntario, demuestran claramente, en el poeta, un deteni- miento, una lentitud en las funciones vitales. Lentitud o retardo debido, indudablemente, a un déficit hormo- nal del cortex de las suprarrenales. También, y tra- tándose de su fórmula endocrina, hay manifestaciones evidentes de la persistencia de la glándula endocrina, el *timo* en la edad de la adolescencia y de la prime- ra juventud, que persistía, sin atrofiarse, en la curva vertiginosa e instantánea de su vida. Su escaso desarro- llo físico, la poca energía muscular, la inquietud, el nervosismo, la conservación de su aspecto físico en las formas infantiles, a pesar de que su rostro, demacrado y anguloso, da la imagen de un adolescente envejecido prematuramente, comprueban este aserto.

Además, si todo el sistema endocrino, repercute sobre el sistema nervioso, ninguna glándula lo hace con la intensidad y con la importancia con que lo manifies- ta la TIROIDES. El temperamento artístico, sobre todo, necesita, para evidenciarse, de un vivo funcionamiento tiroideo. Estos complejos mecanismos neuro—glandula- res gobernaron y provocaron esas contradicciones mani- fiestas en personalidad de Medardo Angel Silva, Mi- crosplácnico, longilíneo, asténico, en la conformación de su figura somática; inteligencia precoz, vivaz, brillante y apasionada, con franca propensión a la imaginación artística, en su aspecto psíquico, concuerdan, perfecta- mente, con su fórmula glandular, en la que existió un predominio de la tiroides, es decir, un *hipertiroidismo*.

PSICOPATOLOGIA

Volviendo a leer las poesías de Medardo Angel Silva, que tan intensa sugestión espiritual ejercieron en mis años de adolescencia; considerándolas ahora como un observador, me ha llamado principalmente la atención el hecho de que la percepción de la realidad había huído de él. Algo más, parece que debía haberla perla perdido antes de que se desarrollase en él la percepción del hombre adulto, que interpreta la realidad y se adapta a ella. Y el poeta, mismo, sintió que la esencia de su mal estaba, ni más ni menos, que en ese huir de la realidad, a la que aspiraba ansiosa y vanamente. Aconteció, también, con aquella otra forma de realidad que se cristaliza en el amor, como veremos luego.

Su lírica, es la de un solitario en medio de la naturaleza, a la que perdió de vista, y se evaporó cuando quiso apoderarse de ella; y cantó, entonces, su impotencia. para alcanzarla, su dolor por no poder llegar a ella. También el *pesimismo* absoluto de que fué víctima y con el cual coloró todos sus versos, está en perfecta relación con este defecto de percepción, con el detenimiento de su desarrollo perceptivo.

Su pesimismo no lo aprendió de nadie: fué un producto natural de la patología de su psiquis, en relación con su cuerpo enfermizo y sin desarrollo normal. Tuvo una niñez callada, oscura y melancólica, como la de todos los espíritus precoces y delicados; y si a la

edad en que otros sólo piensan en las doradas futilidades del mundo, él leía apasionadamente a los poetas y a los novelistas más sutiles y amargos de la *decadencia*, era porque le seducía todo aquello que estaba en relación con su tipo psicológico individual. Y esto se explica naturalmente. Así procedemos todos: al leer hacemos una selección natural, involuntaria, acaso inconsciente, de lo que está en relación con nosotros mismos, con nuestras ideas y sentimientos. Pesimistas los habido siempre, de toda clase y en todo Siglo. Pero los pesimistas se alimentan de pesimismo; los optimistas, de optimismo, así como los idealistas en los escritos de otros idealistas. Así, por ejemplo, Novoa Camaño, espíritu fraterno en el dolor y en la lírica, decía:

“Cuando el áspid del hastío me roe,
 tengo mis libros que son en
 las horas cruentas mirra, aloe,
 de mi alma débil el sostén:
 Heine, Samain, Laforgue, Poe
 y, sobre todo, mi Verlaine!----”

¿El pesimismo de Medardo Angel Silva puede explicarse como un producto de las condiciones psicopatológicas de su personalidad, de su hiperestesia, por el estado por el cual la senestesia no alcanzaba el grado de euforia, por su enfermedad psíquica, por su psicastenia? ¿Puede decirse que es un producto de una filosofía, de la sugestión del ambiente literario, o de algún factor externo semejante?

Creo, decididamente, que sus condiciones psicológicas fueron uno de sus factores individuales y personales, que trajeron consigo los efectos tan característicos que resumen el pesimismo del poeta. Algún otro factor más recóndito, unido a defectos orgánicos de la sensibilidad especial y general y a la introversión anímica, propia de su reacción de esquizoide, habría sido causa eficiente de este fenómeno.

Si bien la fisiopatología nos ha descubierto en el poeta, la anormalidad de los órganos receptores de la sensibilidad, estos órganos aún normales, no son suficientes para percibir la naturaleza externa: concurre con ellos un factor interno, el cerebro en sus funciones especiales. Percibir la realidad exterior, es interpretar las impresiones sensibles que llegan al cerebro por conducto de los sentidos específicos, y esta interpretación es tanto más exacta cuanto más normales y completas son las impresiones iniciales; porque hay que recordar que las energías exteriores que representan la realidad y que obran sobre nuestros órganos sensorios, no son realmente tal como nosotros nos formamos imágenes e ideas de ellas; son formas interiores que quieren representar la realidad, como si esta tuviese verdaderamente tal apariencia. Esta es una ilusión, sin duda, pero es la que podemos tener a través de nuestros órganos, los cuales cooperan juntamente con las energías exteriores, a que nos representemos la naturaleza exterior, de una manera dada.

Ahora bien, si por efecto de condiciones cerebra-

les orgánicas, las impresiones sensoriales no se convierten en percepciones claras y definidas; si las sensaciones no son interpretadas, entonces la naturaleza exterior, el mundo objetivo, no está representado en la mente más que imperfectamente, y, por consiguiente, las imágenes y las ideas de lo que se llama realidad exterior son incompletas, inexactas, oscuras:

“Es nuestra alma lo mismo que una estancia de-
(sierta.
de polvosas molduras, de raso desteñido
y de *espejos* que *copian* una *imagen* ya *muerta*.

Para comparar este hecho—tan sutilmente expresado por el poeta—imaginémonos un campo visivo mental, análogo al campo visivo ocular, el cual es más o menos restringido y puede ser también deformado por medio de una presión lateral del bulbo ocular, o por otro motivo, lo cual produce obtusión visiva llamada *ambliopia*, o bien oscuridad más o menos completa, que se llamaría *amaurosis*. Ahora bien, esta comparación no es imaginaria, sino que corresponde a un hecho real; así acontece que algunos interpretan la realidad mal o falsamente, otros muy limitadamente, otros tienen imágenes y formas oscuras; todo lo cual corresponde, en realidad, a una obtusión perceptiva:

“Cuando pueblan la estancia las horribles visiones que hace la Neurastenia surgir de los rincones, entre los cortinajes de azul desconocido.

Ay! Apagad las luces y velad los espejos!

temo ver en la luna de borrosos reflejos,
junto a la enmascarada, mi faz de aparecido....”

Por eso, puede llamarse, también, *ambliopia* mental o perceptiva a ese estado obtuso u oscuro de la percepción de la naturaleza exterior de la realidad en su significación general, en sus manifestaciones fenoménicas.

Resulta, pues, que el defecto principal y característico de la personalidad psíquica de Medardo Angel Silva fué la *ambliopia mental* que, favorecida por las condiciones de los órganos de los sentidos, irritables más que sensibles, tiene por origen un detenimiento de desarrollo en esta particular dirección, es decir, en la vida psíquica de relación,

Además, la manera de percibir la naturaleza exterior y los fenómenos que se desenvuelven objetivamente, no es la misma en los varios períodos de la vida humana; existe una diferencia real de formas en la vida psíquica, tanto respecto a las ideas como respecto a los sentimientos en las diversas épocas de la vida. El alma joven no es el alma adulta, como el cuerpo joven no es el del hombre adulto. (“El alma crece con el hombre”, dijo ya Hipócrates). Ideas y sentimientos van definiéndose lentamente con el avanzar de la edad, así como el cuerpo adquiere las formas masculinas con todos los caracteres secundarios, cuando llega a la edad adulta. En la vida juvenil, por lo tanto, debe encon-

trarse, normalmente, en los sentimientos y en las formas mentales de la realidad, algo incompleto, que corresponde a la nebulosidad que los envuelve, a la penumbra que los hace indefinidos, casi sin contornos.

Este estado, tan poco definido de las ideas y de los sentimientos, respecto a la realidad y también respecto de los hombres y de las cosas, puede explicarse muy bien, con la observación de que Medardo Angel Silva apenas había trasmontado el período de la adolescencia:

“Señor, no ha recorrido mi planta ni siquiera *La mitad de la senda* de que habló el Florentino. y estoy en plena sombra, y voy a la manera del niño que en un bosque no conoce el camino”.

Y lo que más distingue psicológicamente a los adolescentes de los adultos, es, precisamente, el sentido de la vida, tan diverso en los unos y en los otros; visible claramente en los juicios que emiten sobre las cosas y las acciones humanas.

Lo mismo sucede, en la evolución ontogenética, con la esfera de los sentimientos. Los afectos y las emociones revisten un carácter más violento e impulsivo, sobre todo, tratándose de emociones de reacción violenta y más o menos duradera, como el amor, los celos, la desesperación, el orgullo, etc.

Es de notar, asimismo, que durante el período de la adolescencia y primera juventud—período en el que

se encontraba el poeta—se produce una exaltación de la personalidad o *autofilia*, con caracteres completamente definidos. Es la exageración de la conciencia de las propias fuerzas y actitudes, en que se mezclan la vanidad del *yo*, con la incomprensión de las condiciones objetivas del ambiente en que se trata de luchar por la vida. Es el período que el psicólogo argentino Rodolfo Senet, llama: *período megalomaniaco*, análogo al concepto alderiano del *complejo de superioridad*, ya que Senet no emplea el término en el preciso significado psicopatológico, sino como una tendencia hacia la exageración de la propia personalidad. Este período de megalomanía juvenil, no es una forma mórbida, estable y fundamental, sino como un período de desequilibrio transitorio de la personalidad, principalmente puesto de manifiesto por la pérdida del sentido de adaptación individual al ambiente.

Sólo cuando las características de este período quedan definitivamente fijadas en el sujeto, a pesar de su evolución psicológica ulterior, puede decirse que constituye un caso mórbido de desequilibrio psico social. Y Medardo Angel Silva no llegó a la madurez para poder observar si esta característica psicológica de la juventud, habría supervivido en su evolución. Es preciso notar, al respecto, que muchos de los sentimientos del poeta, como el amor—que lo estudiaremos aparte—y el tedio, tienen los caracteres del período citado. En el *tedio*, cree hallar el poeta un rasgo de superioridad humana y no hay duda de que se complace, íntimamente, en pensar con Leopardi que “el fastidio es

el más sublime de los sentimientos humanos”.

“Encerrè mi amor en la celda
 más secreta y oscura de mi alma,
 y, avizor centinela, a su puerta
mi orgullo velaba....”

Y en ello hay *megalomanía, narcisismo, autofilia, complejo de superioridad*; concomitantes que hubieran sido—en el caso de una fijación definitiva—causa de una *paranoia* que habría podido iniciarse.

Por otra parte, si recordamos que los sentimientos son de dos categorías, derivados de hechos sensoriales, o de ideas, conceptos, pensamientos, es decir, son físicos y morales, surge, naturalmente, el hecho de su dependencia de las condiciones particulares del cuerpo y de la mente, y por lo tanto, de su participación en las condiciones normales del uno y de la otra. Si las representaciones ideales son claras y definidas, los sentimientos, por ellas provocados, tienen un color que no es el de los sentimientos nacidos bajo la influencia de ideas producidas en la semioscuridad o ambliopía mental, a la que me he referido anteriormente.

Siguiendo a Sergi, podemos admitir varias gradaciones de claridad en la concepción representativa de la vida exterior y sus fenómenos afectivos, siendo las principales, para el caso de Silva, las tres siguientes: a) claras; b) imperfectas; y c) oscuras; a las que corresponden: 1º el pensamiento definido y la afirmación definida, también, de la realidad; 2º el pensamiento

indeciso y el esceptismo; y 3º el pensamiento negativo o subjetivismo absoluto, pesimismo. Como grados y colores de sentimientos correspondientes, se tendrá: 1º sentimiento placentero y satisfacción de la vida con adaptación completa; 2º el sentimiento de duda y malestar, con adaptación incompleta; y 3º sentimiento doloroso, aborrecimiento de la vida, falta absoluta de adaptación a la existencia, pesimismo (literariamente: decadentismo).

Esta última gradación corresponde a la reacción perceptiva y afectiva de Medardo Angel, y, por ella, nos podemos explicar las reacciones de su psiquismo enfermo, tales como la representación oscura de la naturaleza y sus fenómenos, o ambliopía perceptiva: pensamiento negativo respectivo de la realidad objetiva, subjetivismo absoluto; autismo; sentimiento doloroso de su propia existencia individual, que parece hallarse en el aislamiento y en la nada que le rodea, aborrecimiento de la vida por absoluta incapacidad de adaptación a las condiciones de la existencia exterior, no percibidas claramente ni bien interpretadas.

Toda su vida psíquica se desarrolló, por lo tanto, completamente en su interior, apartada del mundo objetivo. Fué, en esencia, un *introverso* en el sentido de clasificación de Jung. Su actividad mental se encerró, toda entera, en el interior, y nació la conciencia tormentosa de la nada de la existencia, jamás vista ni concebida por él, sino, apenas, como reminiscencias infantiles, dignas de ser analizadas a la difusa luz del

psico - análisis como un *complejo freudiano*, como esta proyección erótica:

“Oh! los juegos con novias de traje a las rodillas,
los besos inocentes que se dan a hurtadillas,
a la bebé amorosa de diez o doce años....”

No hay duda que si Modardo Angel Silva hubiera sido un hombre de las modernas generaciones, en esta época positiva y materialista, habría tenido poca o ninguna conciencia de su estado, de la nulidad que le rodeaba; quizás hubiera sido un hipocondriaco que habría tolerado la vida; quizás, también, la vida activa y cotidiana habría corregido algo de su defecto de visión mental y, por lo tanto, le habría hecho adaptarse a las exigencias comunes de la vida; quizás, también, si él hubiera tenido un intelecto menos reflexivo, y no se hubiera intoxicado con la literatura decadente del fin del Siglo, habría, acaso, corregido en parte, su desequilibrio psicológico, patrimonio obligado de los melancólicos constitucionales, reconcentrados en sí mismos, pesimistas, mitómanos por defensa, aburridos (spleen), suicidas....

Pero, desafortunadamente, todo lo que entró en la mente del poeta, como patrimonio literario, debía alejarle, cada vez más, de la concepción de la realidad que le rodeaba; era la literatura morbosa y decadente, que no podía desarrollar el sentido de la objetividad, obtuso ya de por sí, que le hizo sentir, a su alrededor, tanto desierto y considerarse como un hombre solitario,

separado de todas las cosas vivientes y de la naturaleza misma—exuberante y tropical de su *habitat* geográfico—en la que se veía como abandonado, como un naufrago en inmenso mar.

Y, por eso, el poeta adolescente, se sumerge en la oscuridad anímica de su propio yo, y exclamó:

“Yo quiero sombras ---- sombras ---- sombras ----!”

como la expresión de una exerotipia verbal. Y en la lucha que tenía que sostener con el mundo objetivo, que huía delante de él, quedó, al fin vencido; y canta su derrota con la calma silenciosa que presagia una tormenta interior:

“Y con aquella calma fría
del que un precipicio no vé,
iré a buscar mi paz sombría,
no importa a dónde, pero iré! ----”

Y analizando esta idea del suicidio ya manifestada en su conciencia en aquel período de orgullo y vanidad juvenil, cuando “sólo por tí la vida me es amada”, al decir del poeta; cuando la engañosa felicidad del amor cree que le consolará del desierto de su propia existencia—presentándosele el amor como realidad objetiva y externa, cuando era simple ilusión autística de ese sentimiento—hay que convencer que la idea obsesiva del suicidio, tenía raíces orgánicas y no derivara de hechos accidentales, como se ha querido demostrar con absoluto desconocimiento de todo aquello que

constituyó la patología del poeta, por parte de quienes han visto, muy superficialmente, la tragedia de esa alma exquisita y amargada. La herencia es la que había acumulado en él, una serie de condiciones que, con la precocidad intelectual, entre otras muchas causas, hicieron sentir su trágica eficacia.

El pensamiento del suicidio que persiguió obsesivamente al infeliz poeta, tiene estrecha conexión con la sistematización de sus ideas dominantes; siendo por lo tanto como un diagnóstico de ellas y como el pronóstico clínico, hecho por el mismo paciente, de su mal sin remedio:

“Mis versos lo están diciendo
y no lo comprende nadie....
La enfermedad que yo tengo
en silencio ha de matarme”.

EL EROS PLATONICO

El amor en el poeta—que ha sido objeto de una constante y minuciosa investigación, indiscreta a veces, por constituir el motivo, aparente y comprensible para los demás, de su profunda desilución que lo llevó hasta la vorágine del suicidio—fué un sentimiento indiferenciado, que no pudo ser satisfecho, dadas las condiciones psicológicas de reacción afectiva, propias de la adolescencia. El amor de Silva hacia la mujer idealizada por su fantasía, tiene la característica psicológica de la variabilidad y de la polarización afectiva, propias de la inmadurez psico - emocional.

La imagen de *Ella*, no es más que un delirio, entre los otros; el motivo de dolor que se junta a los demás y especialmente al tedio y a la soledad que siente el poeta. *Ella*, es una imagen sublimizada, un amor incorpóreo—a pesar de la proyección real y humana—y no satisfecho; sólo se conserva en la mente del psicasténico como un deseo tormentoso y un vago e inútil imaginar. Es una alba vestidura virginal—traje de marmóreas vestales y de seráficas eucaristías, oculta tras las alas plegadizas del pudor, libre de toda carnal desnudez y de todo instinto erótico. Sueños del más puro platonismo moral, en los cuales el adolescente manifiesta una alta facultad de abstracción ideal, cerniéndose libremente, en su vuelo teologal sobre la vida....

Si consideramos el amor normal como el resultado de la fusión anímica de todas las tendencias instintivas que rigen la unión de los sexos, con las psicosociales del individuo, en un completo acuerdo con la evolución moral de la época, será anormal cuando haya un desequilibrio de los integrantes, ya sea del sujeto o del objeto del amor. Y, analizando psicológicamente estos aspectos, dentro de la personalidad de Medardo Angel Silva, lo primero que llama la atención es su infantilismo psico-sexual, su poca raigambre biológica. Es el estado potencial del amor; la faz platónica de su entusiasmo erótico; el dominio del sueño que llena de satisfacciones más intensas que la propia realidad.

En la poesía de Silva nunca hay sexualidad apasionada y desnuda, ni sensualismo siquiera. El deseo amoroso no aparece como una finalidad en sus poemas: son caminos hacia un más allá de sí mismo, tienen el sentido trágico de un sacrificio. Su lírica erótica es un férvido y anhelante soñar; lo que él ama y canta no es la imagen real que pueden alcanzar sus manos: es una supra-realidad que está más allá de sus sentidos; son las imágenes engendradas por su propio sueño trágico.... ¡Tragedia de la criatura humana, condenada a sufrir la quimera ardiente de sus sueños; tragedia del sueño fúlgido aprisionado en la cárcel de la realidad cotidiana; tragedia del pobre cuerpo débil que debe contener, como un vaso frágil y sensible, la intensidad tremenda de un espíritu quemado por ansias inmortales....!

Soñar férvidamente una imagen magnífica, que no pueden apresar los brazos carnales—cabalmente por haberla idealizado hasta la quimera—; despertar del profundo delirio visionario a la opaca y pesada forma de la materia; buscar, anhelante, en la Mujer sublimizada de sus sueños, la forma de los símbolos que su Instinto amoroso fraguaba en radiante plenitud de vida interior: tal es el *Amor* que el poeta habíase forjado en su ensueño lírico.

Desde el punto de vista, no ya lírico, sino psicopático, el infantilismo psico-sexual de Silva, estuvo asociado a la *algolagnia* (dolor provocado o calculado, etimológicamente) en su forma pasiva, pero puramente

psíquica: el deseo de sentirse sojuzgado, tiranizado, humillado, poseído de un sentimiento de angustia, de inhibición, de timidez, prueban, evidentemente, esta dirección masoquista espiritual:

“*Bendigo el sufrimiento* que viene de tu mano y el vértigo radiante en que tu voz me sume” ----
o bien esta estancia:

“Bien puedes sonreír y sentirte dichosa:
el *águila* a tus *plantas* se ha vuelto *mariposa!*”

Además la *vanidad* del adolescente y una sugestibilidad literaria, aliada a un egocentrismo—*narcisismo*—propio de la edad, también, hace que en el amor de Medardo Angel Silva se encuentre, así mismo, la finalidad de “*épateur le bourgeois*”, como si se dijera un caso de *seudo-inclitofilia*: la *mujer ideal* convertida en la *mujer fatal*, en el dolor pasional de la materia, en el trágico Luzbel de hermosura sombría y de atormentadores sueños; pero sin pasar de ser todo esto sino una quimera, una imagen cerebral, de contenido subconciente, sugerida por la literatura erótica y enfermiza de la época:

“----la linda boca fresca,
la manzana carnal,
y nuestra vida funambulesca,
tan líricamente anormal----!”

Baudelaire, por ejemplo, en sus “Flores del Mal”, con su *Venus Negra*, se revela como un típico caso de *inclitofilia* (inclitos: criminal—filis: amor).

Psicológicamente, en su aspecto erótico, puede ser considerado el poeta como un inmaduro, tenazmente fijado en la fantasía de la pubertad. Y es por eso, que, fijado en su subconciencia ese amor ideal sin esperanza real de satisfacer ese deseo de amor, presa de gran exaltación erótica, sufriendo la angustia torturante de perder ese amor, en algún recodo de la vida, halló que el valor de liberarse de ese estigma obsesivo, vendría en el momento extremo de la vida: la muerte, ya tantas veces presentida e invocada y deseada por él, se conjugaba así con el amor:

“Sus labios que vierten sensuales embelesos,
juntan en una mezcla de caricia y herida
el sabor de la sangre al sabor de los huesos. . . .”

EL ESPEJO LIRICO

La lírica de Medardo Angel Silva, es un espejo limpidísimo de su personalidad psicológica. Es el dato más demostrativo para reconstruir el temperamento del poeta, más que las noticias y datos biográficos, incompletos e inexactos y los testimonios frecuentemente inciertos y parciales.

La producción literaria de Silva—fragmentaria y desconocida en su totalidad—, es un espejo admirable de su ánimo, de sus condiciones psicopatológicas, que constituían su existencia mental; de los medios de que disponía para representar con la palabra sus pensamientos, sus sentimientos y sus relaciones con la realidad, tanto en el sentido de la naturaleza que le rodea como en la sociedad humana en que vivió. Sus

poesías son, pues, un documento auto - biográfico inalterado y perfecto.

Pero para interpretarlas exactamente, no hay que limitar las indagaciones sobre la superficie de las expresiones líricas: es preciso descender a las profundidades de su alma con el vehículo del psico - análisis, que él mismo nos ofrece. Así la fusión de la personalidad del poeta y de sus expresiones líricas aparecerá completa, natural y constituyendo una forma con la sustancia. Y así, al través de ese verismo lírico - psicológico, podríamos ver cuanto el análisis psicopático nos ha revelado ya como existente en su personalidad.

La introversión anímica se revela clara y precisa, cuando dice:

“Inquieto, siempre inquieto, buscándome en mí
(mismo,
como la nube a la voluntad de la brisa,
mi pensamiento vá de un abismo a otro a-
bismo_____”

O en “Tedio Cotidiano”:

“*Vida exterior y hueca, vida falsa.* Océano en que mi alma es igual a un esquiife perdido. No. Dame el reino puro del silencio exquisito, la Soledad de blancos pensamientos florida y la *Torre interior* abierta a lo Infinito, más allá del dolor, del Tiempo y de la Vida_____”

Porque el mundo exterior, de una inmovilidad mortuoria, le encuentra al poeta, en un medio tétrico, mudo, fantasmal:

“Ya nada me entusiasma
de cuanto me causara infantiles asombros:
y, así, voy por la vida, cual pálido fantasma
que atraviesa la calle de una ciudad de es-
(combros.....”

El negro pesimismo, *la abulia*, la nulidad de la vida—el fastidio, el tedio, la melancolía, su dolor absurdo, pusieron en su boca un gesto amargo, en torno de sus ojos iluminados, hondas sombras nocturnas y, en sus versos, esa palpitación patética que les dá entidad por encima de la sóla literatura:

“En vano hemos buscado por diversos caminos
la ruta azul que lleva a la ideal Bizancio.....
y hoy, vamos al puerto de tus brazos divinos
pobres de voluntad y exangües de cansancio.

“A idolatrías locas nuestro amor ofrendamos
cuando Placer y Vida creíamos infinitos.....
Y, hoy, a tus pies, aquellos despojos arrojamos
atados con la cinta de los sueños marchitos.....

“Madre, la vida enferma y triste que me has
(dado
no vale los dolores que ha costado;
no vale tu sufrir intenso, Madre mía,
este brote de llanto y de melancolía.....”

El pensamiento del poeta vivía y se alimentaba, muchas veces, sólo de recuerdos, de ideas y de emociones de la edad infantil, lo cual venía a oscurecer, mayormente, el destello que le quedaba de luz objetiva; porque eran recuerdos de tiempos y acontecimientos lejanos de la realidad presente:

“De nuevo son las rosas de Octubre, Otoño mío!
Han escondido el sol en una cueva oscura.
Y los pálidos dedos del inmortal Hastío
estrujan—rosa seca—mi *pasada ventura*....

“Oh! líricos tiempos de la gorra y la blusa
y de la cabellera rebelde que rehusa
la armonía de los peinados maternales....

“El sol es el amigo más bello de la Infancia!
nos miento tantas cosas bellas a la distancia”.

Y la astenia psíquica, y el cansancio del psicasténico, caracterizados por deficiencias en las aptitudes o inclinaciones de determinadas funciones psíquicas creando un estado ansioso de *inaptitud*, tienen su límpida exteriorización en una de sus “Estancias”:

“Ni un ansia, ni un anhelo, ni siquiera un deseo
agitan este lago crepuscular de mi alma.
Mis labios están húmedos del agua de Letheo:
la Muerte me anticipa su don mejor: la Calma.

“*De todas las pasiones llevo apagado el fuego*”

no soy sino una sombra de todo lo que he
(sido....”

Siempre el tono de la lírica del poeta, es tranquilo como revelación de su ritmo psíquico: la gran trizteza, el tedio, el fastidio de la vida, el lamento de la juventud perdida, antes de llegar plenamente a ella; el dolor del desierto que rodea su existencia; la impotencia para la satisfacción del amor; todo ello es expresado sin el tono de cólera y de desdén contra la naturaleza y los hombres, sin grados excesivos de furor y de impaciencia; sin la irritación convulsiva del *extrovertido* anímico:

“La absorta muchedumbre, desde entonces, me
(ha visto
—los ojos encendidos por la sagrada fiebre,
la frente coronada de espinas como Cristo,
las manos temblorosas de melenudo orfebre—

“Desdeñando las fútiles cosas del Universo,
consagrar mi existencia al apolíneo rito;
así tiene mi vida la *armonía* de un verso,
y es *rítmico sollozo* lo que *naciera grito!*....”

Y, por último, la idea fija, obsesiva de la Muerte, como una expresión monoideísta de psiconeurosis, está—como dije antes—repetida y acariciada en infinidad de veces en casi toda su lírica, o en gran parte de ella, por lo menos.

En “Después”, se expresa así:

"Se extinguirán mis años ardiendo como cirios
a tus plantas; las rosas de mis sueños,
mustias por los días,
regarán a tus pies sus difuntas corolas.

"Y habrá un sol que ilumine
mi cuerpo—ya sin alma—negra copa
de una esencia de infinito.... y el sueño
será definitivo...."

A este respecto, me satisface íntimamente, que esta comprobación psicopatológica de la idea obsesiva de la muerte, del sueño definitivo, la haya advertido, también, el Dr. Falconí Villagómez, cuando en su bello y sugestivo estudio titulado "Sueño y Ensueño", dice:

"En Medardo Angel Silva, el sueño definitivo era una obsesión. Oigámosle en sus versos de "La Extraña Visita", presagios de su próximo fin:

"Por la noche la Muerte las alcobas visita
donde dormimos nuestros apetitos bestiales (*en-*
soñación)
y buen vendimiador, los frutos escogita
do sus vendimias eternas.

"Una vez, a mi lado, llegó calladamente,
y cual si fuera un miembro próximo de familia
(alucinación).
me acarició las manos y me besó la frente.

“Y, desde esa vigilia,
 ella marcha conmigo y se acuesta a mi lecho
 y su mirar oscuro toda mi vida abarca (*obsesión*).
 No ves, por mi actitud, que estoy como en acecho
 del rumor con que boga la misteriosa barca?-----”

El poeta ha visto en sueños o ha escuchado, insomne, el sordo bogar de la barca de Caronte, y trataba a menudo de dárnoslo a entender. La voz del *peristhanatos* en que no creíamos, como decía Gonzalo Zaldumbide, en el prefacio de sus “Poesías Póstumas”.

Y, por fin, sintiendo toda la angustia del vacío, todo el horror de la nada, que, sin embargo le atraía como un embrujo tropical, como dijo en “Actitud”: su corazón, como un clown de Banville, hizo una pirueta y, de un salto mortal, voló al Infinito-----

No quiero ni me corresponde, dentro de la intención de este Ensaño, hablar sobre las influencias literarias que obraron sobre la lírica de Medardo Angel Silva. Sólo diré que, para mí, ninguna influencia llegó a predominar, supeditando su originalidad propia. Pueden, acaso, percibirse, un tanto borrosas, en algunos aspectos de su expresión, influjos de Darío, cuyo imperio fué continental. Gonzalo Zaldumbide, afirma esta afinidad y esta semejanza, diciendo que: “versos, estrofas, poemas hay de Medardo Angel Silva, que bien

pudieran pasar por inéditos de Darío, sin que haya allí indicios de nemesis ni que se trate de imitación inconsciente, sino para ensalzar una resonancia que denota la fuerza del cristal herido”.

Pero creo yo, sinceramente, y con perdón del reputado crítico, que el mundo de las imágenes de Silva nacia tiene de aquel mundo gracioso de la sensualidad pagana, con sus *rosadas ninfas*, sus faunos flautistas y sus juegos amorosos sobre la hierba. El suyo es un mundo interior, sombrío y atormentado en el que arden trágicas hogueras.---

También ha creído hallarse influencia de Baudelaire y de Poe, acaso en sus partes sombrías; así como en Moreas, por la acompasada sobriedad del ritmo. Pero la misma diversidad de revelaciones, bastaría, digo yo, para definir una soberanía propia. Ninguno de los poetas citados, ni otros que acaso pudieran citarse, dejan presa su huella de dominadores en ese suelo personalísimo. Las tempestades y las germinaciones de ese espíritu dislocado y enfermo, han confundido o borrado los rastros que hubieran podido existir. ...

Semblanza Biotipológica
de don
JUAN DE TARFE

PSICOLOGIA DEL SEUDONIMO

Ramón Gómez de la Serna—ese sutil y paradójico humorista—decía que la carátula del seudónimo va quedando ya como un bello aditamento del teatro dramático de la literatura de artaño. Y que ese atributo ideal del pasado no puede usarse hoy porque todo sucede bajo una luz demasiado clara y meridiana para que sirva el esbozarse bajo la hopalanda del seudónimo.

“En este mundo sin misterio—dice—todos sabemos quién es cada cuál y qué trampas hay en su alma; y en la cruda escena de hoy, todo encubrimiento sería un poco defensivo, con los rasgos monstruosos de las caretas contra los gases asfixiantes . . .” Acaso pueda ser verdadera esta observación y, efectivamente, la literatura contemporánea—se nota—apetece menos del seudónimo. Pero, psicológicamente, hay que reconocer que—ayer, hoy y mañana—el seudónimo le desprende al escritor de lo más pesado de si mismo. Lo coloca frente de si, como una invención más de su imaginación. El escritor, el hombre con seudónimo, convive con sus personajes y puede trascender la puerta de su fantansía como un espía lleno de realidad.

Hay, sobre todo, casos en los que el seudónimo tiene el sentido de una aparición subconciente y delicada. Porque de la expresión exterior de un nombre pá-

sase al estado de conciencia y a la emoción consiguiente que ese nombre sugiere, lo cual origina la simpatía por ese otro personaje y la absorción de la propia personalidad. Frecuentemente, el proceso psicológico se enardece y llega a confundirse con el mecanismo de una imaginación creadora, que convierte el seudónimo en personaje real, obsesionando el ánimo del seudonimado, el cual se identifica con el seudónimo, hasta que puede liberarse de esa esclavitud, consagrándolo y encarnándolo en una nueva creación humana, como un misterio de inmortalidad, aparentemente absurdo, de una pura invención imaginativa, a veces, de otro escritor.

“Figaro”, nos da en España un ejemplo real de esta dirección subconsciente, que hasta lo lleva al suicidio real. Ese nombre con que se ha bautizado viene del personaje francés, cuyo espíritu frívolo a la par que dramático, se sintetiza en estas frases, que son como un lema: “Me apresuro a reír de todo, para no tener que llorar por todo”. “Figaro”, se siente dueño de su seudónimo; es el propio personaje, y un día piensa en que puede suprimirlo de un pistoletazo y, como en duelo consigo mismo, saca una de las pistolas que tiene para los lances de honor y borra del mundo su seudónimo, el que se lleva consigo a Don Mariano José de Larra.

Y en Francia, en pleno romanticismo, la indiferenciada Aurora Dupin, bebe champán bajo el seudónimo masculinizante de “Jorge Sand”.

Siempre me he imaginado que, entre nosotros, ese espíritu refinado, psicólogo penetrante, buen discernidor

de la belleza. alquimista de la sensación, que sabía destilar el vino embriagador de las emociones en un extracto quintaesenciado, DON JUAN DE TARFE, vivió más des-
 envuelto y como más aligero gracias a este seudónimo
 rotundo, jovial y misterioso, que es como el símbolo de
 "aquella España inquieta, caballiril y andariega, que te-
 nía por fueros sus bríos y por pargmáticas su volun-
 tad", al decir de Said Armesto.

Porque el DON JUAN—de Tirso y de Zorrilla—es,
 ante todo, una energía instintiva, triunfal y arrolladora.
 Es el instinto y la emoción sobre la ley. La fuerza sobre
 la autoridad. El capricho sobre la razón. Según la frase
 de Ganivet: la personificación de aquellos hidalgos cuyo
 ideal jurídico se reduciría "a llevar en el bolsillo una
 carta foral con un solo artículo: este español está auto-
 rizado para hacer lo que le de la gana . . ."

Y en este sentido, la concepción de DON JUAN, rea-
 liza imaginativa y subconscientemente, el sueño íntimo de
 Emmanuel Honorato Vázquez, espíritu inquieto, ardiente
 y exhuberante que, con una emotividad tan expresiva y
 tan pronta a exteriorizarse en el gesto, en la actitud, en la
 fisonomía, supo encarnar y crear un nuevo tipo de Don
 Juan, el DON JUAN DE TARFE, que es el tipo vivo, esta-
 llante de pasiones diversas, de ese mito español tan rico
 y tan humano.

Y cabría la curiosidad acerca de si los rasgos de
 la creación literaria corresponden a los fenotípicos de la

personalidad y del carácter de este nuevo DON JUAN, el DE TARTE.

¿ MITO O REALIDAD ?

DON JUAN es un personaje literario, es cierto; un ser simbólico que vive en un mundo inaccesible a nuestras inquisitivas interrogaciones. Pero no es admisible, tampoco, que las creaciones literarias geniales, sean imaginativas. Los personajes tienen una realidad: bien realidad episódica, bien realidades psicológicas más profundas, porque son la síntesis de una psicología humana y hasta colectiva. Como es el Quijote, que representa una proyección de una realidad psíquica subconsciente y específica de la raza ibera. Proyección amplia de la potencialidad heroica y romántica. El quijotismo no es una fantasía ni un problema: es un imperativo de la conducta, que busca una realización noblemente percibida; realización de imágenes que no son alucinatorias, pero teñidas de un misticismo pseudo—alucinatorio, porque, inundan al mundo con la desbordante energía interior que procede de aquella inmanente sed de justicia de un pueblo, cuyo trágico destino le ha creado realidades que él mismo desconoce y que, a veces como en el caso de DON JUAN, las califica de mitos.

Se ha dado en llamar hijos de la fantasía a los personajes creados por el escritor. Los centenares de tipos descritos en las novelas y en el teatro, cuya vitalidad es efímera, son, sin embargo, retratos más o menos fieles del ambiente de la época. Pero los grandes tipos que se immortalizan en las obras cumbres de

la literatura, parecen, siempre, creaciones imaginativas de los genios poéticos. Y hemos de reconocer que estos tipos humanos tan originales, son ampliaciones de una realidad que se halla en latencia en la mentalidad del escritor. Para algunos, los héroes imaginativos tendrían sólo la virtud de despertar problemas morales; pero no son sólo problemas morales, sino estructuras sedimentadas de la vida subconsciente. Serían complejos, usando la terminología freudiana, porque los personajes de la fantasía iluminan esa zona oscura que es el plano ignoto de la consciencia.

Por eso, el estudio psico-analítico de DON JUAN, debería ser abordado por algún escritor, para mirar bajo otro prisma, distinto del que se ha mirado hasta ahora, y así comprender mejor el problema que no se lo puede resolver de plano y unilaralmente—como lo han pretendido con sus aportes a la bibliografía donjuanesca, los estudios de investigación de Said Armesto, Menéndez Pidal y Americo Castro; las interpretaciones literarias de Valle Inclán, los hermanos Quintero y Azorín; los comentarios de Pérez de Ayala, Clarín Eugenio de Ors, Díez Canedo y Machado; y los admirables estudios de Marañón, Ortega y Gasset, Ramiro De Maetzu, José Ingenieros y el último, cronológicamente, del profesor Juan Cuatrecasas—ya que no se trata de un solo DON JUAN, sino de una larga serie de diversos Don Juanes de tipo universal, que sólo ofrecen algunos rasgos en común.

GENESIS DE DON JUAN

Es tan numerosa la literatura sobre el tipo de Don JUAN, que parece ya agotado el tema. Cabe tener presente que el donjuanismo ha servido además para crear a su alrededor —con ampulosidad y exageración— una variedad de psicología sexológica considerablemente dilatada. Porque la atención de los críticos y de los comentaristas se ha dirigido a la vida sexual de Don Juan. Y, en realidad, el Don Juan de Byron, el de Shaw, el de Moliere, el de Tirso y el de Zorrilla, tienen de común una especial actitud amorosa, que según los autores y los lugares, adoptan matices variados dentro del mismo tipo.

Pero DON JUAN ofrece, aparte del aspecto sexológico, otros rasgos que, por sí solos, dan vigor al personaje. Debe haber un donjuanismo que se desvíe lejos del campo sexual y que, hasta ahora, ha sido enmascarado por la preocupación nacida al rededor del llamado mito donjuanesco.

No deseo entrar en este trillado aspecto de la personalidad de Don Juan, ni en el vasto campo de su bibliografía. Deseo solamente hacer resaltar el peculiar carácter de la figura de DON JUAN y tratar de compararlo con la no ya literaria, sino humana creación de nuestro Don Juan de Tarfe, cuya vida conservó siempre algo de las pasiones exaltadas del Don Juan español; y por eso, por un proceso de cerebración subconsciente, llegó a encarnar el tipo. Porque se nace Don Juan, como se nace Werther. Y Don Juan de Tarfe tuvo, para encarnarlo, esa

exquisitez de los sentidos, esa intensa emotividad, esa rápida reacción a los excitantes, que son cualidades naturales que acompañaron al verdadero DON JUAN.

Para ello, me servirá, previamente, recordar a la ligera, la NATURALEZA, la GENESIS, del personaje creado por los genios españoles.

Pérez de Ayala dice que antes de llamarse DON JUAN, es un anónimo que pulula en todas las lecturas de la edad media; es simplemente un hombre impío, alardoso de su impiedad, que por chanza convida a comer a un muerto o a una estatua. Tirso de Molina, toma a este individuo anónimo y con él forma su DON JUAN BURLADOR DE SEVILLA. El DON JUAN, de Tirso, posee ya las cualidades donjuanescas definitivas que Zorrilla pintara, tan humana y bellamente en su DON JUAN TENORIO.

Y Ramiro de Maetzu, cuando interpreta una poesía de Baudelaire ((Don Juan en los Infiernos)), y probando la españolidad de DON JUAN, dice que esa visión del donjuanismo es el espectro universal, y la razón de que sólo el espectro sea común a todo el mundo es que, tan pronto como nos ponemos a preguntar por el alma de esa figura singular, han empezado a multiplicarse los donjuanes, al punto de que cada nación y aun cada artista ha concebido el suyo; lo que no es obstáculo para que todos ellos puedan dividirse en dos grandes clases: el Don Juan de los pueblos del Norte, que es el enamorado, y el Don Juan de España, el de Tirso y el de Zorrilla, que es el burlador.

Y todos, o casi todos, los que han estudiado la evolución de la leyenda de Don JUAN --menos Unamuno, Ortega y Gasset y Marañón— no han podido desaprecibir la simpatía creciente que el tipo inspiró a los autores y a los públicos. En Tirso, era un malvado; en Zorrilla, se enamoró en la aceptación más sentimental de la palabra: en Moliere, es un rebelde; cuando llega a manos de Mozart, está rebosante de gracia picaresca. La generación romántica se inclina a mirarlo como un sacerdote del amor y de la belleza. Y, al fin, los individualistas y los nietscheanos, le preparan un pedestal, mostrándonos un Don Juan super—hombre, armado de cualidades excelentes para combatir con todo lo que es arbitrario y convencional.

El aspecto sexológico mismo del personaje, considerado en su solo aspecto de reacción ante el medio, representa—como lo hace notar Cuatrecasas—la reivindicación exaltada de los impulsos biológicos del instinto sexual, coartado por el ascetismo imperante. Hubiera sido imposible siquiera manifestar la necesidad de una mejor valoración del amor sexual en aquella época de misticismo y de teorismo frío en la ética del sexo, cuya influencia ha sido tan definitiva sobre las generaciones posteriores.

Pero a un místico de profesión como Fray Gabriel Téllez (Tirso de Molina), el subconciante le traiciona y le encumbra a un pecaminoso personaje, para quien no hay vallas a sus libres impulsos. Presenta su conducta como satánica, pero rodea al personaje de otros atribu-

tos que le hacen inmune ante el mundo, aunque no ante el propio tribunal divino. Qué es ello sino la tácita protesta del instinto sexual reprimido, contra la total anulación y condenación del mismo, decretada por el ambiente de la época?

La moraleja del autor encubre el silencioso elogio que resulta de la figura del pecador. Al igual que Anatole France, en su psiquiátrica figura de Pafnucio de la novela "Thais", Tirso de Molina quiere condenar lo que, en realidad, analtece. Zorrilla, ya ira más lejos: la justicia divina perdonará sus pecados a DON JUAN por el amor de Doña Inés.

Porque el DON JUAN, a pesar de las críticas biológicas de Marañón, fué un admirable producto de la naturaleza. Hombre de tipo agraciado, con las más felices cualidades físicas, guapo, fuerte, elegante, distinguido, luce un admirable ingenio, es galante por naturaleza y tiene esa gracia innata que es lo opuesto del estiramiento y de la afectación. El optimismo de que rebozan sus actos, es en él una de sus fuerzas de atracción. Emancipado de prejuicios, ignora ese sentimiento trágico que la sociedad feudal—que hacía gala de execrar el amor y de considerar como pecado el más natural de los sentimientos humanos—llama virtud. Si todo es bello y armonioso, por qué afean la vida con preocupaciones que violentan su naturaleza? Tiene DON JUAN la generosidad suficiente para no mesquinarse y es bastante atrevido para desgarrar las telarañas ilu-

sorias de los dogmatismos sociales. Ha medido la vida, sus dichas, sus penas, y da para ella todo lo que vale, pero nada más. Y este doble ritmo de libertad y de expansión que vibra en sus actos, constituye el atractivo de su personalidad, cuando menos, para todos aquellos que están cansados de esclavitud y saturados de una pedagogía anti—instintiva. Atrae al subconsciente colectivo, porque es la personificación de un fenómeno psicológico común a la mentalidad española y que yace, oculto y encerrado, en la mayoría de los espíritus, en los que el elemento emotivo domina el círculo de sus operaciones psíquicas.

El mito de DON JUAN es, pues, una idea que, históricamente, se engarsa en el subconsciente y se hereda a través de las generaciones. Y esa es su significación en la reaparición o recreación del personaje— con su propia caracterología y su inconfundible temperamento— en el seudónimo de JUAN DE TARFE, con una estructura que es, a la vez, subconsciente y consciente porque constituyen dos simples extratos del mismo contenido, en los cuales es difícil hallar la línea divisoria.

Y así, el personaje romántico e imaginario, fué asimilado subconscientemente a su área mental y Emmanuel Honorato Vázquez, identificándose con la emoción que ese personaje despertaba en él, humanizó y vivió— con más realidad que una ficción literaria— esa otra personalidad, que lo tipica psicológicamente: la de DON JUAN DE TARFE.

PSICO—BIOLOGIA DE DON JUAN DE TARFE

JUAN DE TARFE vivió una existencia multiforme y afanosa. Fué como el símbolo o síntesis de la inquieta conciencia de este Siglo, agitada por la sed de un ideal y los extremecimientos de la pasión.

He dicho que la psicología de DON JUAN español, era, ante todo, una energía triunfal y arrolladora. Tendencia a la liberación de influencias abstractas, contrarias a la naturaleza que van—con una educación anti—instintiva— a alcanzar un tipo uniforme de comportamiento social.

Y esta era, también, la esencia psicológica de Don JUAN DE TARFE: la expansión triunfal y desordenada de su personalidad—como EXTROVERSO que era—sobre bases bioinstintivas, pero encauzadas, torneadas por la autoregulación biológica, hasta llegar a sublimar el impulso instintivo de un sistema sentimental, ideológico y normativo a la vez. Tal es la génesis de una ética biológica arraigada en la naturaleza del hombre: de una ética humana; de esa ética que fué la ironía irrespetuosa de JUAN DE TARFE, porque se revuelve contra una moral de esclavitud y de prejuicios, como una asfixia biológica de los instintos, tendencias y emociones individuales.

De aquí que la inconclastia de JUAN DE TARFE se hace evidente ante lo más intocado de su ambiente, amasadamente vertical y austero, de esta MORLAQUÍA que se sentía desplazada de su ritmo apacible y

monocorde, con la teatralidad vanidosa de sus extravagancias, de sus aventuras de peregrino del arte, que ha quedado como una leyenda dorada de una profunda e irresistible atracción. Y la leyenda es el más seguro indicio de la estimación que el pueblo hace de los elegidos que más apasionadamente conmovieron su ánimo.

Parecía que el sentimiento tumultuoso y desenfrenado en él tuvo siempre una original e inefable expresión; era como fruto vedado que despertaba el ansia de cogerlo.

Las frías leyes sociales, plenas de incomprensión y de desconocimiento, serán para los otros. El sabrá burlarse con eficacia y hasta con elegancia. Y acomete la utópica empresa de crear un nuevo terreno, un mejor clima. más biológico y más humano. Arpira a liberar de la esclavitud formalista a los espíritus selectos de esta "ciudad de la paz", recostada sobre las azules colinas del ensueño, muy distante todavía de la ciudad cosmopolita y complicada como un cerebro, donde toda excitación va a convertirse en percepción refinada y donde toda reacción que parte de ella, lleva el sello de la amplitud consciente. Y crea, para ello, en lo literario, un género breve, original, lapidario: los PUCHUS, fragmentos de su espíritu refinado y aristócrata, cuyas hondas raíces subconscientes están ligadas al proceso de su donjuanismo.

Su vida fue un poema vivido de la hombría op-

timista de DON JUAN. Sintió la fiebre perpetua de la pasión y embelleció con su ingenio todo lo que aünó: su clásica capa española y su sombrero de anchas alas —apropiación subconsciente del españolismo de Don Juan— el cuadro antiguo de desconocido pincel, el códice de descoloridas páginas, la panoplia de armas raras, el manto de seda de las damas de antaño. . . Su vasto museo artístico—laboratorio y crisol para depurar su exquisita personalidad—de seguir existiendo hasta ahora, habría conservado, al través de los tiempos, los ritmos de su corazón, cual sus breves poemas en prosa, que son jardines de primavera eterna.

No hay duda que para alcanzar este grado de exquisitez, que alcanzó DON JUAN DE TARFE, se necesita de una lenta preparación hereditaria que forme y eduque esa facultad artística. Y Tarfe, tuvo en demasía la beneficosa herencia espiritual de ese artista sublime, blasón y orgullo de su existencia: Don Honorato Vázquez, ese esteta pleno de excelsitud que nos lo dió esta privilegiada tierra de Santa Ana de los Ríos de Cuenca.

La temperamentología, aplicada al estudio de los grandes exponentes de la cultura humana, ha dado resultados apreciables, pues la lectura de las biografías, autobiografías, de hombres que se destacan en el plano de la colectividad, han servido para clasificarlos, investigando y descubriendo el por qué de sus formas y funciones, para el establecimiento de sus perfiles bio—psicológicos. Es claro que esta aplicación, indirecta tal

vez, carece de interés inmediato; pero si se reflexiona en lo que ella significa para la "estimativa de los valores", se puede suponer cuán hondas y definitivas pueden ser las proyecciones sociales de esta clase de estudios.

Las conclusiones de la investigación científica contemporánea, han llegado al punto de demostrar que el temperamento y el comportamiento del individuo, están íntimamente ligados a las variaciones somáticas, bajo la admirable dirección de los sistemas esenciales de coordinación: el nervioso y el glandular endocrino. A este propósito, conviene citar el criterio de Marañón: "Yo no digo—expresa el sabio endocrinólogo español—que en el moldeamiento del temperamento y del carácter, sean las glándulas de secreción interna los únicos artifices; pero sí afirmo que no conocemos, probablemente, otro criterio mejor para clasificar estos temperamentos que el estado funcional de dichas glándulas, cuya secreción actúa, a la vez, y de un modo directo e intenso sobre la morfología de la vida psíquica".

Si nos atenemos al criterio de Krestchmer, el temperamento es la actitud afectiva total de individuo, definida por dos factores esenciales: la SENSIBILIDAD, o susceptibilidad afectiva y el IMPULSO. Por esto, el temperamento obra las cualidades psicológicas, como la psicoestesia, es decir, la hipersensibilidad o insensibilidad ante los estímulos psíquicos; sobre la DIATESSIS, es decir la acentuación grave o triste de los con-

tenidos psíquicos; sobre el TEMPO PSÍQUICO, o sea, el ritmo especial de los procesos, aceleración o retardo del curso psíquico; y, por último, sobre la PSICOMOTILIDAD, es decir, el ritmo general del movimiento, que puede ser rápido, tranquilo, desfalleciente, apresurado, vigoroso etc.

JUAN DE TARFE, fué un tipo psicológico EXTRA-VERTIDO --en la clasificación de Jung-- porque siempre los motivos exteriores vinieron a ser el motivo de su expresión afectiva directa, cada día más influenciada con la dirección artística y refinada que supo imprimir a su personalidad. Sus vivencias, estuvieron en relación directa con la realidad. Sus actos, influenciados por los excitantes externos. Y, por eso, fué predominantemente perceptivo. La supremacía de la función psíquica de la percepción, sobre la reflexión y la intuición. Fué el genial percipiente, emotivo profundo, incontenible e inaprehensible, que supo sentir la fruición de actividades perceptivas de elevadísimo grado.

Y siguiendo la dirección temperamental y caracterológica de Kretschmer, que estudia, al mismo tiempo, las relaciones de estructura corporal y de las manifestaciones psíquicas, a JUAN DE TARFE se le podría encasillar dentro del tipo CICLOTÍMICO, porque predominó en él la sociabilidad fácil, la continuidad del estado de ánimo, la alegría, el humor, la euforia, la viveza y la vehemencia. Y, efectivamente, hasta su tipo corporal, fué el PÍCNICO: desarrollo de la latitud sobre la longitud; desarrollo de la cabeza y el tórax, piel elástica y turgente, cabello laxo, suavemente ondulado,

estructura grácil del aparato locomotor, etc., en una palabra, todo aquello que le dió esa elegancia nativa, que se manifestaba en la actitud y en el tono y en un no sé qué de altanería y de despreocupación que le daba predominio y fascinación sobre las almas. La sugestión, decididamente, emanaba de su persona y arrastraba una simpatía creciente, dejando tras de sí discípulos devotos y admiradores entusiastas.

Es curioso notar que en el estudio biológico del Don Juan Español, que hace Marañón —como si fuera un ser vivo de carne y hueso con su anatomía y su historia clínica particular— dice que la belleza de Don Juan, harto atildada, grácil y lampiña, no corresponde al tipo de hiper—varón, con que todos los públicos le han distinguido. Y, en cambio; los detalles anatómicos de DON JUAN DE TARFE y su morfología general —modelada por la armónica secreción interna de las glándulas tiroides, suprarrenales y gonadales— reproducen ampliamente la belleza varonil, recia e hirsuta, representativa de los CARACTERES SEXUALES SECUNDARIOS, de que nos ha hablado el mismo Marañón, es decir, esos aspectos físicos, psíquicos, espirituales morales de la masculinidad, que los tuvo en equilibrada y perfecta dosificación, nuestro auténtico caballero Don Juan de Tarfe, el reencarnador subconsciente de la figura legendaria, dentro de la generación rebelde, romántica y simbolista de su época.

JUAN DE TARFE EN LA REALIDAD

Si el Don Juan español —el Burlador, de Tirso,

y el Tenorio, de Zorrilla— era para una sociedad feudal el peor de los pecadores, hasta exornársele con las cualidades propias que le acercan a las puertas del infierno, el nuestro, el de Tarfe, el que supo saltar esas tapias, altas como pasillos de cárcel, que nos quitan la vista, ensombrecen el aire y paralizan la acción; esas vallas que cercan el claustro donde vivimos los demás hombres atormentados por la conciencia de nuestras limitaciones, por las que las leyes sociales nos imponen y por la anticipación de las consecuencias de nuestros actos; ese Don Juan de Tarfe, que encarnó la energía inagotable e infinita de la emoción perceptiva y sensorial, para llegar, por todos los caminos, al climax triunfal del arte, sin resignarse al hartazgo que viene con el hábito, ni al disgusto que nace de la obligación; ese Don Juan de Tarfe, diletante, por exceso de vida que, en íntima comunión con esos espíritus selectos —que también como a él ya los consumió la vida —de Cornelio Crespo y Alfonso Moreno Mora— para no citar sino los idos—ofició los ritos de la belleza suprema en los altares de AUSTRAL, ese cenáculo de exquisitos y dionisiacos refinamientos; ese Don Juan de Tarfe, cuya intensidad de sentimientos sólo pudo ser regulada por el arte, fue en la vida sólo el elegante y exquisito cultivador del arte en todos sus matices, el sutil sembrador del arte en donde se creyera dominio de esterilidad. En su personalidad, sólo se puede ver elevación, nobleza, refinamiento, aristocracia, que están por encima de sus poses de bohemio trashumante, y a sus vanidosas fabulaciones satánicas, que no tenían

otro móvil que el de EPATÉ LE BURGOIS. El gesto en él, fué siempre distinto del contenido ético.

Y en la vida real, humana como en la naturaleza, cada estación tiene sus frutos. La juventud de Don Juan de Tarfe, fué una alegre primavera que iba a asegurar ~~para~~ el estío de sus sentimientos — que no lo puede sentir — la perennidad de sus más nobles atributos.

La INVOLUCION del héroe zorrillesco y el destino fatal de su valor, ha sido recogida en una magnífica producción que ha pasado casi inadvertida y que parece representar otra fase histórica del personaje. Es "El hijo del diablo" de Montaner, que es un bello simbolismo de la infecundidad verdadera del amor donjuanesco y de la caducidad genotípica de la hidalguía tenoriesca. Su herencia, el cementerio donde él mismo ha de recrearse en contemplar su lúgubre obra: los fríos mármoles de las estatuas de sus víctimas y los esqueletos de sus propios amigos, único trofeo de su victoriosa existencia. . .

En cambio, de Don Juan de Tarfe, del refinado y auténtico hidalgo, pleno de aristocracia espiritual, del que sabía vestir su bohemia con gesto elegante y ofrecerla en vaso de oro transformada en mito, la vida — con esa interpretación ideal y apasionada que siempre la supo dar, hizo de él el más tierno padre para que renazca en sus hijos y les trasmita la antorcha que alumbra el devenir eterno de la vida. . .

LAS IDEAS BIOLÓGICAS
DEL P. SOLANO

"LAS IDEAS BIOLOGICAS DEL P. FEIJOO" Y
 LAS IDEAS BIOLOGICAS DEL P. SOLANO.

Nada más oportuno y lógico que el libro del eminente Gregorio Marañón, "Las ideas biológicas del P. Feijóo", suscitará en mi espíritu la similitud y el paralelismo entre el Benedictino de la España legendaria y el Franciscano de la América India.

Y el título del libro de Marañón puede servir igualmente para la visión del temperamento y la crítica de las concepciones biológicas de este otro sabio, descalzo de la Orden de San Francisco de Asís, que, ávido de luz y de contorno, necesita hoy del biógrafo y el erudito de recia mentalidad, que nos enseñe, con amor y sagacidad, las intimidades de su espíritu y la belleza de sus concepciones científicas, intuitas más que asimiladas, en proceso de adivinación mental, en floración exuberante y prematura, en el ambiente de su época, raquíptico y endeble para todas las disciplinas del conocimiento.

Acaso sólo la misma pluma del Maestro que supo redescubrir el espíritu y la obra del P. Feijóo, podría hacer el homenaje ardoroso de la perenne grandeza enciclopédica del P. Solano.

• Porque Gregorio Marañón, supo poner el nervio,

el alma y el palpitante de su sangre en este libro admirable y sugerido, aristotélico en cuanto a la sutil elaboración de sus conceptos, y platónico en cuanto al efluvio ideal que envuelve, como una atmósfera, el análisis de la realidad científica. A un tiempo clásico, como construcción intelectual, y romántico, como sentimiento que resume de su forma. A la vez categórico y poético. Rarísimo maridaje en este género de obras.

Hay escritores, los más dilectos, que se leen porque uno está cierto de que siempre dirán, bella y precisamente, lo que todavía flota oscuro e informe en nuestra conciencia. De este linaje es, para mí, Marañón, espíritu maestro que se adelanta en penetración y claridad y me incita y sugiere a seguir, con la vacilante e incierta verticalidad del infante, por entre el delicado andamiaje del saber mirar retrospectivo, de tan fecundas como peligrosas oportunidades.

Y, contraatacando lo que debe ser con lo que es este Ensayo, excluya el fervor ardiente y generoso de mi intención, todas las flaquezas y los extravíos con los que he podido seguir el pensamiento sutilmente biológico de Fray Vicente Solano, el monje austero y múltiple: constructor premioso, obrero utilísimo, arrebatado por flamantes alas de fiebre, más allá de su propio afán; combatiente y director de naves aventuradas de trapo hasta la quimera, apóstol con frecuencia inspirado hasta la adivinación. Figura máxima de sabio: nadie, en su época, más magistrado, más misio-

nero, más orador, más naturalista, más campesino, según los casos. Tenía algo de los profetas bíblicos: desmesurado, épico, atronador, pero con un amor profundo a la Naturaleza, que era para él: escuela y despensa; cultura, economía y medicina; relación del hombre entre la materia y el espíritu. . .

Salvo muy secundarios detalles de matiz y modalidades de forma, en que el P. Solano es incomparable, por la gracia y la densidad de su estilo, a un tiempo color y línea, música y concepto, con poquísimos escritores españoles del siglo XVIII, su temperamento y sus conceptos científicos, la razón y las finalidades de su obra vulgarizadora son tan afines como con el P. Feijóo.

El mismo P. Solano se anticipó en el sentido de la similitud e identidad de su obra —que es preciso rubricarla hoy en su certera posición— con la del P. Feijóo, cuando dice: "Al P. Feijóo le parecía que la España estaba sumergida en la ignorancia, porque no se cultivaban en ella las matemáticas, la física y la historia natural, y con esta idea emprendió la obra del TEATRO que arrojó el germen de la ilustración. Lo que el sabio benedictino decía de su patria, digo yo de la mía. No basta que tengamos doctores en Derecho, Teólogos y Gramáticos. En suma, si el Ecuador quiere elevarse a la altura de las naciones ilustradas, es menester que se persuada de que no debe contentarse con lo que tiene; porque, entonces se dirá lo que Rousseau

de España". (1)

Cómo se revela la similitud de sus pensamientos y de sus intenciones en las palabras plenas de una profunda y genial ironía, que guardan ambos monjes en el fondo de su rebeldía acusadora: "Mientras en el extranjero —exclamaba el P. Feijóo— progresa la física, la anatomía, la botánica, la geografía, la historia natural, nosotros nos quebramos la cabeza y hundimos con gritos las Aulas sobre si el Ente es unívoco o análogo; sobre si trascienden las diferencias; sobre si la relación se distingue del fundamento, etc"... Y el P. Solano, se burlaba ya "de los doctores en teología y en ambos derechos, médicos y gramáticos". "Nada somos —dice— si no comemos, dormimos, bebemos, vestimos, pensamos, leemos, escribimos a la europea; pero, al mismo tiempo, charlamos como unas cotorras sobre la libertad, independencia absoluta... y doscientos mil disparates a ese tenor".

"El mayor mérito de Fray Vicente Solano —dice Víctor Manuel Albornoz— consiste en lograr ser escritor nacionalista antes que ninguno de los de su tierra, en esa época, y lo que es más, en destacarse solo o casi solo, durante casi toda la centuria, en que nuestros literatos, emancipados en lo político, permanecen fieles al modelo metropolitano". (2)

Efectivamente, tanto más que hacer ciencia, le

(1)—Segundo viaje a Loja. Obras comp. T. I.

(2)—V. M. Albornoz "Fray Vicente Solano" 1942.

preocupa al P. Solano hacer o rehacer el prestigio histórico de su país al través de la ciencia. Es la conciencia dolorida de su nación, menospreciada por los extranjeros venidos en misión científica por estas tierras de América, lo que le mueve, no a revolveirse airada y estérilmente contra el juicio apasionado de Caldas, por ejemplo, sino a rectificar ese fallo de los demás pueblos y de los demás hombres, con una heroica obra personal, encaminada a salvar el presente y el porvenir más que a rehabilitar el pasado.

El sabio Solano pudo también hacer suyas estas grandiosas e insuperables palabras que Ramón y Cajal pronunciara, a comienzos de este siglo, en ocasión de haberle sido entregado el premio internacional de Moscú, dirigiéndose a la juventud universitaria que le oía: "No soy, en realidad, un sabio sino un patriota; tengo más de obrero infatigable, que de arquitecto calculador. . . . La historia de mis méritos es sencilla: es la vulgarísima historia de una voluntad indomable, resuelta a triunfar a toda costa, al contemplar melancólicamente, allá en mis mocedades, cuánto había decaído la Biología en España, y cuán escasos habían sido los compatriotas que habían pasado a la historia de la medicina científica, formé el firme propósito de abandonar, para siempre, mis ambiciones artísticas, dorado sueño de mi juventud, y lanzarme osadamente al palenque internacional de la investigación biológica. Mi fuerza fué el sentimiento patriótico; mi norte, el engrandecimiento de la toga universitaria; mi ideal,

aumenta el caudal de ideas españolas circulantes por el mundo, grangeando respeto y simpatía para nuestra ciencia, colaborando, en fin, la grandiosa empresa de descubrir la Naturaleza, que es tanto como descubrirnos nosotros mismos. . . ." (1)

Como el P. Feijóo, como Ramón y Cajal, en España, así el P. Solano, aquí entre nosotros, con ese sentimiento de la decadencia nacional y el anhelo de superarla, no con quejidos retóricos sino con una obra personal eminente, forma la conciencia histórica de la nacionalidad, con el puro amor de la ciencia, la raíz creadora de su obra.

Porque las vidas de Feijóo, de Ramón y Cajal, en la madre España, y de Espejo y de Solano, en el Ecuador, como esfuerzo y como ideal de rehacer la personalidad histórica de España o de esta porción de la América, por conducto de la ciencia, son las mejores enseñanzas.

Y por eso ahora, como siempre, cuando queremos elevar la densidad humana de la centuria, tenemos que volver los ojos a la obra de Fray Vicente Solano, múltiple y perenne, y seguir, una a una, las huellas que dejaron sus pasos.

Nadie más representativo que el animoso polígrafo en esa personificación, ni buscada ni advertida, del espíritu de todo un pueblo y de toda una época.

(1)—Luis Araquistain, "La Conciencia histórica de Cajal".

CULTURA DE LA EPOCA Y CULTURA CIENTIFICA DEL PADRE SOLANO

En los días opacos y grises de la Colonia— año 1792 en ese ambiente espiritual frío y yermo como un páramo mental, en que vino al mundo Fray Vicente Solano, la deficiencia de los estudios universitarios era manifiesta. Los planes de estudios de colegios y universidades eran muy pobres o unilaterales. Preponderaban los estudios de Ciencias teológicas, Sagrada Escritura y Cánones. Había también cátedras de Filosofía Natural, de Física, de Gramática, de Retórica y Humanidades, Prima de Leyes, Prima de Medicina, como se decía entonces.

Esta oscuridad de la vida intelectual de la Colonia, era sobre todo densa en lo referente a las ciencias naturales, consideradas— como se consideraba en la Metrópoli— como cosas peligrosas e inútiles.

Jorge Juan y Antonio de Ulloa, criticaban ya la deficiencia de los estudios de la época, diciendo: "La juventud distinguida de aquel país, dedica sus primeros años a estudios de la Filosofía, Teología; y algunos pasan a Leyes aunque no hayan de hacer profesión de ellas; así son todos capaces en esas facultades, pero muy cortos en Noticias Políticas, en las Históricas, y en las otras Ciencias Naturales, que contribuyen al mayor cultivo de los entendimientos." (1)

(1)—Cit. en "Breve Historia del Ecuador". O. E. Fejes Quito 1937

Pero era verdad, así mismo, que lo que no se contaba como cátedra universitaria, podía aprenderse y conocerse en las bibliotecas, mediante libros famosos, cuya presencia maravillaba a los visitantes extranjeros. Las Comunidades religiosas eran ricas; podían pues, hacer grandes inversiones, y lo hacían en efecto. Era famosa —dice un historiador nacional— la biblioteca de los franciscanos

Además, como un torrente de luz que clarificara las oscuridades del prejuicio y rasgara las tinieblas de la ignorancia científica de la época colonial, y sembrara, al mismo tiempo, el germen de nuevas inquietudes por el estudio y conocimiento de la Naturaleza, ocurrió ya la llegada de la Comisión Geodésica de Francia. Con los astrónomos y físicos como Condamine, Godin, Bouguer, vinieron José Jussieu, botánico, y Seniergues, médico y cirujano.

Otra misión científica, aunque no de los alcances de la primera, fué en este siglo XVIII la del italiano Alejandro de Malaspina a servicio de España. Llegó en Octubre de 1760, juntamente con zoólogos y botánicos peninsulares y con el naturalista guatemalteco Antonio de Pineda. Estuvieron apenas cuatro semanas en la Presidencia de Quito, pero practicaron, en este corto espacio de tiempo, sondajes en la ría de Guayaquil y recogieron valiosos ejemplares faunísticos. El naturalista Pineda penetró y pretendió, según parece, una ascensión al Tungurahua. Luego errumbaron para el Archipiélago.

A principios del siglo XIX llegó a la Presidencia de Quito, otro notable hombre de ciencias: Francisco José de Caldas, de Nueva Granada, uno de los más ilustres colaboradores de José Celestino Mutis, el botánico español. Caldas vino para hacer estudios fitogeográficos, y, singularmente, para observar la ubicación, desarrollo y aprovechamiento de la quina, el antifébrico por excelencia.

Casi en seguida de Caldas — fines de 1801—llegó otra misión científica notable: el Barón Humboldt, prusiano y uno de los más ilustres del siglo. Los tres hombres de ciencia se unieron y realizaron los más sorprendentes descubrimientos del mundo físico y biológico, desde nuestras montañas. Humboldt ascendió hasta el Chimborazo. También al Pichincha. Luego realizó estudios geológicos, de geografía climatológica, de Física, de Volcanología, de Zoología, de Botánica, etc., etc. Resultado de su labor intensa de observación e investigación fué la "Distribución geográfica de los vegetales" y los capítulos que dedicó a la Presidencia de Quito, en sus diversos libros: "Viaje a las regiones equinocciales del nuevo Continente hecho entre 1790—1804". (1)

Los resultados del cultivo intelectual de la Colonia, se advirtieron, principalmente, en el arte y en las cuestiones escolásticas de la Religión. Pero también, como en generación espontánea, y debido a la

(1)—O. E. Reyes. "Historia del Ecuador" Quito 1938.

auto ilustración en las librerías particulares, surgieron escasas, pero prominentes mentalidades en el mundo de las ciencias biológicas. Eugenio de Santa Cruz y Espejo —escritor y hombre docto— fué un renovador científico.

Si en la historia colonial del Ecuador, Espejo ha tomado su relieve como precursor de la emancipación y de los ideales republicanos y democráticos, como hombre de ciencia se destaca como una figura elevada y señera. “Conoció todas las doctrinas de la época —dice el doctor Gualberto Arcos,— supo de Bohraave, de Hoffman, de Sidenhan; de los maestros que en la antigüedad sistematizaron el conocimiento del arte de curar; de los árabes que en la edad media con Averroes, Avicena, descubrieron que era arte científico; y de los médicos, investigadores y creadores de doctrinas y sistemas como Bacon y Descartes, que desde el Renacimiento hasta el siglo XVIII demostraron que la ciencia experimental era aplicable al estudio del cuerpo humano. Es increíble, dada la época, la enorme erudición, que en puntos médicos caracteriza al doctor Espejo. Admite, adelantándose muchos años a los experimentos con que Pasteur debía asombrar al mundo, que la fermentación no se produce sólo por la descomposición de los cuerpos, sino que la explica como la consecuencia de la penetración en las sustancias fermentecibles de esos CORPUSCULOS (microbios o bacterias que hoy diríamos) que flotan en el aire y que son arrastrados por él junto con

las miasmas pestilenciales. Expresa que no fermenta el vino por sus propias fuerzas, sino que requiere el concurso del aire y de otros COPRINCIPIOS "miasmas o potencias activas que obligan a la fermentación". Principio básico con el que, años más tarde, en un ambiente de cultura inmensa, debía ser el fundamento de los trabajos del inmortal renovador de las ciencias biológicas ---- Habla por primera vez, en la tranquila y confiada Colonia, de la Higiene, o lo que, en sus terminos, llamaba POLICIA de la limpieza de la ciudad, como la única y primera fuente de la salud ---- Supuso que cuando el microscopio se perfeccione más en su técnica de contrucción y se adelanten las observaciones realizadas por Malphigio, Reamur, Buffon y Needhan, se conocerá la figura, movimiento y duración de estos corpúsculos movibles que explicarán toda la "naturaleza, grados, propiedades y síntomas de todas las fiebres eruptivas" ---- Observó que en Quito las invasiones periódicas de epidemias no penetraban a los conventos de clausura, aun cuando toda la ciudad estuviera apestada, porque ningún individuo portador del germen patógeno podía atravesar las puertas de la clausura ---- Que el cáncer es contagioso por medio del uso de las ropas. Sostiene, con admirable erudición, que la sífilis fué conocida de los pueblos, desde la más remota antigüedad; y, por lo mismo, no fue de América que la llevaron a Europa, como ahora se sostiene ---- Hace en aquellos tiempos, un dignóstico diferencial entre la sífilis y el cáncer. Pidió que la

policía ejerce la profilaxis venérea, punto capital de las medidas higiénicas en ciudades modernas....(1)

Y ya antes, en el mismo siglo XVIII, el guayaquileño Pedro Franco Dávila, se dedicó al estudio de las Ciencias Naturales y por su prestigio y su autoridad en el ramo, llegó a ocupar la dirección del REAL GABINETE DE HISTORIA NATURAL DE MADRID.

Pedro Vicente Maldonado, de Riobamba, consagróse además de los estudios geográficos, astronómicos, matemáticos y físicos, a los de Ciencias Naturales. Fué Corresponsal de la Real Academia de Ciencias de París y miembro de la Real Sociedad Geográfica de Londres.

El P. Juan de Velasco, entregóse a la investigación histórica y científica. Y su "Historia Natural" no ha dejado de considerarse como una contribución valiosa aun para la propia labor de investigación botánica; pues ella ha señalado un rumbo inicial.

El recuerdo de esos sabios —dice Víctor Manuel Albornoz— es sombra tutelar proyectándose en cada uno de los trabajos científicos del fraile cuenecano. Con toques emocionantes describe las sensaciones que sacuden su alma cada vez que recorre los lu-

(1).—Gualberto Arcos.—Introducción al libro "Reflexiones sobre el contagio de las viruelas" del Dr. Eugenio de Santa Cruz y Espejo.—Quito, 1930.

gares por ellos frecuentados. Los manes de Bompland y de Humboldt se le aparecen vagando por las colinas de Verdeloma y Burgay; y en Paute, la memoria de Francisco de Caldas cobra el vigor de lo real, al evocarlo para el culto de su admiración". (1)

Si me he permitido hacer esta breve reseña histórica del desenvolvimiento intelectual y científico de la época de la Colonia, es porque casi el mismo ambiente de cultura científica presidió la formación intelectual del P. Solano, si bien respiraba la límpida atmósfera de los días gloriosos del clarear de nuestra Independencia.

Pero sorprende y causa admiración que un religioso franciscano, que había pasado casi toda su vida en un país en donde hasta 1818 o más, no se enseñaba, como he señalado ya, más que latín y Teología Moral, y por lo mismo, era muy difícil instruirse, se hubiera proporcionado obras que le suministrasen profundos variados conocimientos en los más importantes ramos del saber de las ciencias físicas y naturales.

"En el largo espacio de trecientos años —dice el Dr. Amónio Borrero Cortázar— que hemos vivido a la sombra de la cruz, hablando la hermosa lengua de castilla y recibiendo visitas de hombres como La Condamine, Jessiue, Bompland, Humboldt y Bou-

(1)—V. M. Albornoz; Obra citada.

gingauldt, no hemos tenido de nosotros un escritor que nos diera a conocer la naturaleza de nuestro suelo, la variedad y riqueza de nuestras plantas y flores, la estructura de nuestras innumerables cordilleras, la calidad del agua que bebemos y del aire que respiramos. Solo P. Solano se había dedicado a este importante estudio, sin descuidar por eso las cuestiones teológicas, sociales y políticas, ni la enseñanza de la pura moral del Evangelio. El nos ha dejado curiosas investigaciones sobre el reino animal, vegetal y mineral; sobre la constitución geológica del terreno que pisamos, sobre las condiciones atmosféricas en que vivimos, etc. En una palabra, él nos ha enseñado, con su ejemplo y sus escritos, la verdadera civilización." (1)

Y así, de regiones intelectuales no holladas por los nuestros, mandaba el relato maravillado y sucinto. Era el P. Solano nuestro adelanto. Sus artículos periodísticos — en el "Eco del Azuay", primicia de la cultura de Cuenca, como podriase llamar al primer periódico que fundara en asocio del ilustrado hombre de letras y de arraigada cultura, el Sr. Coronel Francisco Eugenio Tamariz — sus monografías, sus opúsculos, breves sumas precisas y urgentes, apretados haces de cosechas desbordantes, llegaban cargadas de su erudición científica. Como en la edad colonial la llegada de los galeones, así muchos esperaban la de

(1).—Antonio Borrero. Prólogo a las "Obras Completas del P. Solano". Tomo I.

sus escritos para orientarse y saber por donde andaba el mundo pensante.

Los artículos sobre Entomología, Botánica, Zoología, Geología, Metereología, Higiene y Salubridad, etc. etc., que se registran en "La Escoba", por ejemplo, manifiestan que el P. Solano tenía conocimientos ya muy avanzados y nada vulgares sobre las diferentes ciencias que forman el tronco de la Biología.

Acaso, alguna vez, tuvo veleidades de investigador, y su ambición, al parecer, era construir un sistema filosófico, que tuviera por base las últimas conquistas de las Ciencias de la Naturaleza. "Mientras los defensores de la Religión — decía en la contestación a la Censura que el Sr. Araujo hizo del opúsculo sobre PREDESTINACION— no reúnan la bella literatura y las ciencias naturales a la Teología, es tiempo perdido el que se emplee en escribir párrafos para persuadir a los incrédulos".

Su propósito, si no realizado por las limitaciones que le imponía su estado religioso, pero si intentado, era contruir un sistema completo de filosofía, una metafísica que partiese de la física para llegar a una biología, a una moral y a una cosmografía, tomando por base todo el conocimiento científico conocido. Familiarizóse en ese proceso cuanto pudo, por la lectura asidua y prolongada de tratados de todas las ciencias que le ponían al corriente de los últimos des-

cubrimientos de las más recientes afirmaciones y puntos de vista. No deja de suscitar singularísima curiosidad, la declaración de haber encontrado "soluciones nuevas, muy importantes en el dominio de la física y de la biología".

Acaso pueda decirse del P. Solano, lo que Pi y Margall dijo del P. Feijóo: "sin su cogulla de fraile, es probable que hubiese llevado más allá su pensamiento. . . ."

Lo que sí pudo realizar y lo realizó, ya serenado su espíritu en la ruta mansa y pacífica de su religiosidad, fué el concepto de la comprensión del hombre y la Naturaleza, con sus dos caras: interna y externa —espíritu y materia— en perfecta correlación, semejante a aquella en que están el lado cóncavo y cóncavo de una vasija. Y con ella, el establecimiento de una mayor interpretación entre el cuerpo y el alma, que habían sido separados y andaban errantes, cada cual por su lado, solitarios de su pareja y frónéticamente nostálgicos de ella. Las ciencias naturales y la filosofía. La Teología y la Botánica, en perfecto y estrecho maridaje, para las excelencias del espíritu maravillado ante la sublimidad de la Naturaleza. Proceso infinito y eterno de la mano de Dios. . . . cuya silueta se alza a lo lejos, para unos, como una cima ingente y confusa, rodeada de las tinieblas de la duda; para otros, como un faro luminoso y preciso que extiende hasta el rincón más hondo de lo desconocido su serena clari-

dad...!

“Los artículos sobre historia natural, no sólo revelan un hombre familiarizado con la lectura de Buffon y de Cussier, sino también un filósofo cristiano”, decía Borrero.

Y es por eso, que con ese sentimiento filosófico y a la par utilitario que tenía de las ciencias biológicas, recomienda e incita al estudio de la botánica a los religiosos y a los eclesiásticos para el desempeño de su ministerio, sublime como el del médico, cuando lo ejerce un verdadero apóstol de la mansa y humana filosofía de Cristo. Y así dice: “Pero no solamente es útil y deleitable la fitología o botánica a los hombres en general, sino que, en cierto modo, es necesario a los eclesiásticos para la inteligencia de los vegetales bíblicos. Cualquiera que lea la obra del célebre inglés Guillermo Carpenter: HISTORIA NATURAL DE LA ESCRITURA O EXPOSICIÓN DESCRIPTIVA DE LA GEOLOGIA, BOTANICA Y ZOOLOGIA DE LA BIBLIA, quedará convencido de esta verdad”.

“Además —continúa— un cura por ejemplo sería útil a sus semejantes, si con algunas nociones botánicas tomase posesión de su beneficio rural. Allí podría estudiar las virtudes de las plantas con comodidad, que no tiene un viajero o un sabio en su gabinete. Un cura de montañas, sobre todo, que, descubrimientos tan útiles no haría en los bosques que se hallan todavía vírgenes, y los transmitiría a la posteridad?”

Para todo es preciso amor a la botánica y poseer los elementos de esta ciencia"...(1)

Sorprendente fué la obra de cultura biológica y de divulgación científica que desarrollara el P. Solano. Admira, en en verdad, y sorprende cómo en una época de completa ignorancia — primera mitad del siglo XIX — cuando aun en la misma Europa eran todavía desconocidos los agentes de las enfermedades infecciosas, Solano intuya ya la acción patógena de los virus y nos hable de problemas sanitarios e higiénicos, cuando no declina todavía el imperio de la medicina de hechicería y el abuso de costumbres absurdas y primitivas de desaseo.

En su fecunda existencia vivió en ^{el}recluido, desde un monasterio provinciano, en singular batalla contra los errores de su patria. En atmósfera quietud, en tesitura de silencio, como quien abre las compuertas de la sombra para lanzar la corriente vitalizadora. Admira en él su genio y su ímpetu; pero sobre todo la precisión imperturbable con que dispara sus proyectiles científicos — sus razonamientos y sus experiencias — contra el error de la época, elevando así el interés humano de su gran figura.

Y en su labor infatigable de erudición y de estudio, supo más tarde, rodearse de varones eminentes, que pudieron poner el nombre del Ecuador

(1).—Preliminar en el estudio "Primer viaje a Loja". Obras Com. T. I.

y de Cuenca, en particular, a una altura envidiable de mentalidad en la política, en el foro, en la diplomacia, en la literatura, en el arte y aun en las mismas ciencias médicas, tan escasamente conocidas. Como fué el caso del doctor Agustín Cueva, protomédico y discípulo en París de Trousseau, Ricord, Tardieu, Regnault etc., que inicia en Cuenca —año de 1852— su primera campaña efectiva contra el empirismo, y luego más tarde, en 1868, como primer Decano de la Facultad de Medicina, divulga los conocimientos y las prácticas de la Medicina Francesa. Como Antonio Ortega, uno de los fundadores de la escuela de Medicina en el Azuay, que propugnaba una clínica, una biología y una terapéutica nacionales.

Fué una época, — en Cuenca— de verdadera floración mental y, francamente, a pesar del amor que debemos tener a NUESTRO TIEMPO, que no es sólo el presente, si no el que va inmediatamente a venir, preciso nos es confesar que aún no se perfila la generación que deba remplazar a aquella, así en bloque, en legión compacta y homogénea.

Por el contrario, choca más bien ahora las consagraciones falsas, el acaparamiento del talento y de la sabiduría que realizan ciertos grupos de mediocridades, que han triunfado en un medio aparentista y mediocre, que esos mismos grupos han preparado y siguen manteniendo. El Ecuador —triste es

confesarlo — se ha dedicado a vivir con la vista hacia atrás, repitiendo con orgullo infecundo los nombres ilustres de Montalvo, de Espejo, de Mejía, de García Moreno, de Rocafuerte y de Olmedo; y en Cuenca, en particular, por una curiosa inversión de las potencias imaginativas, solemos hacernos ilusiones sobre el pasado, en vez de hacérnoslas sobre el porvenir, que sería más fecundo. Solano, Malo, Cuevas, Borreros, Cordero, Vázquez, Crespo Toral, son figuras máximas que ha producido el fecundo suelo cuencano y que, precisamente por ello, debe mantener la gloriosa tradición como una llama viva.

La ciencia ecuatoriana, como un reflejo de las condiciones económicas, políticas y sociales, atrasadas en el país, no ha emprendido hasta aquí en una obra de investigación colectiva y sistematizada en el terreno de la biología. Es cierto que tenemos ensayos de trabajos individuales dispersos, pero esto constituye sólo débiles esfuerzos para la investigación de la biología nacional. Hay que confesarlo que en el Ecuador carecemos de una ciencia biológica nacional; que nuestra realidad biológica es, en parte, desconocida. Crear la ciencia biológica ecuatoriana, ligarla con la ciencia biológica universal, esta debe ser la aspiración de las nuevas generaciones.

Nuestro medio biológico ecuatoriano es muy insuficientemente conocido. Los escasos trabajos científicos sobre biología ecuatoriana, en su mayor parte realizados por extranjeros, son fragmentarios y algunos

deficientes por lo anticuados. Hasta ahora no se ha realizado investigación biológica sistematizada en el Ecuador. Esto es uno de los lados más débiles de nuestra cultura nacional, y por lo mismo, carecemos del armamento teórico necesario para desarrollar en forma científica las múltiples actividades prácticas que requieren conocimientos biológicos: medicina, veterinaria, agricultura, etc.

En el terreno de la medicina ecuatoriana tenemos que servirnos para el trabajo comparativo entre los estados fisiológicos, de las investigaciones de los sabios europeos y norteamericanos. Muy poco hemos hecho para investigar nuestra fisiología humana en el país. Por tanto, las constataciones clínicas en el laboratorio no pueden tener toda la exactitud necesaria. Es tanto más cierto lo que antecede, cuanto en el Ecuador, cuyo aspecto físico ofrece una inmensa variedad de climas, con su correspondiente medio biológico, es un país poblado por múltiples razas.

"Justamente uno de los aspectos más negativos de nuestra educación recibida en escuelas, colegios y universidades, lo constituye la escasa y casi totalmente libresco enseñanza de las ciencias biológicas, o mejor no se aprende ciencias biológicas en la naturaleza misma, sino entre las cuatro rígidas paredes de la dogmática aula. Tal forma de educación tiene perniciosas consecuencias para la comprensión de las demás ciencias y repercute en el carácter mismo del hombre, al que no enseñándole las ale-

grías de la naturaleza, adopta frente a ella un seño adusto de medrosa incomprensión o de vanidosa superioridad antropocéntrica”, —decía el doctor Ricardo Paredes, ex-profesor de Biología, desde las páginas de una Revista de cultura. (1)

Tenemos que insistir en la necesidad de implantar el método objetivo en la enseñanza de las ciencias biológicas, sobre el método de exposición puramente descriptivo, que se limita a la simple observación de las formas sin considerar, como se debe, la correlación de los órganos con su función o las numerosas adaptaciones de éstos a los variados géneros de vida.

Preciso es confesarlo que la enseñanza de las ciencias naturales en nuestros planteles de enseñanza, ha estado totalmente atrasada, no cumpliendo con las exigencias de la pedagogía moderna. Ha sido una labor estéril: simples descripciones morfológicas sin valor ninguno, echando a perder el interés del discípulo por la naturaleza de patria y su exploración económica. La exploración científica ha sido escasa e incompletamente considerada en la enseñanza. Por tal deficiencia, el maestro de ciencias naturales, no sabía donde conseguir el material para sus clases, y no siendo un explorador científico, se veía obligado a buscar refugio en libracos antiquísimos que se ocupan

(1).—“Lo que debe ser un Instituto de Investigaciones biológicas”. R. Paredes.—Anales del Inst. Sup. de Pedagogía.—No. 1 1937.

de simples referencias de animales y vegetales, de zonas y regiones exóticas.

Propugnemos, pues, una enseñanza de las ciencias biológicas, dentro del método objetivo, que es la observación viva y directa, que mediante los sentidos, percibimos de los objetos, reproduciéndolos en la conciencia. Sin la observación real no puede crearse ideas en el intelecto del adolescente. Después de haber conseguido la representación objetiva, trátase de obtener la comprensión completa, mediante el tratamiento metodológico de la materia y el alumno profundizará lo percibido y probará el dominio intelectual de la materia.

La instrucción pública, en este sentido, en el de las ciencias biológicas, puede constituir la base de una nación feliz y grande. Y hora es ya de que los Poderes públicos, atentos al desarrollo esplendente de las ciencias biológicas y de los fines que pueden conseguirse—fines científicos, estéticos y morales—presten incondicional apoyo para la organización sistemática y el fomento de Institutos y Laboratorios en nuestros centros de enseñanza.

Pero Institutos de Investigaciones biológicas, tal como lo quería el ex-profesor antes citado. Con los siguientes departamentos en que se distribuirían los diversos ramos de investigación:

1o.—Morfo fisiología humana, que comprendería:

anatomía, fisiología, histología y embriología humanas;

- 2o.—Etnología ecuatoriana;
- 3o.—Psicología y Psicogenia;
- 4o.—Zoología;
- 5o.—Botánica;
- 6o.—Bacteriología y Parasitología;
- 7o.—Biología experimental (incluyendo citología, genética, etc);
- 8o.—Biogeología (incluyendo estudios de la biosfera, geobotánica y geozoología);
- 9o.—Paleontología y Anatomía comparada;
- 10.—Bioquímica y Biofísica;
- 11.—Higiene;
- 12.—Pedagogía biológica; y departamento de Estudios Eugenésicos, añadiría yo.

Se han avanzado trabajos de propaganda en este sentido y el ambiente está propicio en la Universidad Central sobre todo.

Prendamos, pues, esperanzas en el futuro para las energías de una nueva disciplina científica; pero desintoxicando antes, del espíritu de las actuales generaciones, de ese morbo que tiende a universalizarse: el deportismo incontrolado y absorbente, única expansión estética y cultural que la acogen, con ardor infecundo.

Porque ¿qué capacidad creativa de potencia individual puede formarse una juventud despersonaliza-

da, ávida de falsas y ridículas gloriolas, empenachada de orgullo y de prepotencia deportiva?....

Este es el páramos espiritual que ahoga a esa juventud y que preside la formación unilateral y esclavista preconizada por la época!...

EL BOTANICO

La observación de la naturaleza en su aspecto viviente, vieja como los más viejos conocimientos humanos, ha sido el punto de partida para establecer los fundamentos de las ciencias biológicas. Y las ciencias ~~psicológicas~~ psicológicas, a su vez, constituyen el más poderoso instrumento para comprender, cada vez, más la naturaleza.

Las necesidades prácticas de cada país, requieren el conocimiento tanto del medio físico, como del medio biológico de cada localidad. Un sólido conocimiento biológico sólo puede surgir de la paciente observación biológica a la luz de los conocimientos teóricos—de carácter universal—y de una sistemática obra de experimentación.

Precisamente esta es la obra del P. Solano como botánico. Supo estudiar los vegetales en su medio biológico, y en las diferentes regiones geográficas por las que trajinaba en ese su afán ilimitado de adquirir experiencias nuevas y clasificar nuevas especies.

Viaja a la austral provincia de Loja para hacer

observaciones sobre la CASCARILLA, que distingue—con su criterio botánico—de la QUINA. “Esta corteza es de los QUINOS—dice—que pertenece a la clase PETANDRIA MONOGINIA de Linneo; y la cascarilla aunque sea un equivalente de la quina en el tratamiento de las fiebres intermitentes, pertenece a la clase MOSENIA MONADELFIA, y al género de los CROTONES: croton cascarilla”. (1)

Para vulgarizar los conocimientos que poseía, hace una clasificación de las plantas por el sistema de Linneo y por el de familias, siguiendo el de Decandolle, sin omitir, junto con la nomenclatura científica, la nominación usual y vulgar.

“Indicaré —dice—de ambos modos para que de esta suerte queden satisfechos los aficionados a la botánica. Y aconsejaría a los que quieran estudiar por diversión la botánica, el sistema de Linneo; pero es preciso confesar que el sistema de familias, como más natural y extenso, suministra ideas análogas a un conocimiento profundo de las plantas” (2)

Estudia y sistematiza el P. Solano, al paso de viajero conocedor y erudito, las plantas herbáceas como el INDACO (Diadelfia Decandria) índigo o añil. La THEA CONDAMINEA (monadelfia poliandria) conocida en Cuenca con el nombre quecha de VISHO. El APOCINO ECUATORIANO. El ORORUS (Diadelfia decandria). La QUI-MOSPELA “que sirve para matar los animales entozoa-

(1).—Primer viaje a Loja”. Ob. comp. T. 1.

(2).—Id.—Id.

rios de las bestias" (coscoja). Plantas criptógamas como la LLASHIPA, especie de asplenium. La DORADILLA (género pteris). El POLIPODIUM CALAGUALA, etc., etc.

Las propiedades farmacológicas y terapéuticas de los vegetales que estudia, las expone con un amplio conocimiento de la patología local: como la ALTAMISA que prescribe como emenagoga, antihelmíntica, antiepiléptica. El CHAMICO (*Datura Stramonium*), para el asma. La CHUQUIRAHUA (*Eligerson fruticosum*), diaforética, febrífuga y tónica. El MASTUERZO QUITENSE (*Tropoleum*) que lo ha encontrado también en los valles de Gualaceo y Paute, como escorbútico; "pero no se debe emplear en todo escorbuto--dice-- sino cuando su caracter es ácido y no hay apariencia de gangrena o de disolución de los vasos o putrefacción. Se debe administrar el jugo en la dosis de tres a cuatro onzas, y no en forma de decocción". (1)

Como científico y patriota, se interesa Solano por la farmacopea nacional y al hablar de la ACHIRA (*Canna Indica*) indica que la fécula o almendra que se saca de ella es diurética y sucedánea del sagú y algunas veces superior a este. "Pero cuál es el médico --se lamenta-- que receta este alimento a los enfermos? Ordenar una papilla de achira sería muy vulgar: es preciso que las recetas lleven el nombre altisonante y extranjero: tal es el sagú... Si el almidón de achira viene en botes herméticamente cerrados con

(1).--Id.--Id.

el pomposo título de "Fécula de Canna indica. París, rue de l' Amperon No. 128, chez Didon... o Londón Stret", se vendería a peso de oro y no habría médico que la recetase, ni enfermo que dejase de tomarlo con avidez"

Del BERBERIS VULGAR o Agracejo que abunda en los lugares templados, y principalmente en los alrededores de Cuenca, dice que "sus frutos templan el ardor de los humores, disminuyen el flujo del vientre bilioso, contienen las disenterías, fortifican el estómago y excitan el apetito. Las pepitas o granos son astringentes y buenos para las flores blancas". Dice que la decocción en agua o la infusión en vino, de la corteza de las raíces, es específico contra las fiebres cuartanas: "se bebe un gran vaso una hora antes del acceso y tres después. Nosotros tenemos —se expresa— en nuestro país una gran planta sin uso, por ignorancia o por desidia".

En la hacienda "La Papaya", a donde viajaba con frecuencia para hacer sus observaciones médico—botánicas, dice que encontró el Smilax spuria (palo de China) "que sirve para expeler radicalmente las enfermedades venéreas, para purificar la sangre y útil contra los tumores esquirrosos, la ictericia y la gota".

Del popular SOLIMANILLO (*Poligonum hidropiper*) abunda en sus propiedades: "antiescorbútico, deterativo y útil en lavativas contra el tenesmo y la disentería. Las hojas, contra la gota; de mucho uso en la cirugía, para los tumores edematosos de las piernas". De la

Tillanosia usneoides o SALVAJE, muy conocida vulgarmente, dice que es un vegetal que nadie aprecia, cuando "es muy bueno por su virtud absorbente, y por esto debemos desear que los colchones, principalmente de los hospitales, fuesen henchidos de SALVAJE. Muy pocos saben el daño que causan los colchones de lana...."

Problemas de genética y sexología, que en esa época se hallaban intocados y desconocidos por completo, preocupan al espíritu observador y sutil del P. Solano. Y en su artículo científico "Sobre analogía entre los vegetales y los animales", cree que así como las plantas monoicas, que tienen en un mismo pie flores masculinas y femeninas, como las cucurbitáceas, cuando se hallan en terreno feraz y análogo a su desarrollo, producen mayor cantidad de flores hembras que machos así mismo en el reino animal, la madurez vital y la robustez de los progenitores influiría en la generación, en mayor número, del sexo femenino. "He comprobado —dice— en los animales y hasta en el hombre".

Acaso sus observaciones sobre genética vegetal, de haber sido realizadas en un medio más amplio de cultura y de técnica, le habrían conducido, insensiblemente, hacia la comprobación de las leyes mendelianas de la herencia, que ese otro monje solitario —rasgando el secreto de la Esfinge— supo descubrir las y anunciarlas como un dogma científico que había de revolucionar, más tarde, hasta los cimientos en que se asentaban las concepciones biológicas so-

bre el Darwinismo y todas las teorías evolutivas del fin del siglo XIX.

Adelantándose a las corrientes de la época, sorprende que haya aloteado en su espíritu algo así como una antelación de los problemas de la Eugenesia que hoy palpitan con ritmo acelerado y como una preocupación imperiosa de cultura racial, en los países civilizados de Europa y América.

Sin conocer las rotundas afirmaciones científicas de las gigantescas figuras Mendel y de Galton, sobre las que descansa la Eugenesia, atisba el P. Solano la posibilidad de una medicina preconcepcional, que se ocupe de la biología de la especie, del individuo y de la raza; de las condiciones y aptitudes de la pareja humana para la reproducción, de la calidad de la prole y de las circunstancias favorables.

Roto el misterio infranqueable que separaba al hombre de los demás seres vivientes, las ciencias sociales no son ya otra cosa que un aspecto de la vida del hombre, sintetizado en hechos, leyes e ideas directrices. Merced al progreso de las ciencias biológicas, la higiene, ciencia que enseña al hombre a desarrollar y a resguardar sus fuerzas biológicas, se convierte, ganando el terreno a la medicina, en la orientadora del buen vivir para el hombre, no sólo en su aspecto físico, sino también espiritual. La Eugenesia, rama de las ciencias biológicas, va ocupando progresivamente un campo mayor en las actividades humanas,

como la guía más segura para el mejor desarrollo de la especie.

Comprende el sabio Solano que las ciencias biológicas tienen multitud de aplicaciones prácticas, aparte de su importancia teórica. Enseñándonos el mundo en que vivimos, poblados de seres vivientes íntimamente ligados entre sí, las ciencias biológicas nos permiten la utilización para el hombre, de animales y plantas que pueblan la tierra. Por esto: la agricultura, la ganadería, la medicina, la veterinaria, reciben su aliento de las ciencias biológicas, y saliendo del empirismo se elevan a la categoría de ciencias.

Prende su fé en la botánica, el P. Solano, cuando dice: "Si del placer que proporciona la botánica, pasamos a su utilidad, qué cosas más admirables encierra esta ciencia! Sin botánica no hay medicina: sin botánica muchas artes estarían olvidadas o ignoradas, o en su infancia. Yo atribuyo la superioridad de los modernos sobre los antiguos en las artes, en los progresos de la botánica" (1)

Y concluye: "El hombre necesita de la botánica, cuando necesita vivir con salud. Dónde se halla el principio de éste?. Ciertamente en la Naturaleza; y por esto dice el Eclesiástico, que Dios creó los medicamentos de la tierra... el tronco de cierto árbol sirvió a Moisés para endulzar las aguas amargas del Mará. Los ve-

(1).—“Segundo viaje a Loja”. Ob. com. Fy. V. Solano, T. I.

getales elaboran el principio de la vida, contenido en los cuerpos metálicos, metaloides, sales, etc. Yo me figuro las plantas con respecto a la absorción de las sustancias minerales, como los animales respecto al trabajo de las sustancias vegetales. La miel y la cera preexisten en los nectarios y en las anteras de las flores; sin embargo se necesitan abejas para extraer aquellos preciosos productos." (2) Fisiologismo de la asimilación vegetal y animal, que hoy expresaríamos con simples terminos: los vegetales sintetizan; los animales analizan.

EL ZOOLOGO

Leyes generales de desenvolvimiento biológico, no significan identidad de descubrimientos biológicos en todas partes. La biosfera no es igual en todas partes: el medio biológico marino difiere del de agua dulce, éste de los climas litorales, del de las montañas o de los valles. No es igual el clima tropical que el subtropical, el templado que el frío. Pero fuera de las condiciones externas del medio no viviente—que a su vez está formado por múltiples factores—tenemos que considerar el medio viviente. Cada animal y cada planta aislados, cada grupo social de animales o plantas, están circunvalados dentro de su medio físico por un conjunto de seres vivientes que influye poderosamente en su desarrollo vital.

Por eso, confiesa el P. Solano que el medio geo-

(2 —Id., 11.

gráfico donde él se encuentra, no se presta para el estudio y la observación zoológica. "Quisiera —dice— hacer estudios de esta índole en Guayaquil, donde hay una infinita variedad de especies que apenas conocemos".

Sin embargo, escribe artículos, plenos de erudición científica, sobre entomología, ornitología, herpetología, etc.

Habla de los insectos que llaman, en Loja, JUNGAROS (Buprestes y eláteres) y, en Cuenca, BUENAS y MALAS NUEVAS. Corrige una equivocación del P. Velasco que "puede causar risa —dice— que dando por cierto el cuento de los zoofitos, habla de un animal que se convierte en planta, y termina expresando que "algunas veces me ha venido la tentación de escribir una obrilla con el título de "Adiciones y correcciones a la Historia Natural del P. Velasco. (1)

Las monografías sobre algunos mamíferos carnívoros, roedores, etc., así como de aves propias del medio zoogeográfico en el que estudia, revelan una profunda observación de las formas y funciones animales. Aun más: sus conocimientos anatómicos y fisiológicos de los órganos de los sentidos, manifiéstanse certeros y precisos al hablar sobre "la vista de los animales", por ejemplo.

EL HIGIENISTA Y EL SANITARIO

Una de las direcciones más fecundas y más ardorosas

(1).—"Animales y Plantas". Ob. comp. Fy. Solano, T. I.

de la obra científica del P. Solano, es la de la vulgarización de los principios higiénicos y de salubridad colectiva, en un medio primitivo, confiado e ignorante de las más rudimentarias nociones de higiene personal, menos de higiene pública.

El lamentable estado de miseria higiénica y fisiológica en la cual se hallaba gran parte de la población nacional; el progresivo estado de inferioridad somatosíquica en que se encontraba el pueblo, consecutiva a factores morbosos, le afecta en lo profundo de su espíritu de misionero encendedor de la luz de una vida más civilizada y más humana.

Me falta gracia y erudición para repetir la pintura que otros han hecho del estado lamentable de nuestra cultura. Aquella sociedad de su época postcolonial: ignorante, crédula de las más necias fantasías, sin centros eficaces de enseñanza, hostil a toda luz que turbase la vanidad con que se defendía de su propia miseria.

“La colonia no podía darnos sino pragmáticas y ciudades calcadas respectivamente de la Legislación y las ciudades de la metrópoli —dice el Dr. Carlos Aguilas Vázquez en su estudio sobre la “Historia de la Sanidad en Cuenca” —Los higienistas de la península creían que la suciedad era la medida profiláctica por excelencia, para prevenir a los pueblos de la invasión de las fiebres llamadas pestilenciales. Avaros de suelo, reducían hasta el límite mínimo la anchura de las calles y admitían que el agua era buena cuando se

conservaba clara y sin dejar sedimento en las vasijas, por un tiempo más o menos largo.... Cuenca, nuestra querida ciudad—continúa el director de Sanidad de la Zona Austral—nació defectuosa en medio de la campiña inmensa, con calles estrechas, rúbricas de sombra en la gloriosa esmeralda del valle. Con casas construídas ejercitando el derecho de usurpar la tierra y que, en realidad, eran habitaciones feas, nidos de tristeza, on el paisaje ancho y alegre como el cielo. Casas sin aire, sin desagüe, sin ventilación y sin sol"... (1)

Y comprendiendo que el medio más poderoso para mejorar las condiciones del pueblo, es educarlo, emprende Solano en su obra sanitaria; una verdadera campaña, o mejor una verdadera batalla, contra todos aquellos vicios y enfermedades capaces de engendrar taras trasmisibles. Habla, en todos los tonos, por el mejoramiento colectivo, por el bienestar de todas las clases sociales, por la mejor alimentación y habitación saludable para los trabajadores, por la cultura general, y divulga, entre las masas populares, los principios y los preceptos que han de desterrar los errores y las preocupaciones; combate los vicios, los excesos y los malos hábitos que engendran los contagios, la debilitación orgánica y la inercia, abriendo el camino a la gran Segadora de vidas humanas....

(1).—"Contribución al estudio de la Sanidad en Cuenca" Carlos Agullar Vázquez, Rev. del Centro de E. E. H. H. y G. G. Entrega No. 27.—Marzo 1936.

Voces en el desierto! Nadie realizó sus ideales; ni los Cabildos ni los hombres, sujetos y enraizados por el prejuicio y la rutina a las tinieblas de la Colonia. Y qué más podía hacer él? Ni su influencia alcanzaba a interesar eficazmente los problemas de la cultura y de la higiene a los poderes del Estado, absorto todavía en el letargo de su embriaguez épica y paralizado en el colapso del desangre emancipador.

Y aun en los tiempos actuales —a más de un siglo de las voces, airadas a veces, con que el P. Solano clamaba por la salubridad de la población —tenemos que reconocer, con honda pena, que las condiciones misérrimas de la raza y de la salud de la población nacional, hayan merecido apenas una ínfima preocupación de los poderes públicos, que pasan, sobre estos problemas de necesidad imperiosa, con una premura sospechosa de principios.

¿No estamos palpando día a día la degeneración progresiva de la raza? No vemos que el alcoholismo —favorecido por el Estado—la tuberculosis, las enfermedades tropicales, los males venéreos, la carencia de un índice vitamínico de alimentación, etc., agotan ya la savia fecunda de esta porción de humanidad sumida en la más abyecta condición física y moral?...

Es preciso ya actuar. Pero actuar con actos claros y tangibles, de los que no se sobornan ni se falsifican. La honda preocupación por la salud de esta porción nacional, por la salvación de su descendencia,

no debe quedar en puro verbalismo. Las clases trabajadoras no pueden conformarse con la limosna que le arrojan los políticos. Los nuevos derechos del hombre que trabaja están marcados en esta hora por un mínimo, que consiste en la solución, o en el intento racional, de cinco grandes problemas: el del alimento, vestido, habitación, salud y educación.

En la actualidad, sucedé, entre nosotros, que aumenta cada día la necesidad de atender con mayor prodigalidad la sanidad pública, porque cada día es mayor el número de enfermos que precisan asistencia, y esto indica con seguridad que el índice de miseria orgánica va en aumento. Este concepto expresivo de una realidad desgraciada, se refiere, precisamente, a la Asistencia Pública, la cual no puede prever nada porque cuenta con medios limitadísimos, y trata exclusivamente de reducir los límites de las catástrofes que no son evitables.

La lucha sanitaria representa un concepto de previsión y de extinción de los focos patológicos. Uñdíque contra la ola invasora, que la destruye, en espuma, impidiéndole que avance y pueda surgir amenazadora nuevamente.

La manera de estar constituida la sociedad actual, hace que todos los sistemas de defensa biológica, todas las campañas por la salvación sanitaria del país, desde las iluminadas que emprendieron en su época Espejo y Solano, hasta las del actual momento en que vivimos, resulten imposibles de aplicar por la fuerza de los

intereses creados de una clase social limitadísima tanto en su número, como en su valor intrínseco. La clase obrera y la clase media—no se diga la clase campesina—viven, de hecho en una esclavitud económica con respecto a la clase capitalista. El medio de dominio lo constituye la miseria. (1)

Supo el P. Solano decir verdades, sonoras como bofetadas, en la cara de una sociedad, en la faz de un pueblo sin nociones de higiene, primitivo en sus hábitos y costumbres. Y, entonces como ahora, se gritaba, como se grita ahora, arteramente contra quien señala, con indómita franqueza y virilidad, la miseria sanitaria en la que vivimos, sin lisonjear patriotismos chicos.

Y así, sintiendo la incompreensión de los hombres, dice: "Sin embargo, muchas personas lejos de agradecerme, se incitarán contra mí: tal es el carácter de los hombres irreflexivos. Entonces no les responderé otra cosa que la anécdota de un jefe de la policía de Madrid. Sabido es que aquella Corte, antes del reinado de Carlos III, era una pocilga. Este monarca tratando de mejorar la suerte de los matritenses, puso a la cabeza del cuerpo de policía un sujeto activo e inteligente. ¿Que sucedió? Lo que siempre. Se levantó el clamor de las gentes: quejas, acusaciones, pasquines. . . . Llegó la noticia al Rey del descontento general: llama al comisario, le pregunta, y responde friamente: "Señor V. M.

(1).—"Los problemas de la Eugenesia". Cap. IV, por el Dr. Agustín Cueva Tamariz.

no haga caso de este rumor infundado: los hombres son como los niños, que lloran cuando los limpian. . . .”

Les inquietaba, efectivamente, el ímpetu crítico y la noble rebeldía con que el franciscano arremetía contra **TODO LO ESTABLECIDO**, que por male que sea tiene un sentido intangible para las gentes timoratas.

Pinta el estado higiénico de las poblaciones, con trazos tan realísticos, tan dolorosos, como latigazos. Su espíritu metódico y analizador hizo aquí una de sus afortunadas disecciones cuando habla del Quito que conoció. “Quito—dice—tiene el aire húmedo y frío y sería intolerable si no estuviera barreado por el Panesillo; esta colina abraza con su base toda el área de la ciudad, e impide la acción del viento sur. De esta suerte la ciudad no recibe inmediatamente todas las emanaciones que lleva la corriente atmosférica de los cerros nevados y volcanes que existen hacia el Sur. . . . Cuando estuve en aquella ciudad había mucho desaseo en las calles, que producía una corrupción terrible: las fiebres pútridas, los catarros, las fluxiones, eran frecuentes. No hay más policía en Quito—me decía el Dr. León y Carcelén—que el aguacero. . . . Es menester velar sobre la limpieza de todo el torrente llamado el Jerusalem, depósito de todas las inmundicias de las casas que lo circuyen. El carcajón que atraviesa por medio de la ciudad es otro receptáculo de innumerables materias corrompidas. . . .”, Y con un gesto de galanía, muy de su ancestro, dice que si velaran en Quito sobre la pureza del aire, la tez de sus mujeres sería igual a la de las geor-

gianas o circasianas. . . .

De Cuenca, se expresa así: "Ojalá que pudiera decir de Cuenca, lo poco que he dicho de Quito. Cuenca se parece a una ciudad asiática en relación a su desaseo. Por do quiera que se extienda la vista se hallarán bascosidades; las calles son letrinas del populacho; las acequias que reciben las basuras de las casas no corren con libertad; las que están fuera de las habitaciones principales, contienen un fango que jamás se limpia; la acequia que llamamos del GALLINAZO, pone el cúmulo de todos los principios de corrupción, por su depósito de todas las inmundicias de las casas contiguas, y porque la poca agua que corre no es suficiente para limpiarlas. . . . La plazuela de San Francisco, lugar en que se celebra el mercado, presenta la suciedad de un establo. El convento de la Merced tiene una laguna de agua corrompida peremne. Hay calles como las que están tras el convento de las concepcionistas, en que es preciso aplicar el pañuelo a las narices y pasar con velocidad. . . . La corrupción que procede de las tiendas es otra de las causas dignas de atención. El populacho vive en aquellas habitaciones estrechas, en unión de los animales: el perro, el puerco, el carnero, los cuyes, las gallinas, son los compañeros de las gentes infelices. Sí; más infelices que los árabes, pues que éstos, si viven juntos con su camello, su dromedario, su caballo, es al aire libre. . . ."

Y mordaz, con ruda franqueza y amarga sinceridad, exclama ante un cuadro tan pavoroso: "Yo me

rio cuando veo en ciertas sociedades promoviendo lo que llaman civilización. Se trata de educar a las niñas, a los niños... fundar escuelas que sean una maravilla. Pero no hay una escuela, una sociedad para el fomento de la limpieza pública, origen de la salud del cuerpo y despejo de las facultades intelectuales. Digan lo que quieran, para mí las personas, en individuo como en sociedad, si no son aseadas no son civilizadas..."

Y si en esos tiempos fracasaba la escuela para la misión de imprimir lo que ahora podríamos llamar la conciencia sanitaria, formando generaciones de individuos ilustrados en relación con su propia salud; ahora, a pesar del tiempo transcurrido, y comprendiendo, como comprende, la educación enseñanzas de orden físico, intelectual y moral, también ha fracasado, sobre todo en lo que respecta a la escuela rural.

Escuchemos la voz autorizada de un distinguido profesor de la Universidad Central, que ha consagrado su talento y su actividad al estudio de las condiciones biológicas de los campesinos de la Sierra, y los resultados de sus investigaciones no pueden ser más precisos: "La situación del campesino es tal —dice— que no admite medidas parciales para su mejora. El mal es tan global y profundo, que sólo cabe una obra renovadora y de orden higiénico social como iniciación... La realidad pide a gritos, ante todo, una labor de asistencia, de higiene, de sanidad y de enseñanza técnica y práctica, antes que ESCOLAR Y DOGMÁTICA, PURAMENTE VERBAL O VISUAL. Será más provechoso para el

campesino de hoy que le enseñen y le den medios para mejorar su vivienda y su alimentación; el que le infundan hábitos de orden y aseo; el que le enseñen a cultivar la tierra; el que le demuestren dónde están los peligros para su salud y su vida y le aleccionen sobre la manera de evitarlos; el que le suministren aguas sanas y le presten atención médica en sus enfermedades" (1)

Y lo que ahora se afirma con desmayada resignación y como una muy cómoda manera de evadir las urgencias imperativas de la sanidad y de la higiene públicas, ya lo dijo el sabio franciscano, hablando de las condiciones lamentables de aseo de la población de Cuenca: "Se dirá tal vez, si es verdad lo que afirmas, cómo existen en esta ciudad, por lo menos sin llevar una vida lánguida? La objeción es especiosa y la respuesta es fácil. El temperamento en sí es bueno; el terreno es excelente. Cuenca se halla situada en un valle muy extenso. Los vientos se cruzan libremente, después de haber chocado a grandes distancias con las cimas de los cerros elevados, que hay en todas direcciones. El terreno en que está fundada Cuenca, es muy favorable: es una arcilla acre amarillenta, muy compacta, mezclada con piedras de la misma naturaleza y con una capa muy somera y pobre de tierra vegetal. Así no hay partículas salinas, sí sulfúricas, ni calcáreas, etc., que puedan desprenderse y dañar la atmósfera: la co-

(1).—Pablo A. Suárez, "Contribución al estudio de la realidad obrera y campesina". Quito.—1936.

lumna, pues, del aire que gravita sobre la ciudad, es pura por su naturaleza. Además la temperatura, en la mayor parte del año, es la de 11°. a 12°. sobre cero a la sombra en el termómetro de Reaumur: reunidas todas estas propiedades con el aseo de las habitaciones y de las calles, Cuenca sería un paraíso por su temperamento. Véase por qué a pesar de tantas causas accidentales, aún no es mortífero el aire que respiramos en esta ciudad....”

Sobre la salubridad y propiedad de las aguas, conoce y las clasifica en aciduladas y ferruginosas. Las minerales las divide en medicinales y deletéreas. El agua para el consumo de las poblaciones, fué uno de los capítulos de su paciente y tinsa observación. “Quito —dice— tiene mala agua. Todas las fuentes que llaman pilas, están surtidas de derrames de los cenegales de las faldas del Pichincha. Los acueductos son pésimos: o son de cal y de ladrillo o de tubos que llaman atonores, fabricados de arcilla y figulina con galena, u otros óxidos de cobre, etc. El río Machángra, va poco más o menos por estos términos. No hay cosa más fácil que tener buena agua en Quito, recogiendo los torrentes limpios que bajan por otras direcciones de las alturas del Pichincha. La dificultad está en la conducción; porque si se hace del modo dicho, o por terrenos salinos, o que contengan protóxido de plomo, la cosa quedará en el mismo estado, o tal vez peor. Una persona que tenga conocimientos en Química, o en Historia Natural, podrá conocer la naturaleza del terreno

y proporcionar los medios más aptos, para conseguir un buen resultado. Cuánto costaría este trabajo? Unos catorce o quince mil pesos, cantidad muy pequeña para un pueblo como Quito y para una empresa tan útil...."

Sobre el agua que bebe la población de Cuenca, se exprsea en esta forma: "En materia de aguas, Cuenca está peor que Quito. Tenemos un Matadero (río Tomebamba) cuyo nombre es adecuado a sus efectos nocivos. Peor es todavía el agua que llaman del molino. Esta recibe innumerables inmundicias, y siñ embargo, por ser más inmediata que el río, sirve a la mayor parte de los habitantes. Ciertamente causa indignación ver en Cuenca este desorden. Si no hubiera [una agua buena de qué hechar mano, serían las gentes dignas de compasión. Pero teniendo mucha facilidad de proveerse de aguas puras, es reprehensible esta desidia. Un riachuelo que baja de la cordillera de los Andes y corre de N a O., a distansia de poco más o menos una legua de la ciudad, es una agua exelente; se llama vulgarmente AGUA DEL CAPULI. Cuantas personas han hecho uso de ella, han sentido sus buenos efectos por la fácil digestión y porque excita el apetito. Los indios en la época de los incas, mucho más industriosos que nosotros en cuanto a la comodidad de la vida, conducían esta agua hasta el valle del Tomebamba, según existen todavía vestigios. El acueducto es sensillo: el lecho es de piedras, y también las paredes; los intersticios se hallan obstruídos con piedra carbonosa. De esta suerte pasaba el agua pura a mayor distancia de aquella

a que nos hallamos ahora. Felices indios! Y por qué nosotros no los imitamos? Porque nosotros somos ilustrados y los indios de antaño eran bárbaros. Es decir que nosotros, los ilustrados, no hacemos aprecio de la salubridad pública; y los indios, como brutos, buscaban la fuente de la vida. . . . El río Yanuncay, que dista apenas un cuarto de legua, es una agua pura. Esta debería servir al menos para beber a toda la ciudad. El vulgo cree que aquel río es bueno porque viene lavando todas las raíces de la ZARZA (ZARZAPARRILLA): el color entre amarillo y rojo oscuro que presenta el agua cuando corre en mucha cantidad, ha dado origen a este disparate, Toda río que mantiene este color será bueno para beber; porque se infiere que corre por tierras ocreas, cargadas de óxido de hierro de diversos colores. Al contrario, las aguas blanquizas o verdosas son pésimas, porque contienen carbonato o sulfato de cal, caparosa verde, etc.”

De Loja dice que, en materia de agua, es feliz porque su río Zamora tiene una agua muy pura y “sería mejor si limpiaran todo el lecho del río, porque en las márgenes, con las corrientes, quedan pequeños depósitos que se corrompen y se mezclan con la masa total”.

Supo, pues, ya que el agua puede ser el vehículo de enfermedades transmisibles, como supo de los caracteres de potabilidad de las aguas, que después de algunos años Funk —1877— señalara.

Al hablar del aire, en el artículo científico con

este título, de su composición química, etc., llama la atención de las personas y da consejos higiénicos sobre la necesidad de no respirar el aire con exceso de anhídrido carbónico. Reprende a las gentes que tienen flores, frutos, etc., en sus habitaciones, "pues de estos cuerpos —dice— se desprende mucho ácido carbónico, porque las flores y las frutas encerradas y con el calor, comienzan a macerarse y se ponen en fermentación, que, aunque no sea tan sensible como en la cerveza, la chicha, etc., no por eso deja de desprender ácido carbónico a proporción como estos líquidos".

Naturalmente, los conocimientos sobre la fisiología vegetal, sobre los procesos de respiración y asimilación clorofiliana, no eran tan sólidos en esa época, y creía que era el proceso de fermentación lo que simplemente la respiración vegetal —absorción de oxígeno y exhalación de gas carbónico— al abrigo de la luz. "Cuando los enfermos tratan de recibir el viático—continúa—se colocan en el altar floreros, y estos quedan como adorno días de días. fermentándose; en tanto con el calor de las velas y de las gentes, qué resulta? La peoría, si no la muerte del enfermo y la enfermedad de los asistentes".

Intuye el proceso de las defensas orgánicas, como anticipándose a los trabajos sobre fagocitosis, de Mechnikoff o de inmunidad de Erlick, o las opsoninas de Wright, cuando dice: "Hablando generalmente, el desaseo es poco más o menos de todos los hombres y de todas las habitaciones. Pero la Naturaleza suple a veces la negligencia de aquellos. Sucede en el orden fi-

sico, lo qu~~en~~en político y moral: un vicio arroja a otro y los malvados se destruyen entre sí. Así vemos sustancias deletéreas que por las afinidades químicas, se mezclan, se combinan y se neutralizan”.

Sus estudios y observaciones sobre aspectos médicos, sobre la patología regional, se basan, no en la erudición de los libros producidos por otros, no en el fácil sintetizar de los vulgarizadores, sino en el encariñado tornarse a la experiencia personal, al criterio subjetivo, sin pedir en préstamo las riquezas que pronto descubre atesorar en sí.

Habla del virus variólico y del virus venéreo, y cree que son transmitidos a la especie humana con el comercio con los brutos. “Es indudable—dice—que ciertos animales están expuestos a las enfermedades citadas. Los monos, los caballos, las cabras, las ovejas, las vacas reciben del hombre el virus variólico y ellos comunican a los hombres por una analogía de humores. Es muy conocido el descubrimiento de la vacuna por el célebre Jenner.” “El perro—prosigue—padece continuamente de gonorrea. Por otra parte la historia nos presenta (y ojalá no fuera cierto!) el abominable comercio de los hombres y los brutos. Si las viruelas y los males venéreos son propios de la especie humana, por qué no se ha visto en otras partes y en todos los tiempos?” pregunta ingenuamente.

Discurrir sobre las sífilis, sumandose en la controversia que, hasta ahora, subsiste: si es que fué importa-

da de Europa o la llevaron de América los descubridores Y ya, Francisco de Santa Cruz y Espejo, en su época, hizo una magistral, por lo erudita, exposición sobre este tema, probando que la sífilis no fué originaria de nuestra América.

“Algunos creen—dice Solano— que los compañeros de Colón llevaron la primera vez de América a Europa lo que se llama mal gálico. Bien puede ser falso esto, pero no cabe duda de que jamás se había visto igual progreso como el que experimentaron en 1547, poco tiempo después del descubrimiento de América”. Y para esta afirmación se basa en las opiniones de Robertson, expuestas en su libro HISTORIA DE AMERICA, tomo IV.

Habla, y hace, como un médico, el pronóstico fatal para el individuo y para la especie, de los males venéreos. Se vuelve airado sobre la degeneración de las costumbres y cuenta la anécdota de Francisco 1^o. de Francia, que galanteaba a una mujer casada, llamada por los Franceses la bella FERRONIERE. El marido, celoso por la venganza, meditó el proyecto de un demonio —dice— Buscó una prostituta que le comunicara el virus: así sucedió. El comunicó a su mujer y ésta al Rey Francisco I. Padeció nueve años, y murió a consecuencia de aquella “enfermedad terrible...”

Con los conocimientos de la época, cree que el germen de “lo que se llama mal gálico”, se desarrolla con una rapidez eléctrica en los lugares húmedos, donde abunda la corrupción. Sobre el virus tiene el con-

ceptos de que es "un proteo que se reviste de diferentes formas, atacando varias partes del cuerpo: el sistema linfático, el nervioso, el sanguíneo, el cutáneo, el huesoso, etc. pueden ser acometidos; y en cada parte parece distinto mal. Cuando el virus penetra hasta el periostio, esta membrana delicada se altera y produce lo que se llama DOLOR DE HUESO".

"La elefancia o elefantiasis, parece distinta del LAZARO --dice--; pero la causa es la misma; el efecto varía según las localidades. Un solo remedio puede atacar a estos males." Y cree, en conclusión, que el virus hace estragos con la corrupción atmosférica y alimenticia; prueba de ello--cita--hay más lázaros en las clases bajas de la sociedad que en la elevada, por razón de que la primera "se halla en medio de las inmundicias y se alimenta muy mal".

Concebía, pues, el P. Solano, las enfermedades como transmitidas por gérmenes patógenos, que podrían producir, según la reacción individual, diversas formas o manifestaciones clínicas. Nada menos significa esta exposición, que una intuida etiología y patogenia de la sífilis y de la marcha del proceso infeccioso, en sus periodos clásicos. Y el proteo al que alude como agente probable del mal venéreo, fué el descubierto en 1903 e identificado luego por Shaudin y Hoffman. Como el de la lepra lo fué por Hansen en 1873. y el variólico aún ignorado.

Solano en estas incursiones audaces por el campo

no desbrozado aun de la patología, reniega de pensar con mentalidad influenciada y quiere— y lo consigue —vaciar el oro del pensamiento en el molde original de su inventiva.

Y los conceptos del sabio polígrafo, en este sentido, pudieron ser uno de los escalones por los que ha ascendido a rango científico un modo de conocimiento —el conocimiento intuitivo— que la ciencia había despreciado sobre manera, relegándole casi exclusivamente a los dominios del arte y de la empiria popular. Solano no hizo otra cosa que afirmar este vulgar conocimiento intuitivo, hasta darle caracteres científicos de precisión y de forzosidad.

De la misma manera, el discurrir lógico de la ciencia es, simplemente, el perfeccionamiento de los modos corrientes de pensar; la lógica los ha cogido, desmontado, sutalizado y vuelto a montar, convertidos ya en instrumentos de suma eficacia y máximo rigor. ¿Por qué no había de hacerse otro tanto con el conocimiento intuitivo que es, en fin de cuentas, el único capaz de llegar a las evidencias? Por qué dejar en su primitiva tosquedad y rango inferior un modo de conocimiento penetrante que hay en el hombre—sobre todo cuando se refiere al hombre mismo—tan sólo porque no es racional y discursivo y precisamente porque no necesita pasos graduales intermedios para apresar su objeto?

Como vemos, precisamente, en los estudios que

hace el P. Solano, lo intuído amasa, penetra y modula lo realizado por la ciencia, hasta transparecer claramente a su través.

Su obra heroica consistió en alcanzar el propio y original conocimiento científico, rechazando ajenas vestiduras y vistiéndose de ropajes intactos, sin salirse del círculo en que se movía su comprensión y su sentimiento; avanzando hasta muy lejos, siguiendo el camino de su propia suficiencia, juntando esos dos extremos que parecen contradictorios e inconciliables: lo antiguo y lo nuevo, lo sabido y lo ignorado, el pasado y el porvenir. . . .

Hoy se presiente ya una amplia revisión de esta gran figura de Cuenca del Ecuador, y su consagración definitiva y popular entre nuestros altos valores nacionales.

Pero es necesario, además, que al par de las críticas generales sobre el sabio Franciscano y su vasta producción total, se enfoque con los criterios modernos cada uno de los aspectos parciales para valorar rigurosamente todo lo que hubo de involuntariamente ligero y equivocado en el caudal exhuberante de sus ensayos; y todo lo que hubo de firme, de adivinatorio, de rebelde contra la actualidad precedera y de renovación de la cultura de su tiempo. Que son—creo yo—lo más perdurable y significativo de su obra.

Índice

SEMBLANZAS BIOTIPOLOGICAS. Prólogo:

Dr. J. A. Falconí Villagómez Pág. III

LA REVISION PSICO-BIOLOGICA DE

LAS FIGURAS DEL PASADO.

Pág. 1

DIRECCIONES TIPOLOGICAS

" 9

Tipología de Kretschmer

" 11

Tipo Cicloide

" 12

Tipo Esquizoide

" 14

Aptitududes especiales

" 16

SEMBLANZA BIOTIPOLOGICA DEL

POETA MIGUEL MORENO

" 22

El intento de una Semblanza

" 23

Alma Morlaca

" 24

Religiosidad y sencillez del Poeta Nativo

" 27

El Dolor del Poeta

" 29

Aspectos Constitucionales

" 31

Morfo-Tipología del Poeta

" 34

Autismo y Fabulación

" 37

Herencia, Ancestro y Ambiente

" 38

El Traumatismo Psíquico

" 44

Patología Somato-Psíquica

" 45

El Exodo Final

" 48

Post-liminar

" 49

SEMBLANZA BIOTIPOLOGICA DE MA-

NUEL J. CALLE	52
El Abandono Furtivo	54
Precocidad enfermiza	57
Perfil Somático	61
Tipología	62
El Complejo de Inferioridad	66
Erótica y Sexualidad	69
Ironía en la Vida y en la Muerte	73
Anarquismo Aparente	79
La Trágica Tarea del Diarismo	82
Patología Psico-Somática y el Final de una Vida	85
 SEMBLANZA BIOTIPOLOGICA DE OC-	
TAVIO CORDERO PALACIOS	90
Un Análisis Psico-Somático	94
Figura y Fórmula Endocrina	97
Disposición Constitucional	100
Tímidez y Medrosidad	107
Mnémico e Imaginativo	111
La Poesía de la Ciencia	112
El Maestro	115
Clásico y Romántico	116
Técnica y Cultura	119
Causseur Inimitable	121
Post-Umbra	123
 SEMBLANZA BIOTIPOLOGICA DE AL-	
FONSO MORENO-MORA	126
Biología y Biografía	127
Literatura y Psico-Análisis	130
Relaciones Psico-Somáticas	134
Génesis Emocional	139
La Evasión Espiritual	142
Sobre las Escuelas del Arte	145
La Tragedia Lírica	149
Liberación Final	155

INDICE

SEMBLANZA BIOTIPOLOGICA DE LUIS CORDERO DAVILA	" 157
Valorización Panorámica	" 159
Raigambres Genéticas	" 152
Ambiente Social y Medio Interior	" 165
Estructura Mental y Caracterológica	" 170
El Orador y el Subconsciente Colectivo	" 177
El Patriota	" 179
El Poeta	" 182
ENSAYO DE INTERPRETACION PSICO-PA- TOLOGICA DEL POETA MEDARDO ANGEL SILVA	" 188
El Precoz Decadente	" 189
Fisiopatología	" 194
Psicopatología	" 198
El Eros Platónico	" 209
El Espejo Lírico	" 213
SEMBLANZA BIOTIPOLOGICA DE DON JUAN DE TARFE	" 221
Psicología de Pseudónimo	" 223
¿Mito o Realidad?	" 226
Génesis de Don Juan	" 228
Psico-Biología de Don Juan de Tarfe	" 233
Juan de Tarfe en la Realidad	" 238
LAS IDEAS BIOLÓGICAS DEL PADRE SOLANO	" 241
"Las Ideas Biológicas del P. Feijóo" y las Ideas Biológicas del P. Solano	" 243
Cultura de la Epoca y Científica del P. Solano	" 249
El Botánico	" 267
El Zoólogo	" 274
El Higienista y el Sanitario	" 275

ACABOSE DE IMPRIMIR
EL VEINTE DE ABRIL DE MIL NOVECIENTOS
CUARENTA Y CUATRO
POR
MIGUEL MERCHAN A.
EN CUENCA
PARA EL
AUTOR